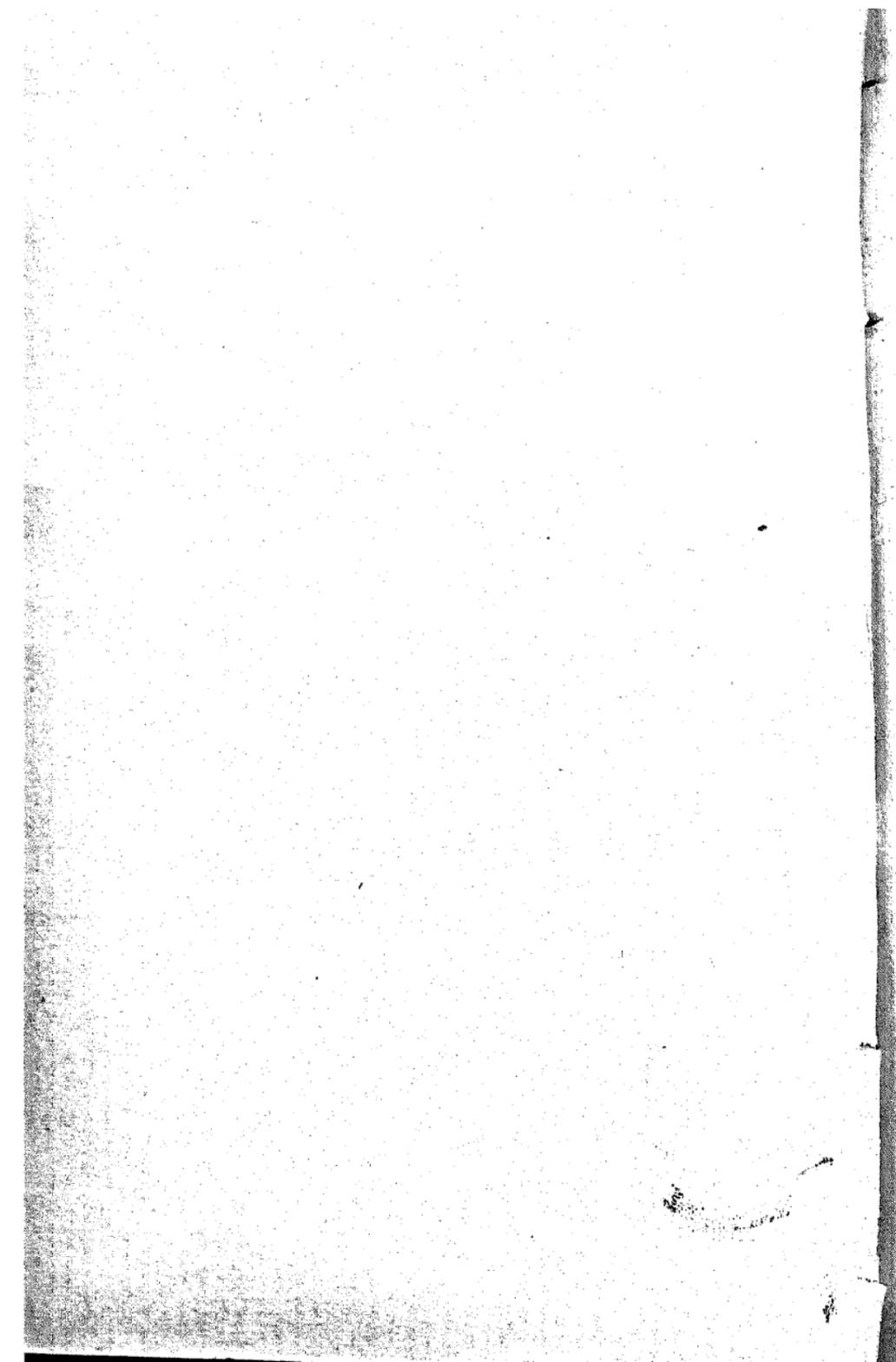


# CIELO AZUL





42099



ARTURO REYES

---

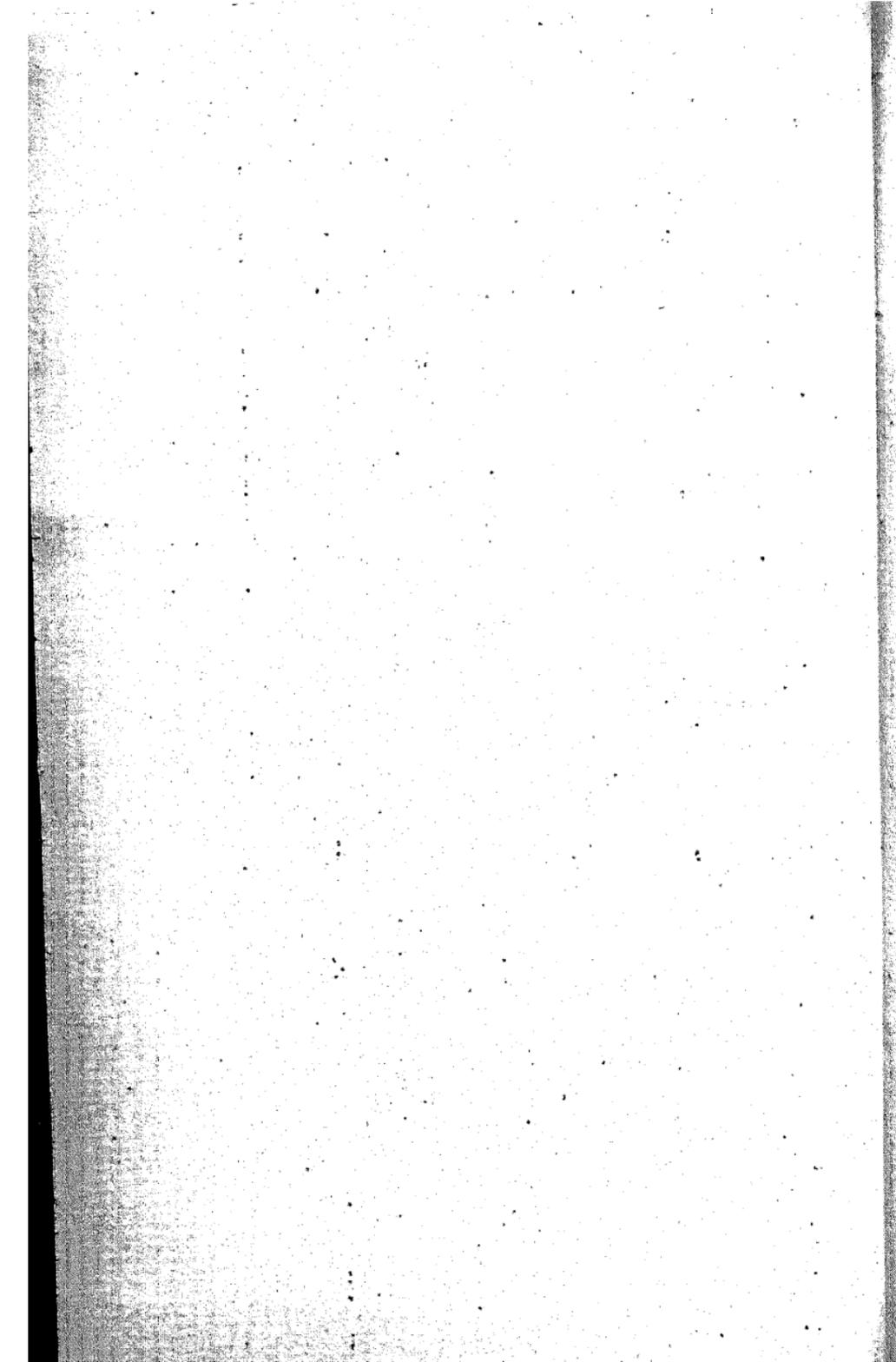
11  
11  
862

# CIELO AZUL

NOVELA ANDALUZA

---

MALAGA  
TIP. ZAMBRANA HERMANOS  
1910



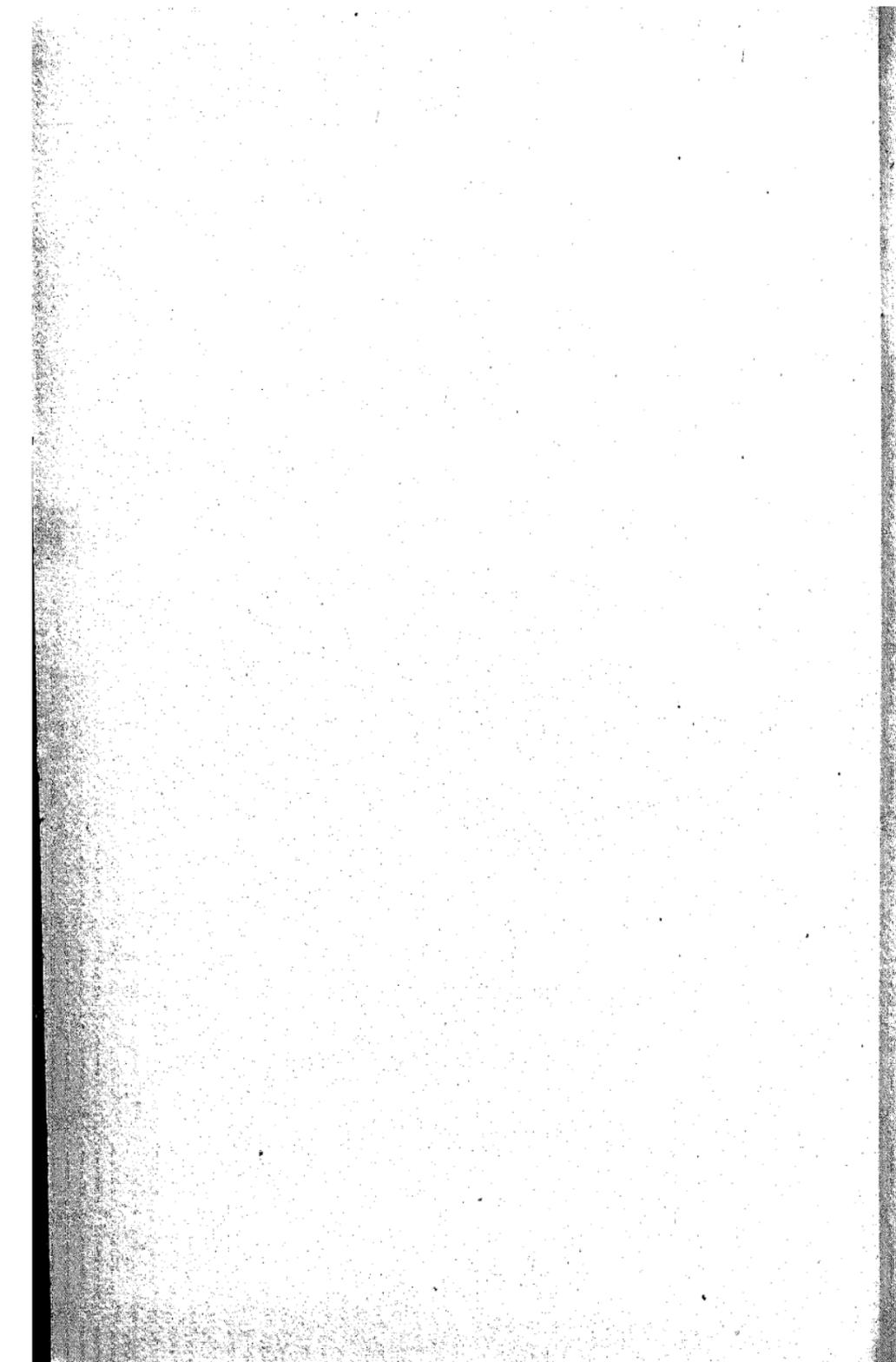


*Al ilustre periodista*

*D. Miguel Moya*

*Recuerdo cariñoso de su agradeci-  
dísimo amigo y apasionado admirador.*

*Arturo Reyes*



## I

—Conque por fin izó el ancla de su badía de usté Tobalo el *Cacaratusa*.

—Por fin, hija mía, por fin se cargó el hombre conmigo esa malita faena.

—Y como ha sio eso de dirse cuando parecía estar más contento que un pájaro en una rama.

—Cosas que pasan en la vía... El, desde que se encaprichó con la Amparo, andaba pensando en establecerse pa poerse casar, y como yo no podía darle más jornal que el que le daba, pos velay usté, ha engatusao á Periquito el *Rutina*, y, según parece, van á poner un boliche en la *Cruz Verde*, pa lo cual le han tomao el traspaso á Currito el *Calderero*.

—Pos á mí me parece que ustedes lo tiéen que sentir, por que la verdá es que el

mozo es la mar de aprepósito pa el trajín que usté se trae.

—Sí, señora, que es la fija lo que usté dice; como que era el mu charrán mis pies y mis manos y los pies y las manos de mi Rosalía; y esto lo pueo decir con tó el metal de mi voz, porque es que mi jembra nació en el mismo punto y hora en que nació el Santísimo Nazareno.

—Pos que lo oiga á usté decir eso su señá Rosalía y chico va á ser el estrupicio que se va á armar en el barrio.

—Ya me guardaré yo mu bien de decirlo en donde lo puea oír, que jace ya mucho tiempo que sé yo con quién me tiro las rentas.

—Y oiga usté, señó Juan, tiée usté ya elegía la presona que va á venir en lugar del *Cacaratusa*?

—Esa es otra, camará; yo había pensáo en el hijo del *Gabaldina*, pero eso no ha podío graná por mó de que se me ha cruzado en el camino el hijo de una hermana que tengo yo en Jimera, la cual ahora, según parece, está pasando las de Belica por mó de que como allí los ferro-carriles han matao lo del taba-

co, y como al arrimo del tabaco era como allí vivía toito er mundo, pos lo que pasa, que ahora no hay en to el partio quien no brinque por una *torda*, y como mi hermana se cree que yo estoy dando ineros á réitos, pos jace dos días recibí una carta.... Y apropósito de cartas; usté va á jacerme el favor de leérmela de nuevo, porque cuando me la leyó Periquito el *Garrafones* no me enteré bien, porque el *gachó* encomenzó á leérmela una madrugá y cuando arremató estaba ya anocheció.

—Pos vamos á ver si tiée usté que decir de mí lo que dice de Perico el *Garrafones*.

Sacó el señor Juan de uno de los bolsillos interiores de la chaqueta un casi maletín de mano, y tras remover en él papeles y más papeles, dió por fin con la carta que buscaba, la cual entregó á Lola, diciéndole:

—Tome usté, estrella polar, que cuando vuelva á meterlo en la cartera, á nardos y á clavellinas va á goler el papelito.

Recompensó Lola con una sonrisa las palabras del Urdiales, y momentos después daba principio, con voz de simpático timbre, á la lectura de la carta, que decía:

»Mi querido hermano Juan: me alegraré  
»que al recibo de esta te encuentres en tan  
»cabal salud como yo pa mí deseo, así como  
»tu apreciable esposa, á la que le dirás que  
»no le extrañe que no le haiga mandao los  
»dos ceretes de panetejos, poique habeis de  
»saber que ogaño los dos de ustedes, con más  
»toicos los que se arrecogieron, se los ha  
»llevao en el pico el comisionao de apremio,  
»al que quiea Dios y su Santísima Madre  
»le salga, aonde yo sé, un jigueral por cá ce-  
»rete.

»Haz de saber tamién, hermano, que he  
»tenío mu malito á mi Curro, por mó de que,  
»viniendo de la Línea con un porte, le cogió  
»un aguacero, y como el pobre lo tuvo que  
»aguantar al pié de un quejigo, pos lo que es  
»naturá, cuando llegó aquí el probetico mio  
»había ya criado jasta verdín y cama de rana;  
»pero gracias á Dios y á una medicina que  
»le dió á beber á tó pasto pa suar por tos los  
»poros el señor Roque *Botica*, está ya tan  
»mejoráo.

»Aquí vamos tirando como Dios mos dá á  
»entender, hoy dormío y mañana á dormive-  
»la, y sobre de mal en peor en esta *chamaita*,

»poique dende que su padre cayó en cama es  
»mi Cristóbal el que va á cargar al *Campa-*  
»*mento*, lo cual me tiée que no vivo por mo  
»de que mi Cristóbal es más delicaio que una  
»fló, y en quantito se mete en el cuerpo dos  
»caminatas, ya lo tenemos que pena dá de  
»mirallo; en vista de tó lo cual, yo me he  
»acordao de tí, poique á tú querer, te lo poia-  
»mos mandar pa que te ayuara en tu briega  
»y se jiciese á tu verita un hombre de prove-  
»cho; que se jaría poique, y no es que yo lo  
»iga por alabancia, sino que es toico el pue-  
»blo el que lo ice, que ice que es mi mozo el  
»más vivior y simpático de tó el partío, y  
»además sa menester que sepas tú que sabe  
»leer y sabe escrebir y que tiée mu fina la  
»palabra, y que sabe además cantar de un  
»mó que á toico el que lo oye lo deja mara-  
»villáo.

»Haz de saber tamién, que el zagal anda  
»mu revoloteando siempre á la querencia de  
»María Rosa, una hija de un tal Joseito el  
»*Petaquero*, uno al que mataron va ya pa  
»tres cimenteras, al dir á jacer un alijo en los  
»montes de Almoraima, y que esos amoríos  
»mos tieé mu desazonáos, no poique la zaga-

»la desmerezca naita, que más que trilla toa  
»España vale por lo guena y por lo jacendo-  
»sa que es y por los güenos aceros que Dios  
»le ha dao pa el trabajo, sino por aquello de  
»que «Pa ver siempre rastros mos basta  
»con nuestros ojos».

»Escribeme ensegüía, y si mos dices que  
»te mandemos el zagal, por la Santísima Vir-  
»gen que tengas mucho cudiao con él, que  
»lo mires como cosita propia y que le tengas  
»mu tirantes las brías, no sea cosa de que  
»mos lo vaya á picar alguna de las tarántulas  
»que andan por ahí y mos lo deje como al  
»nieto del tío *Laureles*, el que, según mos  
»han contaó, cuando volvió de esa á su cubril  
»se entró por la cerraura.

»Adiós; hermano Juan, muchas espresio-  
»nes á tu esposa y á tó el que pregunte por  
»mosotros, y tú recibes el corazón de tu her-  
»mana—Catalina.»

—Lo que es ahora, me parece á mí que se  
habrá usté enteráo bien de tó lo qué su her-  
mana le dice—exclamó Lola al terminar la  
lectura de la carta y á la vez que la devolvía  
al tabernero, el cual, guardándola en la car-  
tera, le repuso:

—Ná, lo que yo le decía á usted; que me endosan á mi sobrino y que lo voy á tener que conservar metió en un cuenta gotas.

—Pos á mí—le repuso haciendo un gesto de incredulidad la *Golondrina*—lo que me parece es que si es verdá que el mozo está tan revoloteando á la querencia de esa muchacha que su hermana de usted dice, mu poquito va á ser el tiempo que lo va usted á tener encerrao en sus corrales.

—Eso—dijo el señor Juan mirando con apicarada expresión á Lola, pudiera tal vez suceder si á usted le diese, antes que viniera el mozo, la tentación de mudarse de esta calle.

—Y eso usted, por qué lo dice?—le preguntó Lola sonriendo.

Y ya se disponía el viejo á explicar el por qué de su afirmación á su gentil interlocutora, cuando, asomándose á la puerta del hondilón y plantándose en el umbral con los brazos en jarras, gritó la señá Rosalía dirigiéndose á su Don Cuyo, con voz que acreditaba del modo más convincente el buen estado de salud de sus robustos pulmones:

—Pero, por los clavos de Cristo y por su

presiosísima sangre, señó don *Pelma* primerol; me quisiera usté jacer el reverendo favor de dejarse ya de palique y de venirse ya pa su casa, que va ya pa dos horas mu largas é talle que lo están aguardando á usté Jo-seito el *Ermitaño* y el Niño de la *Pelona!*

—Vamos, hombre, váyase usté ya á cumplir con su obligaci6n—dijo al señor Juan la *Golondrina*; y después, dirigiéndose á la tabernera, continuó:

—El día menos pensáo me lo voy, na más que por darle á usté un desengaño, á colgar á la bandola.

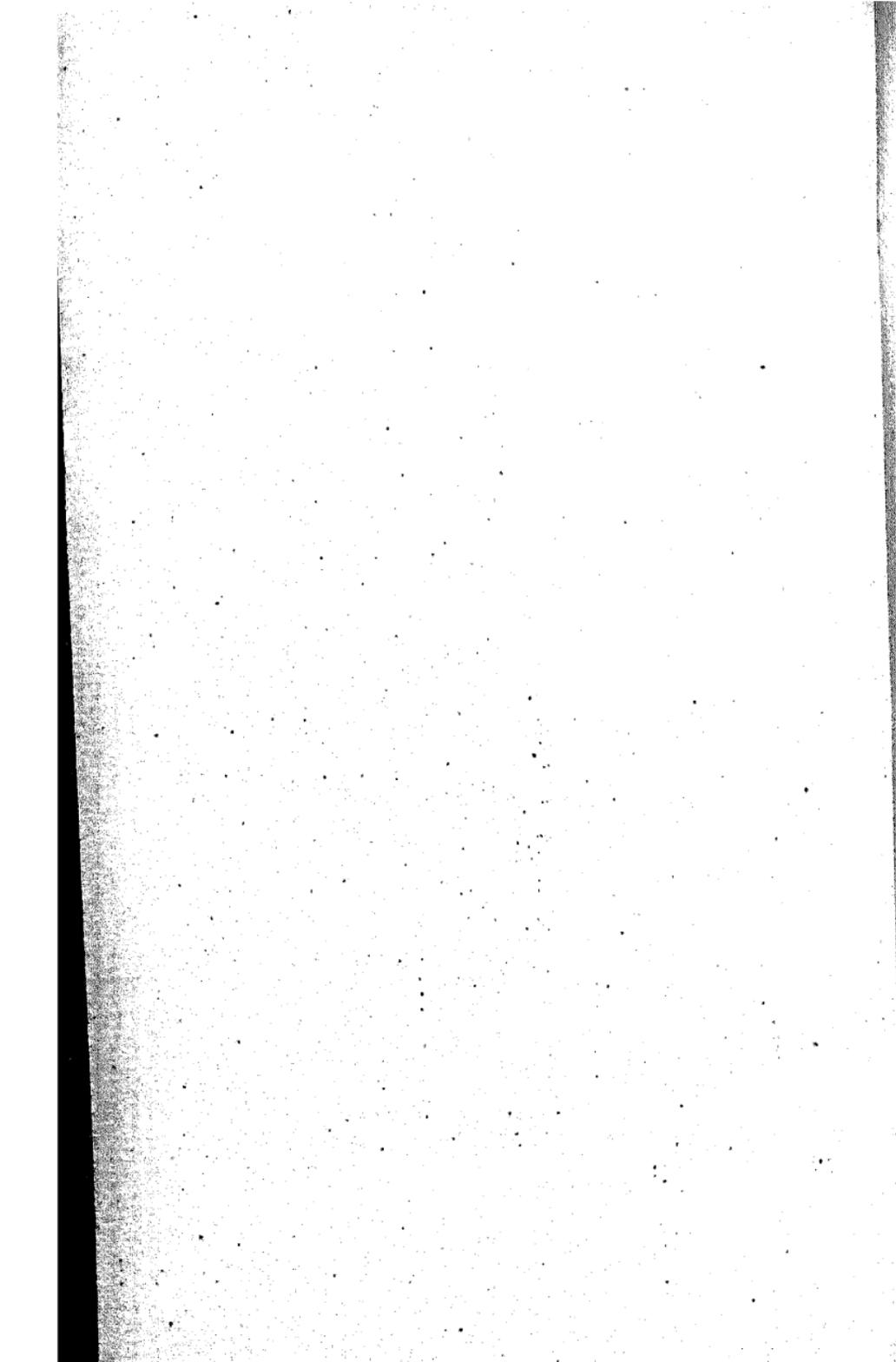
—Ojalay que se lo colgara usté y no lo volvieran á ver los ojitos é mi cara—dijo la seña Rosalía penetrando de nuevo en el hondilón, mientras el viejo, tras contemplar un punto con expresi6n entre cómica y resignada á su compañera, murmuró dirigiéndose á la *Golondrina*:

—Qué lástima que tenga yo ya el tronquito tan abitocao y tan reseca la rama.

Sonrió Lola al viejo, é incorporándose haciendo ondular al desperezarse graciosa y elegantemente la esbeltísima cintura, y formando á su rostro un á modo de óvalo

momentáneo con sus brazos esculturales, y descansando después la nítida frente contra los hierros de la reja, en los que tejían caprichosos encajes las verdes trepadoras, paseó su vista por la calle, á la sazón casi solitaria, y al divisar en uno de sus extremos á una de las hembras de más *tronío* y á uno de los mozos de más cartel del barrio, que departían animada y misteriosamente al pié de uno de los apagados reverberos, canturreó con voz dulce y cadenciosa:

*«Debajito de aquella farola  
están jaciendo un tratillo  
un señor y una señora.*



## II

La mañana era espléndida: brillaba el cielo sin que una nube empañase su purísimo azul; de cristal de una diafanidad infinita parecía el espacio; una ligera brisa templaba los abrasadores rayos de aquel ardiente sol de estío, que parecía poner en todos los accidentes del panorama un á modo de finísimo tul labrado con tintas y resplandores.

Dejó Cristóbal su pobre equipo al cuidado de la cantinera de la Estación, una muchacha cenceña, de ojos vivaces y labios rientes, y se dirigió rápido hacia donde el Guadalevín deslizábase sereno por entre frondosísimos chaparros, que parecían besar la mansa corriente con sus pomposos verdores.

Llegado que hubo nuestro mozo al lugar

de la cita, tras arrojar en torno suyo una mirada escrutadora, sentóse sobre el tronco vetusto de un árbol caído y quedó como abismado en una meditación que fué plegando poco á poco su frente y contrayendo sus atezadas facciones.

El sol, tras pasando el á modo de caprichoso rico dosel que formaba á trechos sobre el río las ondulantes ramas de la arboleda, cabrilleaba acá y acullá como un disperso recamo rutilante de oro, sobre las aguas dormidas; una oropéndola turbó el silencio con su canto quejumbroso; un céfiro suave hacía ondulear los lirios azulados y las adelfas carmesíes que festoneaban las márgenes floridas; un mirlo de pico aúreo y plumas de azabache, arrancó bruscamente á Cristóbal de su meditación al lanzar al espacio su vibrante nota, que resonó como un reto producido por una lira de plata.

Como si pretendiera huir de la inquietud que empezaba á enseñorearse de su espíritu, avanzó el mozo por la margen del río hasta llegar allí donde, al recoger su caudal en más hondo cauce, dejaba al descubierto algunos montículos de tierra arenosa, cubier-



tos de verdes juncias, delante de la ermita, pobre edificio en cuya ruinoso espadaña daba una cruz de mármol dulce nota de religiosidad á la brillante perspectiva.

—Conque por fin te vas á Málaga?—preguntó á Cristóbal con acento indiferente un pastor que pasaba escoltando su rebaño, al par que arrojaba una piedra á uno de los cabritillos, que se esforzaba inútilmente por alcanzar uno de los tiernos brotes de un manzano.

—Sí, me voy—le repuso aquél más con los ojos y la cabeza que con la voz, mientras el pastor proseguía lentamente su camino.

Transcurrió un cuarto de hora sin que nadie volviese á turbar con su presencia aquellas luminosas solédades, y ya empezaba á pintarse el desaliento en el semblante del mozo, cuando en su mirada, que no había cesado de explorar un punto la brillante lejanía, fulgió de pronto un relámpago de júbilo y

—Ya está ahí—exclamó con voz trémula al ver destacarse, por uno de los senderos de la montaña, sobre el fondo, intensa, rabiamente azul del horizonte, la para él in-

confundible silueta de la huérfana de Joseito el *Petaquero*, que descendía saltando ágil como un corzo y

—Ya está ahí—repitió corriendo hacia María Rosa, al llegar junto á la cual, díjole con acento entrecortado por la fatiga:

—El corazón me encomenzaba ya á doler de pensar que no vinieras.

Posó aquella sus ojos, ungidos por el amor, en los del hombre querido y

—Y qué hubieras jecho tú si yo no hubiese vinió?—le preguntó mirándolo con imponderable ternura.

—Y qué querías tú que hubiera jecho yo, si no no dirme del pueblo!—le repuso Cristóbal con voz firme;—¿cómo me diba yo á dir sinhaber visto antes de dirme, otra vez si quiera, esa carita gitana?

Inclinó la frente María Rosa, y tristes y silenciosos se dirigieron ambos hacia el río, y al llegar al lugar donde solían mantener sus pláticas sabrosas de amor,

—Conque por fin te vas!—musitó doliente la muchacha sin atreverse á poner su entristecida mirada en los ojos de Cristóbal; el cual,

—Sí, me voy—le repuso con desmayado acento; y después, como si de pronto reaccionara en su alma, á un misterioso y poderoso conjuro, su vacilante entereza.

—Sí, me voy—repitió con voz enérgica—pero menester es que sepas tú—continuó diciendo—que es por mo de tí por quien me voy. Aquí, como tú sabes mu bien, se mos ha sentáo la necesiá en el umbral de la casa; mi padre, el probe, no pueé seguir ya tirando del argahijo; yo entro é ná cumplo los veinte y tres años; á mí el ajetreo de la mochila me mata y la espiocha me junde; yo no he nació pa vivir aspeándome sierra arriba y sierra abajo, ni esmoronando pejuares. Además, yo necesito que tú seas pa mí, que yo puea mirarme, de sol á sol, en esos dos espejitos encantaos que Dios te puso en tu carita morena; yo necesito llevarte á mi cubril pa que tú me lo perfumes con tu jálito de romero y que esas manitas tuyas, que pa jazmines venían, no tengan ya que dir nunca más á que las espeacen en las campiñas espinos y zarzamoras, y que esa esparda tuya, tan requemaita por el sol, guelva á ser de lo que jué, de ra-

so y de terciopelo, y pa tenerte, en fin, como yo quieo tenerte, tan á gusto como la rosa en el rosal. Però pa conseguir to esto que yo coicio, sa menèster que yo me vaya de aquí en busca de la yerba de la güena fortuna, á buscar pan y miel pa tu boquita granate, y alegrías á montones pa tu corazón y un sombrajito que mos cobije á dambos cuando Dios ya mande nevar en los negros rizos de tu pelito anillao.

María Rosa suspiró trémula; sus mejillas emulaban el rojo vivo y ardiente de la flor del granado; su seno ondulaba mórbido como agitado por las hondas emociones que despertaran en él las palabras acariciadoras del hombre querido; después, una nube pareció resbalar por sus anchas pupilas de luminosas profundidades y

—Pero y si al verte lejos de mí se te secan en el corazón las flores é tu cariño?— le preguntó con voz conmovida.

—Menèster era—le contestó Cristóbal con amorosa vehemencia—que se me secara el corazón pa que me se secan las flores!

El sol, traspassando las flotantes ramas, acariciaba el idilio; algún que otro caminan-

te saludaba al pasar, de modo casi inarticulado, á los que, sumergidos en amantísimo arrobó, apenas si se daban cuenta del saludo.

Resbaló para los amantes el tiempo como arrastrado por sus hipógrifos más veloces; turbó la silenciosa quietud del panorama el agudo silbar de la locomotora, que apareció empenachada de humo en una de las curvas más distantes de la vía.

—Ya está ahí el tren—murmuró incorporándose pálida y triste la muchacha.

—Sí, ya está ahí—repitió como un eco doliente el campesino.

Se miraron ambos con loca, con ardiente, con insensata sed de caricias; arrojaron ambos á la vez, una mirada escrutadora en torno suyo: de espalda á ellos, una huertana de rojo zagalejo y defendida la cabeza del sol por amplísimo sombrero de palma, cogía el fruto en sazón de una de las chumberas próximas; también de espalda á ellos, un arriero cantaba medio tendido sobre la colorinesca enjalma de su pacífica cabalgadura.

—Adiós!—dijo con voz apagada María Rosa.

—Adiós—le repuso Cristóbal.

Y de pronto, como si al hacerlo acataran á la vez una orden tan imperiosa como súbita, se unieron rápidos aquellos labios rebosantes de perfumados hálitos juveniles, y el voluptuoso resonar de un beso se confundió con el suave murmurar de las aguas en los remansos, con el alegre piar de los pájaros en la arboleda, con los zumbidos del insecto de invisibles alas y cuerpo resplandeciente, con los blandos susurros de la brisa impregnada de montecinos aromas y con la á modo de estela rítmica que iba dejando tras si, al cantar, el perezoso caminante solitario.

### III

Cómodamente repantigado en su gran sillón de aneas; arrollada en el antebrazo y entreabierta en el cuello la limpia camisa de percal; cruzadas sobre el pecho las escuálidas manos y ajustada la cintura por amplio ceñidor obscuro, dormitaba el señor Juan el Urdiales, en tanto la señá Rosalía, hembra de más de cincuenta años, alta, reciota, de seno voluminoso y no menos voluminoso abdomen; de rostro que, no obstante las traiciones de la edad, recordaba no vulgares incentivos, y adornada con una falda oscura de percal, un gran pañuelo grana de largos flecos y casi del todo desnudos los rollizos brazos, entreníase en poner en orden sobre uno de los extremos del gran mostrador, que cubría á modo de reducto el fondo de la ta-

berna, algunos de los platos en condimentar y sazonar los cuales había conseguido renombre imperecedero la arrogante tabernera.

Una puerta casi oculta á los ojos de los parroquianos por la gran cafetera colocada en el otro extremo del mostrador, y situada entre dos grandes carteles anunciadores de taurómacas lides, ponía en comunicación el establecimiento con las habitaciones interiores; dos hileras de renegridas cuarterolas, montadas sobre no menos renegridos borriquetes, flanqueaban el amplio local, cuyo centro aparecía invadido por una docena de mesas y tres ó cuatro de sillas.

En los espacios que dejaban libre los anaqueles, bien repletos de botellas reservadas á los bebedores de más alta gerarquía, veíanse algunos cuantos anuncios que completaban el decorado de «La Alegría de Capuchinos», que de este modo era designado el famoso establecimiento, en el cual, en el instante en que á él conducimos á los que nos leen, sólo dos parroquianos, el insigne Pepe el *Chivati* y el no menos insigne Joseito el *Picapica*, jugábanse al tute la convidada, no

sin que alguna que otra vez turbaran el reposo del Urdiales con algún que otro vocablo de los de mayor calibre del léxico callejero, que solían poner en labios de tan prudentes varones, ora las alegrías del triunfo, ora el pesar de la humillante derrota.

Un silencio sedante y enervador imperaba á la sazón en la calle; escasos transeuntes osaban desafiar los implacables rayos del sol, que reseocaban las flores y los verdes matujos que embellecían en ventanas y balcones las más humildes viviendas, y sólo algunos que otros rapaces, greñudos y cabezones, osaban retar inconscientes el tabardillo correteando por la gran calle solitaria.

Varias habían sido ya las veces en que los jugadores turbaran el reposo del tabernero, el cual, ya irritado una de ellas, al sentir cómo crujía de modo amenazador la mesa en que aquéllos jugaban, al tremendo puñetazo que sobre ella asestara el *Picapica*, exclamó con acento mal humorado:

—Y ustedes ¿no pudieran tener una miajita más de vergüenza y de consideración y de miramiento con la mesa y con el que le pagó su importe á Perico el *Carpintero*?

—Usté perdone—repúsole aquél con acento respetuoso—pero es que este mal ángel va á conseguir un día que yo lo haga masilla pa cebo de mis chambeles.

—Y tó—exclamó con expresión de *chunga* el *Chivati*—porque le he metío tres arrastres de la vira y le he jecho soltar el jarre de las cuarenta.

—Y por qué no me serviste tú entonces cuando yo te metí el as de oro?

—Camará, y qué regracioso que eres tú; pos no te serví por una razón mu sencilla, por lo mismo que no te hubiera podío servir un plato de coliflores.

—Si no tenía, cómo te diba á servir!—refunfuñó el señor Juan disponiéndose á dar caza de nuevo al sueño.

Y tal vez hubiese logrado realizar sus propósitos, á no penetrar, como penetró en aquel instante en la taberna, el rústico enamorado de la huérfana de Joseito el *Petaque-ro*, el cual, llegado que hubo al centro del hondilón, exclamó con voz ruda y mirando con interrogadora expresión ora al señor Juan, ora á la señá Rosalía:

—A la paz é Dios, señores: es aquí por

casolía aonde vive el señor Juan el Urdiales?

Se incorporó éste, y mirando sonriente al recién llegado, al que contemplaban curiosos al soslayo el *Chivati* y el *Picapica*, le dijo á la vez que le quitaba de los hombros la pesadísima alforja:

—Ese señó Juan que tú dices soy yo, y esta señora—y al decir esto señalaba con la mano á su consorte el tabernero—es tu tía, pa lo que tú gustes mandar, porque pa mí que tú eres el hijo de mi hermana Catalina.

La tabernera, que á la llegada del mozo había abandonado el mostrador, sonrió también á Cristóbal y

—Pos no te esperábamos tan pronto—le dijo á la vez que sometía al muchacho á un detenidísimo examen.

—Y á tus padres, cómo te los has dejao por aquellos vericuetos?

—Pos mire usté—repúsole el muchacho al señor Juan, á la vez que dejaba caer en el suelo su modesto equipo—allá se han queao los probeticos míos con más afrecho que jarina, pero dambos con la mar de ganas de ver á sus mercedes y de dalle á ca uno de sus mercedes una gavilla de abrazos.

—Pos mira tú, hijo mío—dijole la tabernera—como tú, con lo que ajonda el sol, vendrás cuasi convertío en jalea, lo que vas á jacer ahora mismito es dirte á tu cuarto á quitarte el polvo y darte un refrescón y echarte en dispués á descansar una miaja que tiempo nos sobra pa charlar de tó desde después que te alevante jasta que pite el sereno.

—Sabes tú—dijo á su mujer el señor Juan; que no apartaba un punto sus ojos de su sobrino—que estoy pensando en que no se parece naita, pero que naita, al retrato que tenemos suyo sobre la mesa consola.

—Vamos, hombre, qué tieés tú unas salías que las debían poner en los almanaques—exclamó la vieja mirando entre irónica y desdñosa á su marido—cudiao con querer tú que se parezca al retrato, que se lo jicieron cuando entoavía tenían que emborrizarle en polvos é coral la perilla del ombligo.

Cristóbal penetró, precedido por la buena mujer, en la habitación que le estaba destinada, en la que entonaban un canto en honor de la índole pulcra y hacendosa de la tabernera, el blancor de las paredes, el de la

ropa del bien mullido lecho y el brillo de los escasos muebles que componían el modesto mobiliario.

—Mira, hijo—dijo la tabernera á su sobrino—este, como ves, es tu cuarto; yo, un entresuelo en la luna te hubiera querido ofrecer, pero no siempre nos han de cortar el traje á nuestro gusto; y sobre tó, que peor se estará seguramente metío en un calabozo.

—Pero, tía, si esto está la mar de bien—repúsole Cristóbal, que paseaba sus ojos con expresión gozosa por el aposento, á la sazón invadido por una ola de luz que penetraba en él por una ventana, al través de la cual divisábase los verdes y bien cuidados bancales de un huerto y las colinas del *Egido*, donde algunos hombres agavillaban las mieses ya en sazón, mientras otros descansaban á la sombra de un chozajo medio oculto entre las doradas espigas.

Cuando se quedó á solas, inclinóse sobre el alféizar del ventanuco, respirando con fruición el aire cálido que agitaba mansamente las rubias guedejas de un reducido maizal cercano, en el que las mazorcas empezaban á matizarse de tonos amarillentos.

Durante algunos instantes, continuó contemplando el mozo la brillante perspectiva; la vaga inquietud que se apoderara de él al abandonar el nido, ya no turbaba tan hondamente su corazón ni llenaba de tantas sombras su, en aquellos instantes, adormecido pensamiento, antojándosele que al conjuro de la buena fortuna todo vestíase ante él de cuanto pudiera serle más grato para darle al unísono la más dulce bienvenida.

Y cuando, ya limpio y satisfecho, algunos minutos después se disponía á salir de la habitación, penetró en ésta el señor Juan, el cual le dijo á la vez que se sentaba en el borde de la cama:

—Ahora lo que tú vas á jacer es echarte un ratillo, que aquel que duerme escansa y en el dormir no hay engaño; y que tiempo te quea que remar en esta *faluga*, que me parece á mí que tú ya no te vas á aseparar de nosotros tan y mientras nosotros parpagueemos; y por lo mismo, me creo yo que no estará demás que yo te dé algunos pormenores, diciéndote que tu tía es cuasi tan buena como Santa Teresa de Jesús, pero menester es que también tú sepas que cuando á la

Santa se le ajuman las sardinas ú se le pegan las coles, lo mejor que se puee jacer es dirse á visitar otras tierras; y esto te lo dice un hombre que lleva sus treinta y pico de años aguantando la mar de ganitas de largarse al extranjero.

Esto aparte, tu tía, como ya te he dicho, es buena jasta erretirse; buena y mujer de su casa y en lo tocante á guisar, en toito el mundo no hay quien le lleve el pulso, sobre tó en la sopa de rape y en el callo á la andaluza, en lo que es lo que se llama un fenómeno. Además, debo decirte y te digo que tú has tenío la fortuna de entrarle por el ojito erecho, lo cual es más difícil que tomar una trinchera, porque pa serle simpático á la señá Rosalía sa menester estar emparentao, por lo menos, con la Divina Pastora.

Cristóbal, que había escuchado atentamente al señor Juan, no tardó en salir de la habitación para ponerse á las órdenes de su parienta, la cual, desde aquel punto y hora, dió principio á enseñarle todo cuanto le era útil conocer para el mejor desempeño de su alto cometido; y todavía no había transcurrido una semana, cuando sabíase ya de me-

moria el mozo cuáles eran los vinos que guardaban todas y cada una de las cuarterolas tan ordenadamente adosadas á los muros; los precios de las botellas que embellecían los limpísimos anaqueles; los parroquianos á los que debíase mirar como con lentes y aquellos á quienes se les podía *tirar el pego* desde la tercera ó cuarta ronda; cuál era la cantidad de miel de caña que debía agregársele al café; cómo debía cortarse las rodajas de embutidos; el medio de aprovechar las escurriduras sin que nadie se percatara de tan poco limpia faena y cuáles eran, en fin, las personas que podían beber allí de *upa*, entre los que, como es de suponer, no dejaban de figurar los encargados de velar por el orden público y por el sueño del vecindario, además de algún que otro distinguido representante de la gente de *ácana*, privilegio que les concedía de buen grado el señor Juan, hombre, un día, de los de más respeto y empuje de la guapeza andaluza.

#### IV

Dos meses eran transcurridos desde el día en que el joven ex-mochilero ocupara el puesto que dejara vacante el *Cacaratusa* en la taberna del señor Juan, cuando una tarde, estando aquél descansando sentado en una silla junto al mostrador, de la batalla del día, penetró en el establecimiento contoneándose gallardamente Antoñico el *Azucena*, un charval alto y esbelto, de tez obscura y ojos de acharranado mirar, vestido con achulada elegancia, el cual, deteniéndose delante de Cristóbal, se plantó de un *choclozo* en la coronilla el amplio sombrero y

—Sabes tú á lo que yo vengo esta tarde á tus cubriles?—le preguntó sonriente.

—Pos pa mí que á jacer una novena—repúsole aquél encogiéndose de hombros.

—Pos no señó—le contestó el recién llegado sentándose junto á su amigo—que á lo que yo vengo es á conviarte pa mañana á los toros: que quieo ser yo, ya que he tenío el mal gusto de tomarte voluntá, el primero que te lleve á tí á que veas una corría.

—Ojalay que pudiera dir—le contestó aquél mirando á su tía, que, inclinada sobre el mostrador, aparentaba no oír el diálogo de ambos amigos—ojalay porque rabiando estoy yo por ver si es verdá to eso que dicen que se traen en el reondel Pepe el *Arenas* y el *Niño de la Zamarrá*.

—Y por qué nõ vas á poder dir?—le preguntó Antonio frunciendo la frente.

—Pos no voy á poder ir porque mañana es domingo, y los domingos carga aquí más gente que trae el verano aviones.

—Eso no le hace—dijo en aquel momento la señá Rosalía—mañana nos arreglaremos solos yo y mi Don Cataplasma y tu te vás á los toros con ese malita hora.

—Olé por la señá Rosalía—exclamó Antonio alborozado.

Cristóbal sonrió mirando á su tía alegremente: en todo el tiempo que llevaba en la

capital, apenas había salido de los límites del barrio no obstante el afán que sentía de lucir el terno de jerga, el amplio *cordobés* y los calados brodequines conque algunos días antes le hubieron de galardonar sus tíos, pensando sin duda que no era para ellos cosa digna que, siendo como era de su propia sangre, no tuviese el mozo para el día en que se le ocurriese dar un paseo, los trapitos indispensables para no hacer mal papel entre los muchos amigos que contaba ya entre la gente del barrio.

A la mañana siguiente del día en que tuviera lugar la escena que acabamos de narrar, tras una noche de hondo reposo y de ensueños de color de rosa, mucho antes de que el alba anunciara á su señor el día, lanzóse Cristóbal del lecho; y de abrir acababa la puerta de la calle cuando, penetrando como una bala en el hondilón, elegantemente ataviado, Antoñuelo el *Azucena*, gritó con voz alegre á la vez que repiqueteaba los dedos con insuperable maestría:

—Vamos á ver si tiées una miajita de buen corazón y me das algo conque yo puéa jacer ahora mismito unas gárgaras.

—Pos, chavó, dí tú que no has dormío esta noche ú que has dormío en cuclillas.

—Como que—dijo Antonio al par que se ajustaba la trinchá de los pantalones—anoche me arreojó entre dos luces na más que por alevantarme temprano y venir por tí, pa que nos vayamos á ver enchiquerar á las seis cacatúas de esta tarde y á almorzar en después conmigo en el mismo Paraiso terrenal.

—Pos pa eso tenemos que esperar á que se alevante mi tío.

—A tu tío lo dispierto yo más pronto que se dice, y en cuantito se alevante te jateas tú de *chipé*, te cojes á mi brazo, echamos á andar presumiendo de garbosos y mos vamos al diván de *Puente* á que nos den café y no esa porquería con que tú nos empuercas el estómago toas las mañanas; asín que haigamos tomao café y una ú dos copas, si se tercia, nos metemos en el tranvía, que por dos *anchas* nos deja cuasi en la misma puerta de los toriles; nos subimos al terraillo, le tiro yo una visual á los seis alcaravanes; enseguía volvemos á tomar el automovi, que por cuatro gordas más nos deja en la puerta de *Quitapenas*, un ventorrillo aonde vive una

tal Rosarito la *Clavelés*, que es una gachí que guita el hipo de regraciosa que es, con unas jechuras que parece que se las tornearon los ángeles, y una carita morena que da el opio y unos *sacais* que si se arriman á un porvorín vuela jasta el centinela; con una nariz que es un canuterito de plata y una boquita granate que es un cintillo de rubíes; con un pelo negro y rizado, que si se lo suelta en un monte llena de rizos tó el llano, y con un metal de voz que es tó almíbar y con un modo de cimbrar el talle que al que no juye lo mata.

—Esa *gachí* debes tú haberla ensoñado— dijo Cristóbal.

—Pero es que te crees tú que es *chufía* lo que te digo yo? Qué gracioso que eres tú! Ya tú veras cuando te tires á esa *gachí* á la cara: que un mal de corazón va á darte á tí como me dió á mí la vez primera que mis ojitos la vieron.

—Puée ser; pero, en fin, vuelve á tu cuento, porque la verdá es que tu cuento me iba sabiendo á canela.

—Pos bien; conforme te iba diciendo, llegamos al ventorro; nos metemos en el patio, aonde hay un jazmín que dá más sombra

que un túnel; encargamos que nos preparen unas sopitas de pescao, que las preparan allí de un mó que quita er sentío, y pa encima de las sopas decimos que nos arreglen unos cuantos espetones y unos calamaritos en la infancia, y to esto, con unas aceitunitas de las que puéen presumir de haber visto la Torre del Oro, y remojao con una de la *Pastora*; y endispúes, pá aligerar la digestión, nos queámos mirando sin pestañear durante cinco minutos á la Rosarito, y endispúes nos venimos á dormir la siesta, y endispúes á los toros... y endispúes...

Caminito del monte, serrana,  
mis ojos te vieron;  
caminito del monte, ¡qué horitas  
más güenas pasaron, más güenas se fueron!

Y esto lo canturreó el *Azucena* arqueando los brazos y taconeando ritmicamente como si se dispusiera á bailar uno de los tangos más en boga.

—Pos di tú—exclamó Cristóbal—que eres tú capaz de tentar á San Juan Evangelista.

—Pos ya mismo estoy yo alevantando á tu tío.

—No, hombre—exclamó aquél deteniendo por un brazo á su amigo—que el pobre se acostó mu tarde anoche; y sobre tó, que entoavía no ha empezao á clarear y tenemos tiempo dé sobra.

—Bueno, pos esperarémos; pero tan y mientras, dame algo conque yo me entretenga, que se me ha puesto la boca más reseca que un esparto.

En aquel momento empezaron á entrar en la taberna los más trasnochadores y más madrugadores de la parroquia.

—A ver—dijo con voz bronca y campnuda, dirigiéndose al de Jimera, el señor Curro el *Chanclotes*—á ver si me echas dos mellizas de las que arden en quantito sienten de mentar un misto.

El *Bigote*, un ex-buen mozo de anchas patillas grises y pronunciadísimo abdomen, apareció en escena, y después de dar los buenos días con voz que estaba pidiendo á voces un reconocimiento laringoscópico:

—Avísame en quantito encomience á jer-

vir eso—dijo á Cristóbal señalándole con la mirada la reluciente cafetera; y repantingándose después en el gran sillón donde solía echar sus renques el señor Juan, extendió las robustas piernas, descansó las encañecidas manos sobre el pecho, se colocó el deslustrado *cordobés* á modo de pantalla sobre los ojos, y dos minutos después, un imponente ronquido anunciaba que acababa de parlamentar de nuevo con el sueño uno de los más gloriosos representantes de los ternes de mi tierra.

Tras el *Bigote*, penetraron en el hondilón el sereno y el guarda-calle.

—¿Qué, mataitos; verdá?—les preguntó zumbonamente el *Azucena*.

—Tardará mucho en estar eso en su punto?

—Ya mismito—le contestó Cristóbal al sereno, á la vez que levantaba la cobertura á la dorada cafetera.

—Oye tú, has tenío que llevar esta noche alguna lancha á la carena?—preguntó el *Chancletes* al guarda calle, que se dormía con la cabeza sobre el pecho, el cual tras de hacer un esfuerzo poderoso para desentornar los párpados, le contestó, no sin previa-

mente mostrar hasta la bóveda palatina en un bostezo formidable.

—El *Caracola* ha sido el que hemos tenido que llevar á la carena, por más de que le dió el ajolí por no dejar pegar un ojo á nadie esta noche en la calle de *Refino*.

—Y lo llevaron ustedes á la grillera?

—Pos aonde querías tú que lo lleváramos, al Hotel Roma?

Las primeras claridades del día hacían ya palidecer la de los mecheros de gas; empezaron á resonar en la calle el fuerte pisar y las toses acatarradas de los que se dirigían al trabajo; las primeras piaras de cabras dejaban oír el intermitente tintineo de sus esquilas.

—A los molletitos calientes—gritó con voz cascada, inarmónica, casi agresiva, la señá Currita la *Molletera*, asomando en el hondilón el escuálido rostro.

Poco á poco fué llenándose «La Alegría» de ilustres personalidades, y media hora después decíale al señor Juan, á la vez que le señalaba á su sobrino, Antofuelo el *Azucena*:

—A ese *gachó*, me lo llevo yo ahora mis-

mito, sabe usté?; pero que ahora mismito:  
que se me ha puesto en la cabeza gastarme  
hoy en orsequiarlo to el *parnés*, pero que  
toito el *parnés*, que tengo en la faltriquera.

## V

Cuando ambos amigos, ya cumplida la parte primera del programa, llegaron al ventorrillo, enseñoreábase el sol de la alegre perspectiva, bañando en sus raudales de luz los blancos caseríos, que, como arrojados entre florecientes verdores, salpicaban las faldas rojizas de los montes; resplandecían con su más intenso azul el cielo y el dormido mar, sobre cuyas ondas tensaban las barcas pescadoras, á las caricias del manso viento, sus blancas velas latinas, y sombreaban acá y acullá el camino algunos árboles de frondoso ramaje. A ambos lados de la carretera, embellecían el panorama elegantísimos hoteles, bien cuidados jardines y huertos lozanos, por cuyas sendas discurrían las hortelanas luciendo los vivos colores de sus tan

humildes como vistosos atavios. Allá á lo lejos, en pintoresca confusión, destacábanse las torres, azoteas y miradores de El Palo, cerca del cual, á la puerta de un gran centro docente de severa arquitectura, algunos cocheros aguardaban, enhiestos y rígidos cual maniqués, en los pescantes de sus lujosos vehículos el regreso de sus respectivos señores.

Sobre el extenso playazo que se dejaba ver por entre los árboles y edificios, divisábanse las siluetas de los rudos y atezados jabegotes, que hundían, al tirar del copo con desesperado ahinco, los endurecidos pies en las movedizas arenas, alentándose los unos á los otros con voces inarticuladas y roncas; corrían los ágiles cenacheros por la amplia carretera encorvándose al peso de los bien repletos cenachos en los que brillaba el pescado con irisaciones de plata, y resonaban los timbres de los tranvías, pidiendo vía franca, ora al calmoso carretero, ora á los más distraídos y confiados de los acansinados caminantes.

Levantando con los desnudos pies una nube de polvo que lo envolvía, un grupo de

gitanas, adornados los harapientos vestidos con amplísimos volantes bordeados de negra cinta, velado el seno por no muy limpios pañuelos de crespón; elevando sobre la cabeza las canastas de mimbre de sus industrias y sus greñudos vástagos como en bandolera, caminaban con paso varonil, escoltadas por un viejo de astroso y típico marsellés y ancho ceñidor encarnado, que aferrábase á la cola de un jumento de la más vil catadura.

Llegados que hubieron nuestros dos amigos al famoso ventorrillo, penetraron en el florido patio, desde el cual, momentos después, gritaba Antonio á la vez que tocaba las palmas del modo más resonante:

—A ver si hay por ahí un alma caritativa que quiea jacer de Samaritana con lo mejor que ha salío del barrio de *Capuchinos*.

—Pus pa eso aquí está lo mejorcito que ha nació en el *Morlaco*—repúsole acudiendo rápido á su llamamiento el mozo del ventorrillo.

Antonio acogió con una sonrisa las palabras del *Chirigota*, y

—Es que—le dijo Antonio guiñándole pi-

carescamente un ojo—este amigo mío que tú vez aquí, es un serrano que dice que las mejores *gachaitas* del mundo son las que han bebío los calostros é su tierra, y yo á eso le he contestao que en toito er mundo hay mujeres como las que á nosotros nos curan la tos; y pa probarle que lo que yo digo es la *chipé*, pos me lo he traio aquí en gran velocidad pa que se le caiga el estucao en cuantito se tire á la cara la flor de la maravilla.

—Es que sería un contra Dios que le pasara algo malo á este mocito—dijo socarronamente el *Chirigota*.

—Pos saben ustedes que estoy yo ya que brinco por ver una cosa tan prodigiosa.

—Pos una miajita se va usté á tener que esperar, porque la Rosarito no jace naita que se estaba alevantando.

—Pos tan y mientras se desencapulla, á ver si traes una miajita del *Paliano*, un par de copas por barba.

—Pos mira, ya de camino bien podías traerte tamién pa mí una miajita de eso, que tengo el cuerpo cortao—dijo en aquel instante penetrando en el patio Joseito el *Zaragata*—hombre de más de cincuenta navida-

des, de agitanadas facciones, de profusa melena gris que se le desbordaba en largos mechones, por bajo de las alas del *pavero*, de ojos chicos y chispeantes, de cuerpo enflaquecido, luciendo chulesca y no muy llamante indumentaria, y suspendida del brazo una gran guitarra de reluciente cejuela y elegante clavijero de marfil.

—Hola, Joseito —exclamó Antonio al ver al recién llegado, el cual, hurgándose cortesmente el ala del sombrero:

—Que un *divé* bendiga—dijo con voz melosa—á los mocitos *barbes*.

—Oye tú, á ver si nos traes esa miajita de bársamo—dijo Antonio dirigiéndose al «Chirigota».

—Dos por barba?—le preguntó éste mirando furtivamente al guitarrista.

—Sí, hombre, sí —díjole éste con autoritario acento—dos por barba, y fijate bien que yo la tengo partía.

—Pos na más que por eso te vas á tocar y á cantar ahora mismito unos cuantos garrotines.

—Por vía é la Malenal—exclamó tornando al cielo los ojos con dolorosa expresión

el *Zaragata*—tamién me vas á peir tú garrotines! Lo que se va estragando el gusto, señores: jace veinte años, pa ser cantaor se necesitaban más requilorios que pa ser obispo de la Diócesis; se necesitaba tener voz, y estilo, y facurtáes y cá purmón como un fuelle, porque tó eso se necesita pa cantar lo que se cantaba entonces, que no eran más que soleares, y siguirillas, y serranas, y carceleras, y polos y medios polos, y malagueñas, y *levantiscas*, y en fin, el cante verdá; pero hoy, caballeros, hoy lo que se canta el cantaor de más postín no vale ni lo que se canta un grillo rial debajito de una mata.

—Sí que tiée usté razón—dijo Cristóbal—pero entoavía se encuentra algo güeno y del cante de verdá en el riñón de la sierra.

—En la sierra sí señó; por cierto que una vez que yo estuve en Benaoján le oí cantar unas serranas mu superiormente á uno que le decían Roquecito el de *Pujerra*.

—Sí que cantaba bien el Roquecito.

—Y no canta ya ese mozo?

—No, señó, perdió la voz jace ya una pila de tiempo.

—Qué lástima! porque era una alondra; pe-

ro lo que pasa en este arte, que á lo mejor le coje á uno un pasmo: y á morir: que por un pasmo la perdería seguramente Roquecito.

—No, señó, que el probe de Roque la perdió por mó de una puñalá que le dieron en Alcalá de Guadaira, á consecuencia de la cual se murió cuasi cuasi de repente.

--Tamién se suele perder por mó de eso— dijo de manera sentenciosa el *Zaragata*.

—Pero con la una cosa y con la otra, tú no vas á cantarte lo que yo te he pidío.

—Ya mismito te estoy yo dando gusto á tí y dándole gusto á este caballero.

Y tras apurar la segunda copa que le correspondía de las que minutos antes les sirviera el *Chirigota*, cantó con voz de grato timbre sonoro y acompañándose de modo admirable con la bien tañida vihuela.

Tiée mi serrana,  
tiée mi serrana  
la carita de raso,  
de raso y grana;  
tiée mi serrana  
en los ojos más luces  
que la mañana.

—Olé por los cantaores!—exclamó Cristóbal, al que la copla cantada por aquél habíale hecho recordar los grandes ojos melancólicos y apasionados de la mujer querida.

—Estas se parecen á las serranas del de *Pujerra*, verdad?—preguntó el *Zaragata* al sobriño del Urdiales.

—Se parecen una miajita, pero na más que una miajita.

—Se acuerda usted por casolidá de las que cantaba Roque?

—A ver, toque usted y probaremos.

Antonio miró algo sorprendido á Cristóbal, el cual, aprovechando la primera entrada que Joseito le ofreciera, cantó con voz sonora, potente, sugestiva, con voz maravillosamente timbrada; con voz sojuzgadora de toda la gama del sonido; con voz que, ora se elevaba rotunda y vibrante, sin vacilaciones ni desmayos, ora descendía dúctil y suave, disminuyendo en intensidad con imponderable justeza; con voz, en fin, en que traducíanse el amor y la pena en divinas inflexiones.

Alma del alma  
del alma mía,

por Dios, no llores;  
mira que el llanto,  
serrana mía,  
mira que el llanto  
seca las flores.

El *Zaragata* y el *Azucena* miraban llenos de estupor á Cristóbal.

—La mare que lo parió á usté, camará— exclamó por fin el guitarrista—pos diga usté que tener lo que tiée usté en la campanilla es lo mismo que tener una mina en Cartagena.

—Pero, chiquillo—dijo Antonio, que no apartaba sus ojos de los de su amigo—tú sabes lo que á tí te ha puesto Dios en el pico; si es que puées tú jacer una fortuna manque no sea más que impresionando fonógrafos.

—Por tu salucita, que no me mientes tú eso—exclamó incorporándose bruscamente Joseito. Malas puñalaitas le den al que inventó esa jechicería, que la primera vez que yo oí cantar en uno de esos istrumentos á mi compare Pepe *Tinaja*, cuando ya diba pa año y medio que el probe había *palmao* de resurta de un acosón que le metió en una

ingle e l *Tuerto de Benajarafé*, ca pelo se me puso más de punta que la hoja de un estoque.

—Camará, que sea noragüena—dijo en aquel momento, acercándose á Cristóbal, el mozo del ventorrillo.—Yo lo que le pueo decir á usted es que en los años que llevo de oír tocar el pito no he oído quienes se puean tutear con usted más que Juan Breva, el Chacón y Pepe el del Altozano.

—Se puée saber cuál de ustedes es la alondra que se acaba de escapar de casa del pajarero?—preguntó en aquel instante, penetrando en el patio contoneándose con insuperable gentileza, Rosarito la *Claveles*.

No había mentido Antonio al ponderar horas antes á Cristóbal los incentivos de Rosarito, la cual avaloradas sus formas elásticas y cimbradoras y su semblante de gitanesca estirpe con una falda de coco, un delantal encarnado, amplio pañuelo de crespón granate de flecos larguísimos; y con un clavel de bengala entre las negras ondulaciones de su riquísima guedeja, quedóse mirando de hito en hito, al llegar frente á él, al de Jimera de Líbar y

—Me parece á mí—le dijo—que es usté el que desde hoy se le va á enconar á la mar de cantaores.

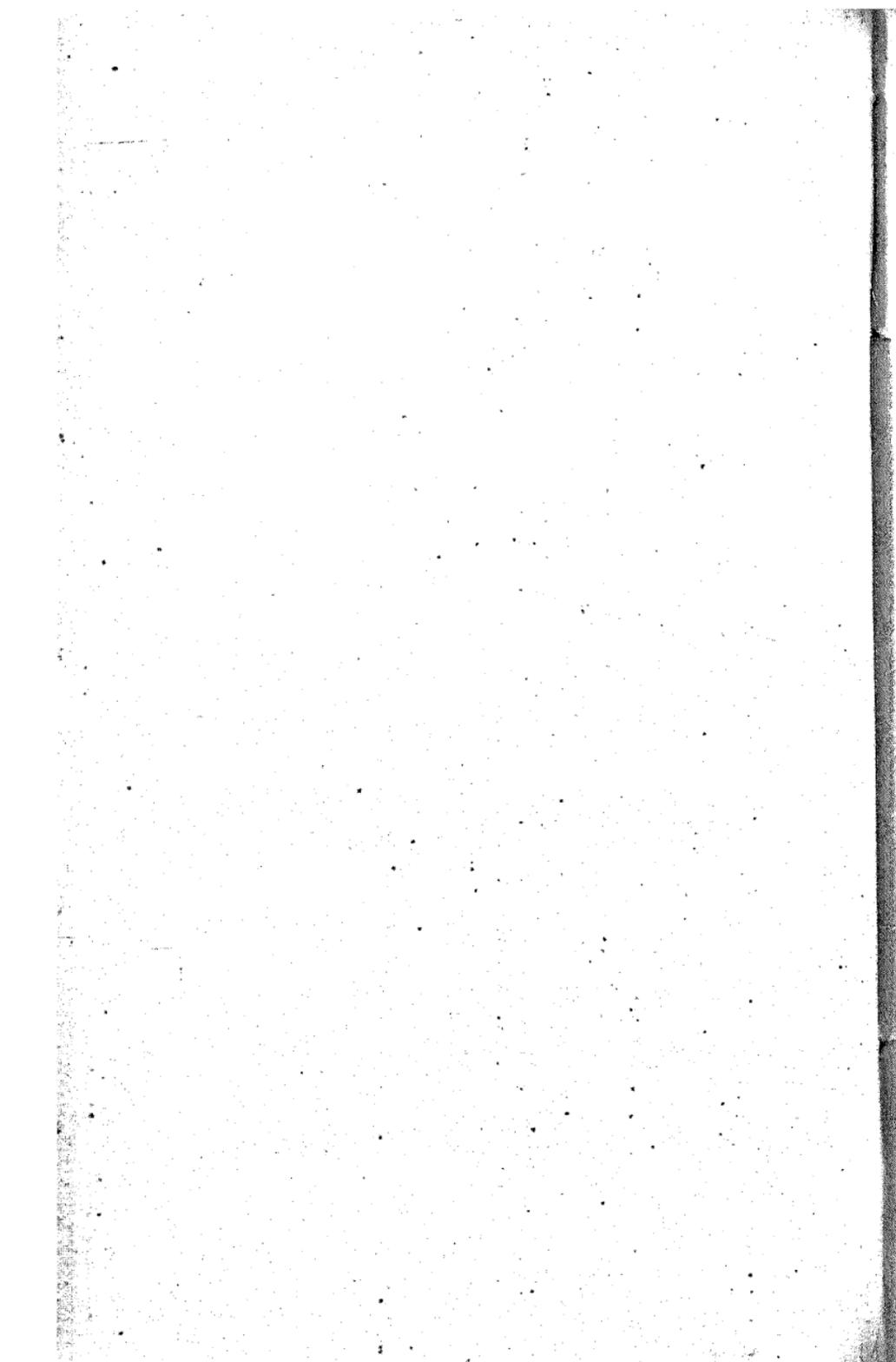
Dos horas después salían nuestros dos amigos de *Quitapenas*, y preguntábale Antonio á su camarada.

—Qué, es ó no es esa *gachí* lo que yo á tí te decía?

—Pos te diré—repúsole con acento indiferente Cristóbal—la verdad es que la *gachí* es la mar de superior, pero me gusta á mí más, pero que muchísimo más, la que yo tengo en la Sierra.

Y mientras se cruzaban estas palabras entre ambos amigos, decíale Rosarito á su prima Candelaria.

—Vaya, chiquilla, vaya si es simpático y si ttee rocío y si sabe cantar bien el sobrino del Urdiales.



## VI

—Tía, le ha echao usted alpiste al canario?

—Sí, hija mía, que ya le he llenao hasta arriba el casillero.

Ya tranquila respecto al pájaro de su preferencia, penetró en la sala que le servía de tocador Dolores la *Golondrina*, y tras entornar la puerta, se dispuso á dar principio á su arreglo cotidiano.

Veinte abriles contaría nuestra heroína, pero algunos más representaba á causa de que un desarrollo prematuro, pero armónico, hábala convertido en incipiente matrona; su semblante, del que no habían desaparecido del todo los rasgos de la niñez, era de tersas y sonrosadas mejillas, de grandes ojos azules con reflejos dorados, de nariz ligerísimamente arremangada, de boca en la que del Sarto parecía haber puesto el contorno ideal de la de sus Vírgenes maravillosas, y de

frente pura y nítida, sobre la que se elevaba en artificiosa rebeldía la crencha reluciente de sus cabellos de oro.

La habitación donde Lola acababa de penetrar estaba decorada con un ropero de luna; un lavabo de roble adornado en las pequeñas ménsulas con lindos cachivaches de porcelana; una mecedora, varias sillas y una colección de oleografías en doradas molduras que reproducían las seis más culminantes escenas de una historia de amores de un realismo artístico y tentador.

Despojóse Lola del cuerpecillo y sentándose delante del espejo contempló sonriendo con vaga complacencia aquel semblante suyo, bello y perfumado como una alborada primaveral; su garganta tornátil y sus brazos de brillantez marfilina, y llevándose lánguida y perezosamente ambas manos á la nuca, descubriendo sus axilas encantadoras, un raudal de bucles desbordó sobre su espalda, sobre sus hombros, sobre su seno á medio velar por el ligerísimo canesú de bordados entredoses.

—Oye tú, Lola—dijo en aquel momento penetrando en la estancia la señá Carlota—

si luego sales por fin sola, me haces el favor de dejarme pa pagar el recibo de la casa, que con otra más ya son cinco las veces que ha vinio á cobrarla el pobre de Cayetano.

—Pues tieés más que tomar lo que sea preciso de la caja de caudales?

—Es que—murmuró la señá Carlota—se va ya queando la caja de caudales como tengo yo las encías, con mu pocos inquilinos.

—No llores, mujer que peor estarán las de debajo del *puente*.

—Camará, y que ancha de pecho que eres tú, sabiendo como sabes que tó lo que nos quea en la gaveta no pasa de treinta duros.

—Pero entavía nos quean mis cuatro trapos, los dos mantones de Manila, los cuatro de crespón, las arracá de diamantes, la cadena de oro con el medallón y el anillo de esmeralda, que por mu poco que den por él de empeño darán cuarenta ó cincuenta duros, que son dos meses de vía.

—Sí, pero es que ya sabes tú mu bien lo que es empeñar, que es comprar las cosas dos veces.

—Y ¿qué se le va á jacér sino poemas

cortar el cupón, que sería lo de mi gusto?

Quedó en silencio la vieja durante algunos momentos, y después, y con voz quejumbrosa, murmuró como si hablara consigo misma:

—La verdá es que Dios muchas veces pone á pruebas mu duras á la más santa; porque se necesita que le haigan puesto á una de oro de ley, pero que mu de ley, los centros, pa tener, como quien dice, en la palma de la mano la frábica de la monea y resirnarse á comer pan seco pudiendo comer perdices.

—Oye tú—díjole Lola, sin duda con la intención de apartar la imaginación de la señá Carlota del derrotero por el que empezaba á aventurarse—sabes tú que no tiee mal empaque y que no parece antipático del tó el sobrino del tabernero?

—Dejuro—exclamó aquella irónicamente—como que yo no sé como no lo han retratao ya pa las tarjetas postales.

Comprendió Lola que no estaba la señá Carlota de humor apropósito para encontrar dulce ni las bizcotelas, y le dijo encogiéndose de hombros:

—Mira, que no se te olvide si es que salgo, sacar el mantón blanco y azul pa que se ventée, que ya sabes que mañana voy á los toros con mi comadre Rosario, y no quieo yo dir por ahí apestando á natalina.

Quedó en silencio y meditabunda durante algunos instantes la anciana, y después:

—Mira, hija mía—dijo á aquélla mirándola algo turbada—perdona si vuelvo á platicarte del *Cartagenero*, pero es que no creo que tú debas despreciar esa proporción, por pescar la cual de roillas iría al Calvario la que pudiera presumir de tener las mejores proporciones.

—Es que—dijo Lola—á mí ese hombre no se me ha dejao ver mu claro; y además, que yo creo que lo mismo que se casó conmigo mi Paco se puee casar cualisquier otro que puea valer tanto como puea valer don Paco el *Cartagenero*.

—Dejuro que sí, y á puñao tendrías tú los pretendientes en cuanto digieras pío; pero es el caso que hoy las cosas están mu malas toas, y mu peores, y un pachón se necesita pa encontrar un hombre con dos pares de calcetines; y si no, fijate bien en tos los

que hasta ahora han querido llevarte á la Vicaría: el *Ganga*, el *Boqueronero*, el *Melones*, el *Niño de la Talabartera*, la flor y nata en fin de los diputaos á Cortes.

—Pus por eso mismito, á tos los he vestío con la misma guayabera.

—Mira, Lola—dijo la señá Carlota con voz grave y en solemne actitud—ya sabes tú mu bien que yo soy siempre la primera en no querer que tú te ensucies ni el filo de los jarapos; pero es que el caso del *Cartagenero* es una cosa mu particular, y en el fuego metería yo dambas manos á que ese hombre, si lo pudiese hacer sin temor á que le lastimaran con un grillete el tobillo, jace ya la mar de tiempo que te hubiese pidío jasta por Dios que te dejaras llevar por él á los piés de los altares.

—También lo creo yo; pero como no es cosa de que por darle gusto á ese hombre empiece yo á tirar mi reputación por la ventana, pos que tenga pacencia, y que se entere bien de lo que se debe enterar, y que tan y mientras lo consigue, que pase el hombre fatigas.

—Pero y si lo que suele ocurrir, con esta

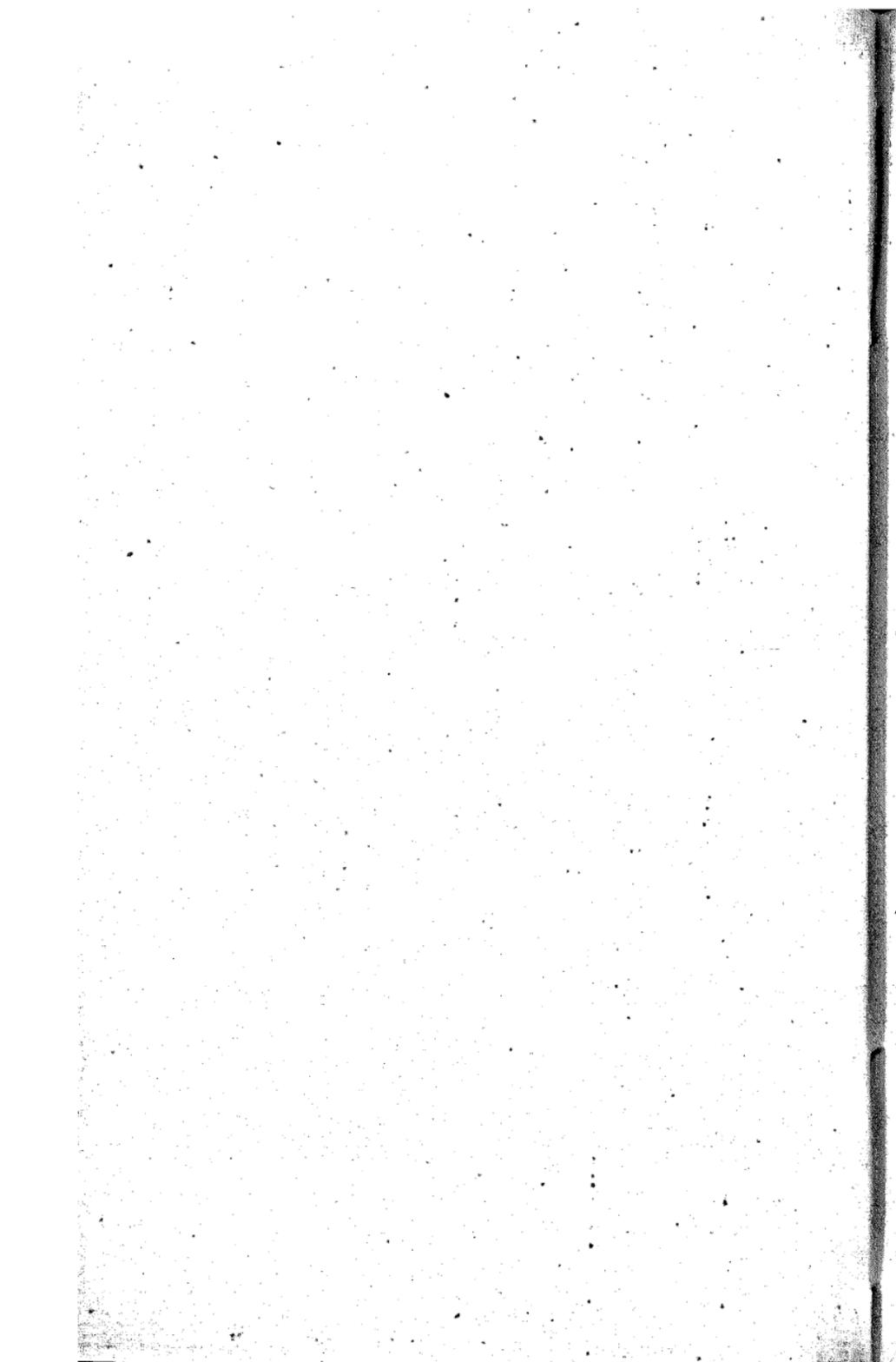
y con la otra se le acaba al hombre la flama y se quéa más fresco que una escarola!

—Pos si se le pasa la flama... tal día hizo un año; pero no tengas tú cuidao, que á ese *gachó* no se le quita la calentura tan y mientras. no le administre yo el sulfato de quinina.

Se encogió de hombros la señá Carlota, y dándose por vencida ya que no por convencida:

—Bueno—dijo incorporándose—allá tú, y que con tu pan te lo comas, que yo me voy pa allá dentro, que aún me quean por planchar yo no sé cuantas camisas y cuatro ó cinco chaponas.

—Con eso me dejarás que yo me alise este pelo—murmuró Lola á la vez que hundía el peine en su blonda y espléndida cabellera.



## VII

Cuando Cristóbal y Antonio se acomodaron en los tendidos, entretenían la espera los espectadores bromeando, requiebrando á las hembras, que adornadas con blancas mantillas las de los palcos y con vistosos mantones las de las gradas, y grandes ramos de claveles en los bien peinados cabellos unas y otras, alegraban los ojos de sus requiebradores, engañados casi todos con flamantísimos *paveros* y encarnadas pañoletas.

El tendido de sol resplandecía como un revuelto oleaje dondè la vida hubiese vertido sus tintas más deslumbradoras; defendíanse de los implacables rayos del día los que en él hormigueaban, con sombrillas, quitasoles y abanicos; empinaban doquier la estallante bota, pregonaban sus chucherías los vende-

dores ambulantes y los de la banda lanzaban al viento como ensayos alguna que otra nota de sus dorados instrumentos de metal.

De vez en cuando, algún *Juan de las Viñas* ó alguna piel rellena de serrín, al correr de mano en mano, vaciaba, al romperse, su contenido sobre los espectadores, entre la jácara y chacota de los que á las víctimas rodeaban; procuraban los más pacíficos encontrar acomodo entre los de su condición; cada nueva hembra que con el marchamo de la hermosura aparecía acá ó acullá, era acogida con una explosión de requiebros, y en vano procuraban los guardias despejar la barrera que invadían en tropel los menos prudentes de los espectadores.

Cristóbal paseaba su mirada por el brillante mujerío, antojándosele de más divina condición que las hasta entonces admiradas por él, aquellas hembras que le embriagaban, más que con su hermosura, con el garbo y la donosura de sus movimientos, con la malicia y la voluptuosidad que ponían en sus labios y en sus ojos, en sonrisas y centelleos; con la elegancia conque atenaban sobre el seno arrogante los ricos

pañolones de Manila; con lo primorosamente calzado de sus pies casi invisibles y con los embriagadores perfumes que brotaban de todas ellas cual de vivientes y mágicos incensarios.

Al ver tanto femenino esplendor, quiso rescatar su pensamiento de aquel torbellino de tentaciones que lo empezaba á envolver, para conseguir lo cual pensó en María Rosa; pero la imagen de ésta puso una nota sombría en el mágico panorama, y cerrando entonces los ojos del espíritu á la visión de la mujer querida, se dejó remecer por aquel dulce divagar de su imaginación, con la vista puesta en las mozas que brillaban ante sus ojos encendidos por el deseo, cual ramilletes de flores.

Antonio procuraba poner á su amigo al corriente de todo cuanto ignoraba, y no daba paz á la lengua pecadora.

—Mira tú, allí está la *Tulipanes*, la jembra de Casimiro, una buena *gachi*; pero, según me ha dicho Pepe *Zurrapa*, que la ha tratao mu de cerca, hay que hablar con ella por teléfono porque es la mar lo que le *sundela* el jálito. ¿Ves tú aquel del *jipi* y del chaleco

blanco?, pos ese es Pepe *Mojama*, un tocintero del Perchel que es hombre mu capaz de jacer un matute con los ojitos vendaos.....

Y de este modo seguía ilustrando al de Jimera, Antonio, cuando, incorporándose bruscamente, exclamó con acento alborozado:

—Calla! pos no me parece que aquella que está á la vera allá de la *Nena* de la Alcazaba es Lola la *Golondrina*.

—¿Cual, la que vive cuasi en frente de mi casa?

—La misma; y feilla que se ha venío la *gachí* y sin mantón que se trae!

—Sí, ya la veo—dijo Cristóbal—verdá que viene bonital

—Esa me parece á mí que te gusta á tí un peazo más que la *Claveles*.

—Hombre, yo entoavía no he visto más que de refilón á la Lola.

—Pos vámonos pa allá, que nos vamos á poner en un sitio desde el cual nos jartemos de mirarla.

No se había equivocado Antonio; Lola, acompañada de su comadre Rosarito la *Torrifa*, y del marido de ésta, lucía en delantera

de grada su belleza y gallardía, engalanada con un vestido de muselina que moldeaba con traidora ductilidad la tentadora redondez de sus muslos; amplísimo mantón azul bordado de blanco, cuyos flecos jugueteaban en el borde del vestido; cadena de oro que ceñía su garganta, digna de ser reproducida en los más preciosos mármoles; brillaba al sol su reluciente cabello como una rebelión de rizos aúreos, en el que algunas flores casi ocultaban del todo los elegantes peinecillos, y rendirse parecían sus microscópicas orejas al peso de las ricas arracadas.

La aparición de Lola en la delantera, tal revuelo hubo de causar entre los espectadores más próximos, que, advertido por el *Torrifa*, hizo que éste exclamara, á la vez que miraba con expresión de cómico reproche á su comadre:

—Pos diga usted que pa dir á qualisquier parte con usted sa menester peir que venga detrás un acorazao.

Cuando Antonio y Cristóbal sentáronse próximos al lugar ocupado por los *Torrifas*, dijo el primero al segundo, que no apartaba un punto sus ojos de Lola:

—Vamos á ver, qué es lo que te parece á tí ya más de cerca tu vecina?

Cristóbal no le contestó; los ardientes incentivos de Lola habían despertado en él una misteriosa sensación de voluptuosidad, y abstraído en su contemp'ación, no pudo oír las palabras del *Azucena*, que, en vista de su silencio, le volvió á preguntar:

—Qué, por fin; te gusta ó no te gusta Dolores la *Golondrina*?

—Y á quién no vá á gustarle un campo lleno de flores?—repúsole aquél sin apartar su mirada de Lola; y después, y tras un breve silencio, preguntó á su acompañante:

—Y oye tú, ¿esa *gachí*, qué? Tú sabes sus pormenores?

Se encogió de hombros el *Azucena* y

—Lo único que yo sé es que esa *gachí* tieé por corazón un peazo de gutapercha.

—Y es viuda como dicen?

—Viuda de un *calé* la mar de salao, que *palmó* de tanto mirarse en los ojos de su señora.

En tanto sostenían ambos amigos el diálogo que acabamos de reproducir, decíale á Rosarito, la *Golondrina*, indicándole á la vez,

mediante una furtiva mirada, el enamorado de María Rosa:

—Mire usted, comadre; ese que está con Antoñico el *Azucena* es el sobrino del señor Juan el Urdiales.

—Pos mire usted, no parece antipático el chavalete—repúsole aquélla después de mirar á Cristóbal con los párpados entornados.

Ya el público empezaba á impacientarse, y á demostrar su impaciencia del modo más elocuente y atronador, cuando apareció en el palco presidencial el encargado de dirigir la lidia, el cual fué acogido con una rechiffa ensordecedora.

Lanzó la banda al viento los acordes de la marcha de Pan y Toros, y abriéndose la puerta de los corrales, dió pasó á las cuadrillas, al frente de las cuales los noveles mata-dores, terciado del modo más airoso el capote de paseo recamado de oro unos, y otros de plata, avanzaron, seguidos de los suyos, con paso armónico y musical, y llegado que hubieron ante el palco de la presidencia, quitarónse las monteras en cortés alarde, al par que se inclinaban con ingénita elegancia; y

un minuto después arrojaban los capotes de lujo á sus respectivos amigos, que los colocaban en la contrabarrera á modo de vistosas colgaduras.

## VIII

Llenaban el espacio los acordes de la música; restallaban los látigos en las aguzadas orejas de los poderosos machos que arrasaba al, minutos antes, invencible bruto, y recorría el coso el Arenas devolviendo á sus dueños respectivos los sombreros que alfombraban el redondel, cuando

—Oye tú, aquella *paloma* que está con los *Torrijas* es Lola la *Golondrina*, verdá tú?— preguntó á un jayán rubiote y mal encarado don Paco el *Cartagenero*.

—Pos mal tiées tú que andar de pupila, *chavó*—repúsole aquél con voz tormentosa,— porque esa *gachi* no puée confundirla nadie con otra, lo mismito que no se puee confundir la luna con un lucero.

Don Paco contaba algo más de cincuenta.

años, según aseguraban, aunque de un modo misterioso, los mejor informados, y cuarenta y dos ó cuarenta y tres según el propio cosechero decía, dicho que solía hacer sonreír con expresión irónica ó sufrir algún que otro ataque repentino de tos á lo que tal cosa escuchaban, los que si no osaban exteriorizar de modo más descarado su incredulidad, no era por falta de deseos seguramente y sí, sin duda, por lo al tanto que estaban de los poquísimos aguantes que el de los perniles tenía para toda clase de bromas que con su edad se relacionara.

Mas si de modo tan descarado llevaba nuestro hombre á cabo tales importantes enmendaturas en su partida de bautismo, justo es decir que contaba al hacerlo con los más poderosos aliados, cuales eran la frescura y tersura de su tez, el brillo de sus grandes ojos garzos, el negror no sospechoso de su pelo, el brío de sus ademanes, y la bizarría de su figura, en la que sólo el vientre empezaba á desobedecer los mandatos de la estética.

Además de lo que dejamos indicado, acostumbraba Don Paco á avalorar la gentileza

de su persona con su típica elegancia en el vestir, mediante todo lo cual no eran pocas las hembras de cartel que suspiraban en el barrio por aquel gallo de tan arrogante postura y pluma tan tornasolada, no obstante saber que no estaba el hombre en condiciones de abatir, como Dios manda, sus banderas ante hembra alguna, por la ignorancia en que vivía sobre si su legítima consorte habíase ido ya, ó no, á rendir cuenta ante el trono del Altísimo de su vida pecadora, tan pecadora, que, según decíase en el barrio, á los pocos meses de haber aceptado el santo yugo matrimonial tuvo que salir de estampía, en evitación de ser debidamente descuartizada por su señor y dueño.

Según afirmaban los mejor enterados, al apercibirse el carnicero de que la elegida de su corazón veíase de matute y con sin duda poco honestos propósitos con un tal Periquito el *Hortelano*, tanto le hubo de escocer la inesperada traición, que no tuvieron más remedio los causantes de su desventura que zambullirse en la mar salada, y no salir de ella hasta verse al abrigo de los trágicos propósitos de aquél, no se sabe si en las

Pampas argentinas ó si en los Andes chilenos.

Burlado en sus propósitos de venganza, devoró don Paco su pena, y huyendo de los testigos de su humillación, puso la proa á Málaga, donde el tiempo—bálsamo consolador—fué cicatrizando poco á poco la tremenda herida; y llegar al fin de su no muy venturosa existencia esperaba, sin tener que sufrir nuevos acosones del dolor, cuando quiso su mala ó buena fortuna, que un día, algunos antes del en que lo sacamos á relucir, se tropezara con Lola en una de las calles del barrio, y sintiese al verla latir su corazón con vehemencia inusitada.

Pensó don Paco, desde aquél instante, en poner formal asedio á tan graciosa fortaleza, pero de tal modo hubo de armar en corso el perfil la *Golondrina* á la cuarta ó quinta vez que intentara acercársele el carnicero, que juzgó este conveniente desistir de sus amantes propósitos ó esperar para insistir á que la casualidad le brindara ocasión más oportuna; y ya casi del todo había logrado dar al olvido á Dolores, cuando al toparse de nuevo con ésta en la plaza de toros, sintió po-



nérsele bruscamente de pié en el corazón, aquello que él empezaba á juzgar ya dormido para siempre.

Enmudeció don Paco á la respuesta del *Meana*, que este era el mote conque cruzaba por el mundo el jastialón por él interrogado, y se dedicó á recrearse, lo más cerca que le fué posible, en la contemplación de los encantos de la *Golondrina*, sin curarse mucho ni poco de los ciegos arrestos, de los temerarios alardes de valor conque el de *la Zamorra*, estimulado por los aplausos tributados á su compañero, procuraba en aquellos momentos, á cambio de una ráfaga de gloria, abandonar este valle de lágrimas ó ir á visitar las más altas latitudes.

El público, embriagado de sangre y de entusiasmo, contemplaba, con expresión más gozosa que indiferente, un caballo espirante, que, á cada golpe que en él asestaba el puntillero, levantaba la cabeza, ondulando el cuello largo y descarnado, y mostraba á los que vociferaban los enormes dientes amarillentos; el toro, burlado una y cien veces por los vistosos ensangretados capotes, cebábase en otro jaco moribundo, al que casi levanta-

ba en vilo en sus poderosas arremetidas, en tanto los peones, sudorosos, arrebatados, encorvados tras el trapo, procuraban arrancarlo de la querencia del caballo agonizante.

Los mozos de plaza, con sus chamarretas grana, corrían de acá para allá; el público ensordecía el espacio con sus gritos pidiendo más banderillas; las mujeres paseaban sus ojos, encendidos por el entusiasmo, por la arena, deteniéndolos con codiciosa expresión, en los gallardos lidiadores y acogiendo cada uno de sus alardes de valentía con un ahogado grito vibrante; el de la *Zamarra*, vestido de verde y oro, con la muleta y el estoque en una mano y en la otra la montera brindaba al tendido de sol la muerte del astado bruto.

Una explosión de oles y palmadas acogió las frases del novel matador, el cual dirigióse hacia el toro, al que ya habían conseguido llevar á los *medios* los peones, y colocándose delante de él, sereno, sonriente é inmóvil como si estuviera tallado, extendió ante sus ojos encendidos como brasas la reducida muleta.

—Olé por los mataores!—gritó Antonio al ver como el de la *Zamarra*, tras varios pases coreados por los aplausos de la muchedumbre, aprovechando un instante en que el bicho habíase cuadrado, tirábase sobre él, recto como una vela, y el acero, tras relampaguear un punto siniestro en el espacio, hundíase crujiente en las mismas péndolas del valiente moruveño.

Rugió la muchedumbre embriagada de gozo, y ante los ensordecedores vítores del pueblo sintió el espada ensancharse su corazón, y quedó inmóvil como enervado, más que por cansancio de la tremenda lucha por el hondo placer de la gloria conquistada.

. . . . .  
—Oye tú, quién es el que diba detrás de la *Golondrina*?—preguntaba Cristóbal al *Azu-cena* cuando, ya terminado el espectáculo, dirigiáanse ambos amigos hacia la taberna del Urdiales.

—Pos ese es don Paco el *Cartagenero*, el amo de la mejor carnicería de Málaga; un *gachó* mu durito de roer y la mar de garboso pa con toitas las que Dios besó en la cara.

—Pero es que ese tiée algo que ver con la *Golondrina*?

—Que yo sepa no tiée naita que ver, y nunca lo han visto los ojos é mi cara á la querencia de Lola.

Cristóbal calló, y cuando aquella noche se metió en la cama, su pensamiento no dejó un punto de revolotear, como una mariposa alrededor de una luz, alrededor de la tentadora imagen de Lola la *Golondrina*.

## IX

—Hoy te queas tú á comer con nosotros  
—le dijo á Lola, Rosario.

—No, no me queo—repúsole aquélla, que sentada en una mecedora no se dejaba de abanicar mientras la segunda doblaba cuidadosamente el mantón que acababa de quitarse.

—Vaya si se quea usted—dijo el *Torrijas*, que retrepado en otra mecedora daba las últimas chupadas á un cigarro,—usted se quea porque en este rincón es este cura el que manda, y si no se quea usted...

Y el *Torrijas* no pudo poner fin al periodo á causa de que entrando en aquel momento la criada—una chavalilla enclenque y de grandes ojos azules—dijo dirigiéndose á Rosario:

—Oiga usted, mi ama, que acaba de preguntarme si púee pasar don Paco el *Carta-genero*.

Rosario miró, sonriendo maliciosamente, á su comadre, y díjole después á la muchacha:

—Pos dile á ese caballero que ya puee entrar, que ya está atao el garabito.

Antonio, para el cual había pasado inadvertido en la plaza, el asedio ocular de que hiciera blanco aquél á Lola, murmuró á la vez que se incorporaba:

—Qué bicho le habrá picao hoy á mi compadre, camará, que jace ya por lo menos cinco meses que no le veo la chalina.

Don Paco penetró en la sala con paso acompasado, y tras saludar á los dueños de la casa:

—Josús, María y José—exclamó mirando á Lola á la vez que se persignaba vertiginosamente.

—Pero ¿es que ha visto usted algún duende, hijo mío?—le preguntó zumbonamente la *Golondrina*.

—Lo que yo he visto ha sio una cara que ni la carita é Dios, la que secó la Verónica.

—Y se puée saber 'quién ha sio el alma buena que lo ha echao usté por aquí, ¿que se vende usté más caro que la brótola, compadre?

—Calle usté—repuso éste al *Torrija*, mirando al soslayo á Lola—que hay cosas que no se explican. Supóngase usté que al pasar por enfrente de esta casa me dió en el corazón una punzá y pensé que la entregaba, y lo que me dije yo, pa morirse, morirse á la verita de presonas del gusto del que se muere.

—Y se ha aliviado usté ya de la punzá?—le preguntó Rosario cambiando con Lola una mirada de inteligencia.

—¿No me había de aliviar, salero, si tiée usté entre estas cuatro paeres el unto de la *Malena*?

Durante media hora, siguieron las dos mujeres y el *Cartagenero* cambiando un nutrido tiroteo de frases intencionadas, y cuando el último, media hora más tarde, se dirigía hacia su casa, hervíale la sangre como allá en sus años juveniles: la retadora hermosura de Lola habíale hecho volver á oír una desvanecida canción y respirar un perfume ya olvidado.

Y mientras él se dirigía hacia su casa, decíale Rosarito á la *Golondrina*:

—Mire usted un *gachó*, que si no fuese por lo que es le vendría á usted como anillo al dedo; un hombre ni verde ni pa que lo piquen los pájaros, mu güen mozo, mú simpático y con una carnicería que renta más que la Habana.

—Sí, pero como ese hombre no se sabe si es libre, ú no lo es, pos no hay que pensar en eso—murmuró con expresión meditabunda Dolores; y tras algunos instantes de silencio, preguntó á Rosarito:

—Y cómo es que él no ha hecho por enterarse de una cosa que tantísimo le interesa?

—Pus porque, según dice, hasta hoy no le ha hecho falta ninguna.

Cuando aquella noche le relató Lola lo ocurrido á su tía, exclamó ésta con acento alborozado:

—Pos ya sabes tú lo que yo te tengo dicho, que ese es el hombre que más á tí te conviene.

—Pos hija, un torozón, pero que un toro-

zón pareció que diba á darle cuando me trompezó en cá de la Rosarito.

—Pos tu ange tutelar sería pa tí ese hombre, porque tú suponte que además de la carnicería tieé una ú dos casas en el Perchel, y además un lagar que vale tanto como un cortijo en la Vega.

—Sí que es una lástima, pero, en fin, que se le va á jacer, de eso se podría hablar si no estuviese casao.

—Eso es lo que no se sabe.

—Pos eso es lo primerito de lo que tieé que enterarse pa arrimarse á mis linderos.

La señá Carlota asintió á lo dicho por su sobrina con un movimiento de cabeza, é inclinando ésta sobre el pecho, quedó como sumergida en una honda meditación, pensando, sin duda, en lo bien que hubiese hecho el Altísimo en recojer en el regazo de la madre tierra el alma pecadora de la legítima mujer de Paco el *Cartagenero*.



## X

Al día siguiente de aquel en que tuviera lugar la escena que acabamos de narrar, don Paco, en mangas de camisa, encrespado el negro pelo, al aire el nacimiento del torax arrogantísimo, multiplicábase cuchillo en mano por atender al pintoresco marchante-río que lo aturdía con sus gritos, mientras él zajaba, cortaba, amputaba y hendía los trozos de res, que goteaban sangre sobre el mármol del mostrador, ó trituraba los huesos sobre el tajo con la reluciente hachuela.

—Oiga ustedé, señó Curro, que no es jamón de Treveles—gritó la señá Pepa la *Melindres*, una vieja roma de nariz y de boca cuyas comisuras se perdían de vista, contemplando el reducido pedazo de carne que acababa de

entregarle aquél;—mire usted que esto no vale las tres *galgas* que le he dao.

—Y ¿por qué no se ha traído usted un carricoche, salero?— repúsole Don Paco al mismo tiempo que entregaba *lo suyo* á otra de las parroquianas.

Las menos impacientes charlaban y reían en apretados corrillos; las más jóvenes se miraban á hurtadillas en los grandes espejos que cubrían la pared en el fondo del establecimiento; las que tenían menos tiempo que perder procuraban colocarse en primera fila, valiéndose ora de la fuerza, ora de la astucia.

La luz brillante del día iluminaba espléndidamente el pintoresco golpe de vista que presentaba el establecimiento con aquella multitud abigarrada de mujeres adornadas casi todas ellas con pañuelo de los tonos más chillones, las estucadas paredes que relucían con el mas intenso blancor; el peso, que de oro parecía, como los garfios de los que pendían los cuartos y pernils de vacas y de terneras; el techo, donde la mano de un artista sin aspiraciones á la inmortalidad había intentado reproducir algunas náyades y

ARTURO REYES

ondinas de mofletudos carrillos y formas exuberantes; una gran oleografía que representaba una Divina Pastora, apacentando algunos corderos con caras de serafines en una ancha moldura de nogal, y un gran reloj Imperio colocado sobre una artística repisa y defendido del polvo por un amplio tul celeste.

Durante media hora todavía no pudo dar paz á sus manos el carnicero, pero al cabo de ella empezaron á aclararse las filas, y cuando ya disponíase á despachar á la última de sus marchantas, penetró en la carnicería la señá Carlota con semblante risueño y deseosa, sin duda, de hacer saber á don Paco que era ella nada menos que tía carnal por parte de madre de aquel prodigio de mujer que él había tenido la suerte de poder contemplar de cerca, el día anterior, en casa de los *Torrijas*.

—Y usted, qué es lo que desea?—preguntó á la señá Carlota don Paco.

—Pos yo lo que quiero es un buen bisté y el avío pa el puchero.

Cuando aquel hubo cortado lo pedido por la anciana díjole ésta sonriendo con expresión maliciosa.

—Sabe usted que anoche me estuvo hablando mi sobrina de usted casi toita la noche?

—Mire usted una cosa que no es de mi gusto—repúsole zumbonamente Don Paco—á mí lo que me gusta es que la familia se tutée.

La seña Carlota acogió con un gesto desabrido la chuscada y exclamó:

—Qué barbaridá de salero que tiée usted algunos días, sobre tó cuando está la luna en creciente.

Don Paco sonrió, y al ver que aquella, después de colocar con el mayor primor la carne en el cesto, afianzábase bien el pañuelo de la cabeza valiéndose de la mano libre y de los sumidos labios, como disponiéndose á marchar:

—Y se puée saber—le preguntó—qué fué lo que le dijo á usted su sobrina referente á mi presona?

—Y por qué no?—repúsole aquella encojiéndose desdeñosamente de hombros—lo que me dijo mi sobrina fué que lo 'había conocio á usted en casa de los *Torrijas*.

—Calla!—exclamó precipitadamente soltando el cuchillo é inclinándose sobre el

mostrador el *Cartagenero*—pos ahora me entero yo de que es su sobrina de usté Dolores la *Golondrina*.

—Sí, señó, mi sobrina por parte de madre, porque su madre era mi hermana... pero en fin, quéese usté con Dios, que ya es mu tarde y cuando llegue no va á ser pregón el que me va á dar mi Lola.

Y dando media vuelta salió del establecimiento la señá Carlota sin prestar atención á lo que le decía el carnicero, el cual, al ver á aquella tomar el portante en tan resuelta actitud, saltó ágil como en su remota mocedad por encima del mostrador y se lanzó en su seguimiento diciéndole:

—Pero venga usté acá, por su salucita; mire usté que lo que menos podía yo pensar era que usté pudiera ser lo que es; pos no tenía yo muchas ganitas de jechar un *pali-que* con alguien hablando de esa *gachí*, que se me ha queao pegá al alma como una carcomania.

La señá Carlota, que había concluido por escuchar sonriendo otra vez á don Paco, le repuso:

—Pos menester es que si eso es verdá va-

ya usted despegándosela de ese sitio por muchísimas razones; la primera de toas, porque me parece á mí que usted no está ya pa meterse en esos fregaos...

—Ay que saliíta más serrana que tiée usted!— exclamó interrumpiéndola brusca-mente el *Cartagenero* al sentirse herido en la parte más sensible—por lo menos se piensa usted que estoy yo ya pa alimentarme na más que con fideos tallarines.

—Yo no me pienso naíta, pero lo que yo sé es que mi Lola hasta San *Navidá*, si Dios quiere, no cumplirá los veinte y uno; y sobre tó, que manque usted estuviera pa meter mañana la mano en el servicio, ni á mi sobrina ni á mí nos gustan los pájaros embragaos.

—Y qué sabe usted si á mí me ha picao ya ú nó Dios el pícaro jilo conque por mi malilla fortuna me embragaron?— murmuró sombríamente el carnicero.

—Eso es lo que está por ver entoavía, según reza el papelito.

—Eso es lo que, Dios mediante, podré yo probarle á usted mu pronto, pero tan y mientras, bien podía usted decirme si, si yo

aluego me fuese á lucir una miajita el garbo por la calle aonde uste vive con esa quita-chavetas, tendría usted inconveniente en que yo le jiciera á ustedes un ratito de visita.

Enarcó las cejas la señá Carlota, miró severamente con los ojos entornados al *Cartagenero* y

—Me paece á mí—dijo con voz llena de retintines—que usted no nos ha tomao bien la filiación; nosotras no acostumbramos á recibir más visitas que la del médico y la del que vende la berza.

—Pero eso qué tendría de particular?— exclamó amostazado el *Cartagenero*.

—Es que ustedes los hombres sus pensais que toas las uvas son lairenes, y sa nester que se vayan ustedes enterando que en la viña del Señor, ca cepa dá su racimo.

—Y ¿á que viée to eso, señá Carlota? ¿Qué he dicho yo pa que se tire usted pa mí el retaquito á la cara?

—No, sino es mismamente por lo que usted me haiga dicho; es porque ya llueve sobre moja; es porque yo ya estoy más frita que un plato de calamares; es que ya me duele á mí el trímpano de oír la misma mazurca á

toas las horas del día, y es lo que yo digo: señó, si un hombre se prenda de mi Lola ¿por qué se ha de venir á mí con la matraca, y jerre que jerre y dale que le dá como si yo tuviera bula pa eso; tiée más el hombre que la quiera que dir á decírselo á ella y que al que Dios se la dé San Pedro se la bendiga?

Cuando la señá Carlota se hubo alejado, penetró de nuevo don Paco en su establecimiento, todo cariacontecido y,

—En mu malita faena me está dando á mí el corazón que va usté á meter su pensamiento—dijole la señá Angustia la *Quinquillera*, que desde el umbral de la carnicería había estado escuchando el diálogo mantenido por aquéllos.

—Y por qué dice usté que es una malita faena?—preguntó don Paco á la nueva parroquiana mirándola de hito en hito.

—Pus porque—le repuso la señá Angustias—la Lola está esperando que llegue un Inca der Perú pa darse á partío; porque esa *gachí* tiée más jumo que una lancha cañonera.

Dos horas después.

—Aonde vá usté á estas horas y tan ti-

rando tiros de güen mozo?—preguntaba la señá Amparo, su antigua á modo de ama de llaves, al *Cartagenero*, al ver á éste salir de su habitación luciendo rico traje de alpaca negra que relucía como de raso, chaleco de piqué del que pendía una gran cadena de oro, elegantes zapatos de piel de caimán, roja corbata prendida en la cual resplandecía una gran herradura de brillantes y zafiros y amplio *pavero* de los de rondeña estirpe.

Halagado por el piropo de su antigua sirviente, sonrió Don Paco complacido y repúsole con expresión maliciosa, á la vez que sacaba de una lujosa petaca un cigarro de los de más alta gerarquía:

—Pos voy á ver si pueo tirar una paloma zurita más regraciosa que el sol que vide ayer en los tarajes del río.

No obstante sus risueñas esperanzas, en vano pasó aquel día nuestro gallardo prócer una y otra vez por delante de la vivienda de Lola, que cerrada á piedra y lodo parecía; y á la media hora, cansado de cimbelear inútilmente y temeroso de llamar la atención de los vecinos que empezaban á observar, arremolinados y cuchicheando, su constante ir y

venir con parada y copa, de vez en cuando, en el hondilón del señor Juan, se declaró en retirada y se alejó, no sin antes poner una mirada de despecho en el balcón solitario de la viuda del *Zalgatona*, balcón que fulgía á los rayos del sol

«Como un tapiz de esmeralda,  
de rosas y de claveles.»

## XI

Cristóbal, desde el día en que viese por primera vez de cerca el bellissimo rostro y el cuerpo escultural de la viuda de aquel que—según Antonio—había muerto á consecuencia de tanto mirarse en los dulcísimos ojos azules de su señora, había empezado, sin darse cuenta de ello, á descuidar un tanto sus habituales ocupaciones, á pasarse las horas muertas en el umbral de su casa, y sin dormir las más de las noches, pues apenas se metía en el lecho daba principio en su pensamiento un á modo de misterioso pugilato entre la imagen de María Rosa, dulce, apacible y llena de luminosas tonalidades, y la arrebatadora de su vecina, pugilato en el que el recuerdo de la primera esfumábase á veces vencido por una ola de dulces y de ardientes sensaciones.

Desde punto y hora en que el recuerdo de la *Golondrina* comenzara á disputar á María Rosa la plena posesión de que ésta, hasta entonces, pudo hacer justificadísimo alarde, empezó el mozo á cuidar más de su personal aliño, y á la vez que relegaba al viejo arcón que le servía de guardarropa, las viejas prendas de vestir, aunque de modo menos radical, iba dejándose en las horas que pasaban sus hábitos campesinos y sus montañesas rusticidades, ansioso de poder codearse y confundirse con la gente moza que á la taberna concurría, espoleado por la inclinación que comenzaba á sentir por la vecina, inclinación que él no quería reconocer más que como un capricho pasajero y á la que se esforzaba en quitarle importancia cada vez que la imagen de la de Jimera dejaba oír su voz triste y doliente en el fondo de su conciencia.

Antonio, al que, como él decía, había dotado el Supremo Hacedor de una pupila que era un buzo, poco tardó en darse cuenta del diario visiteo de Lola á la imaginación de su amigo, y un tanto inquieto, hubo de decirle una mañana:

—Mira, Cristóbal, que me está dando á

mí el corazón que va á soliviantarte á tí una miajita más de lo que á tí te conviene la del pelito de oro, y menester es que sepas tú que de virutas es de lo que tieé esa *gachí* abarrotao el lao dizquierdo y que lo que tú debes jacer es dejarte ya de una vez de ese quebraero de cabeza, y más teniendo como tiées en la serranía una *gachí* que, según á mí me ha dicho el tío Paco el *Recobero*, que la conoce, vale cien millones de veces más que toitas las golondrinas que trinan en los tejaos.

Cristóbal, al oír ponderar los méritos de María Rosa, casi empezó á sentirse arrepentido de haber dado beligerancia en su corazón á la viuda del *Zargatona*, pero pronto una apenas esbozada sonrisa con que ésta hubo de galardonarło aquella misma tarde, volvió á apartar su imaginación de su antiguo derrotero.

El mismo día en que el *Azucena* le aconsejara apartarse del camino de Lola, penetró el cartero en la taberna y

—La de un día sí y otro no—dijo sonriendo, á la vez que le entregaba á Cristóbal una carta que el mozo cogió sin apresurarse á

rasgar el sobre; lo cual, advertido que fué por el señor Juan, hizo que éste le preguntara:

—Es acaso de mi hermana Catalina?

—No señó, que no es de mi madre—le repuso aquél á la par que guardaba la carta en uno de los bolsillos de la limpia chamarreta.

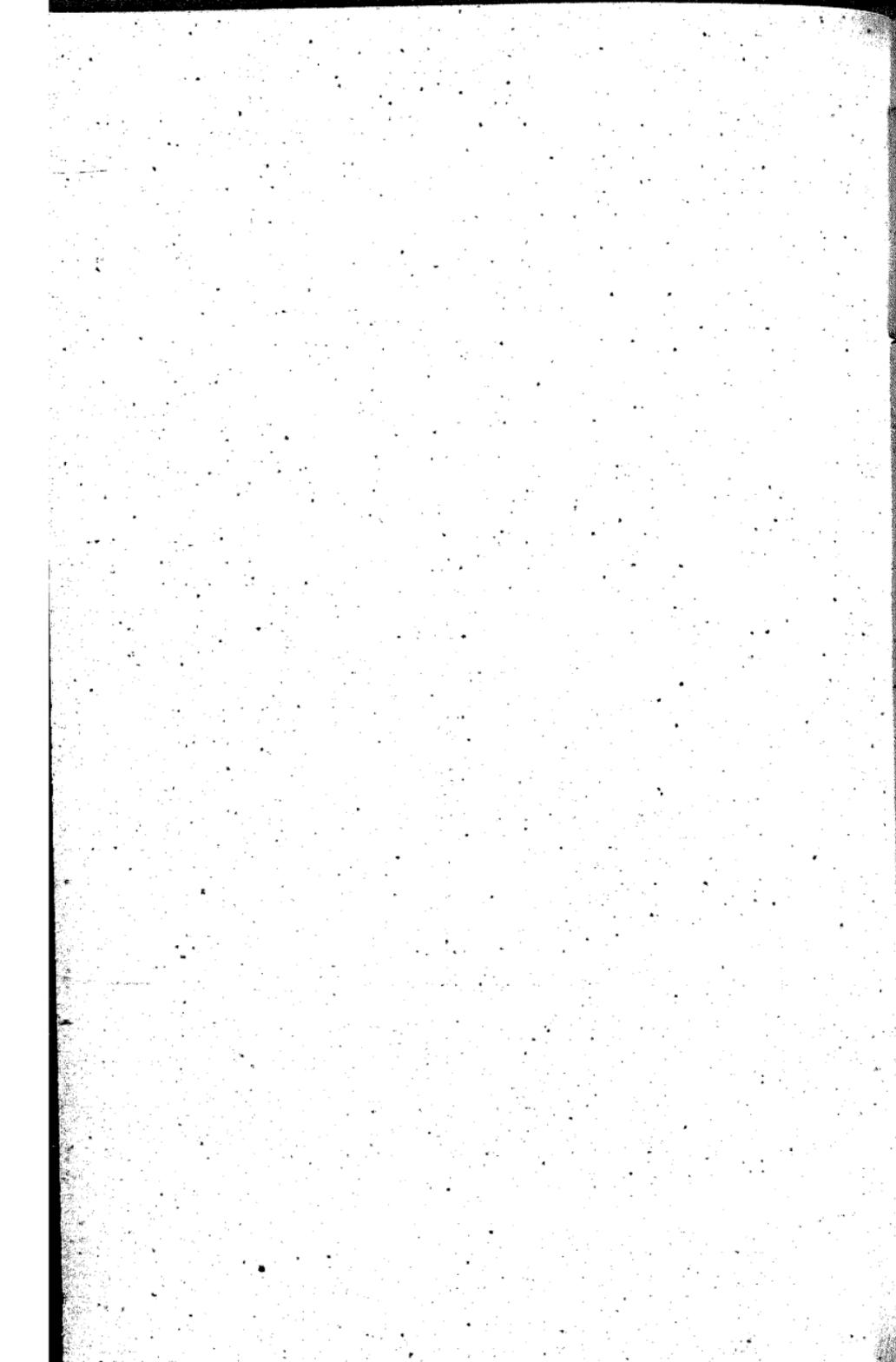
Cuando aquella noche, ya en la cama, se enteró de su contenido, quedó como abismado en una poco grata meditación.

La carta no era heraldo de nada agradable: la madre de María Rosa había caído gravemente enferma; el médico de Gaucín habíale dicho que aquello sería largo y penoso; María Rosa estaba desesperada; lo único que la ayudaba á sobrellevar la cruz de su martirio, era, según ella le decía, el recuerdo del hombre por ella tan hondamente adorado.

Este, al terminar la lectura de la carta, sintió que se le llenaba de sombras el espíritu; aconsejado un punto por su índole generosa, pensó en ir al pueblo á consolar á la muchacha; esta idea, á la vez que á su corazón, halagaba su amor propio, al pensar en la sorpresa que de ir causaría, no sólo á María Rosa, sino

que también á sus padres y á sus amigos, la metamórfosis en él verificada; después de paladar mentalmente aquel á modo de anticipo de su soñado regreso á los paternos lares, pensó que lo mejor sería dejarlo para cuando la buena suerte le hubiese prestado su ayuda de modo más definitivo.

Cuando más abstraído estaba en aquel arder y apagarse de propósitos, acudió de nuevo á su imaginación el recuerdo de Lola, de aquella hembra tan espléndida, tan riente, tan perfumada, y al recordar el brillo de sus pupilas tan azules y el sonreír de sus labios tan fragantes que le mostraban el blancor marfilino de sus dientes, y el rojo vivo de sus encías de terciopelo, huyó como asustada la imagen de la huérfana de Joseíto, con su pobre falda oscura de percal, con su tez quemada por el sol y con sus manos encallecidas en las más rudas faenas: aquellas manos junto á las cuales eran dos puñados de jazmines las prodigiosamente modeladas de Lola la *Golondrina*.



## XII

De pié en el umbral de su establecimiento, con los brazos cruzados sobre el pecho y reclinado contra el quicio de la puerta, contemplaba el señor Juan con plácida expresión el animado golpe de vista que presentaba la calle, en la que como cruces de Mayo, fulgían los balcones y las ventanas y donde discurrían con gentil desembarazo ó charlaban en alborotados corrillos, luciendo sus galas domingueras, las mozas de mejor empaque, escoltadas, ó acompañadas todas y cada una por un tropel de zánganos que las aturdían y recreaban con su codicioso mirar y sus salados decires.

De vez en cuando, algún que otro carruaje les hacía replegarse á las aceras; gritaban los rapaces, que se deslizaban ágiles y albo-

rotadores por entre los pintorescos grupos; un ciego imploraba la caridad cantando una á modo de insóportable salmodia á los sones de una infamemente tañida vihuela; allá, en un extremo de la calle, verdegueaba un jardín, en el que una palmera daba algo de oriental al golpe de vista, y junto al murete que lo circundaba, un viejo vendedor de avellanas y de garbanzos atendía, disputando con ellos, á sus infantiles y churretosos compradores. Cuatro soldados conducían en bien poco marcial apostura, la enorme cacerola del rancho al cuartel próximo, y la voz aguda de alguna que otra hembra ya fuera de combate por su edad y estado, resonaba acá y acullá llamando desesperadamente á alguno de sus retoños durmiéndose en la emisión de las últimas vocales.

Lola, que sentada en su reja entreteníase en contemplar á los que por delante de su ventana discurrían sin parar mientes en el fuego á discreción que hacían sobre ella los más enamoradizos y galanteadores de los transeuntes, al ver el señor Juan en la puerta del hondilón le llamó siseándole dulcemente.

—Pos no van á ser mocitos los que van á morir de *chingares* al verme en esta garita— dijo aquél acercándose á la reja.

—Como que si no lo llamo yo á usted no se acerca usted ni amarrao á mi ventana, y crea usted que siento yo que lo traigan á usted puesto tan de uñas como lo han puesto á usted con la amiga que más le quiere.

—¿De uñas á mí; con un lucero? Camará! —exclamó el viejo con expresión de sorpresa, y después, encogiéndose de hombros, continuó:

—Eso no podría conseguirlo más que el que puso á Adán y Eva en el portal del Paraíso.

—Pos una miajita de malas jechuras con usted andaba yo; porque la verdá es que no se ha vuelto usted á acordar de mí desde el día en que le leí á usted la carta de su hermana Catalina.

—Como que desde ese día no ha querido usted darle gusto á mis ojos asomándose á esta reja.

—Es que—repúsole sonriendo picarescamente Lola—el médico me tiee aconsejao que me quite del relente.

—Eso será según el viento que corra— dijo el Urdiales sonriendo también con expresión maliciosa.

—Es que el viento que ahora corre no es el que mejor me sienta.

—Pos mire usted, yo me pensaba lo contrario, si es el que yo me figuro.

—Calle usted, hombre, ese viento que usted dice no es el que quiere mi vela.

—Pues como yo lo vide arrastrar la cola un montón de veces por la acerita de en frente, pos me figuré.....

—Como que se creyó que con enseñarme cuatro veces la tumbaga me diba á dar un síncope. Y apropósito de síncope, sabe usted que también encomienza á palparle demasiado el corazón á su sobrino de usted, que es más pesao pa mirar que un plato de chicharrones.

—Pos mire usted, ya que vié á cuento, algo tengo yo también que decirle á usted respecto á ese particular, y es que en cuantito yo vea que sigue usted soliviantándose al chavalete, me voy á ver en la necesiá de darle parte al Juzgao..

—Pero es que se encuentra usted á gusto con su sobrino?

—¿Pos no lo he de estar, chavó, si es un tesoro de plata y oro, si sabe más que Lepe y es más marrullero que un gato? Y aluego, que no es porque sea mi sobrino, pero la verdá es que las simpatías le salen á borbotones por tos los poros. Verdad que es la mar de simpático el chavea?

Y esto lo preguntó el viejo con espontánea sencillez á la *Golondrina*, la cual le repuso haciendo un gracioso mohín que marcó dos hoyuelos tentadores en sus bien curvadas mejillas:

—Hombre, lo será cuando usted lo dice; pero pa que me lo sea á mí sa menester que usted le diga de mi parte, que yo no le voy á pagar naita porque me estuque la paré con la pupila, y que por tanto, que no sea tan machacón, que á mí lo que me gusta es lo moreno, que por lo atisonao que era me casé yo con mi Paco, al que tenga su Divina Magestá en su Santísima Gloria.

Cuando el Urdiales se alejó de la ventana, dirigióse Lola al patio de su casa, patio algo reducido, rodeado de arriates, donde los

geranios brillaban como rubies y una retorcida higuera sombreaba uno de los ángulos con sus verdes pámpanas, á cuya sombra en treteníase la vieja en planchar alguna ropa blanca sobre un tablero apoyado por los extremos en los respaldares de dos sillas de Vitoria.

—Qué, no ha pasao el de las carnes en los garabatos?—preguntó á su sobrina, á la vez que mediante una salivilla reconocía el grado de calor de la plancha que acababa de cojer del anafe colocado al pié del árbol.

—Qué ha de pasar por aquí ese *gachó*—repúsole Lola con voz en la que podíase notar un dejo de contrariedad—no ves tú que él se había creído que pa pasar por la tabla no tenía más que darle un chavo al ciego, y naturalmente al ver que no había de qué si no echaba por mitad de la calle tocandó á diana, pos al hombre se le ha emberrenchinao lasangre, y como no está acostumbrao á que le salgan las mulas respondonas, pos velay tú!

—Es que como tú tampoco le has echao á la acíbar una chispa de jarabe.

—¿Y cómo se lo diba á echar, si no se ha

vuelto á arrimar ni por casolidá tan siquiera á mi badía?

—Sí, eso en parte es verdá; pero es que tú no lo has mirao de güenas jechuras, ni tan siquiera por casolidá, tampoco; y como fué mucho el arponazo que yo le metí en el corazón diciéndole que nos jiciera el favor de no volver á cimbrar el talle por delante de este aguaero tan y mientras no pudiera venir con el pasaporte visao, pos es natural, el *gachó* volvió á meterse en la concha... Por cierto que no fué carita la que me puso el *gachó* cuando yo le dí la noticia.

—Y oye tú, cuando tú vas por las mañanas, él no te dice naita de lo que tanto parece que le ha escosío?

—Sí, algo me dice; me pregunta por tí, pongo por caso, pero siempre con los carrillos como si tuviera un flemón en cá encía; por cierto que esta mañana me preguntó si díbamos á dir esta noche ó no á casa del *Perejiles*.

—Y tú, qué le contestaste?

—Pos la verdá, que sí; y por la carita de sonaja que me puso, me figuro yo que lo que

es esta noche no vas á tener tú más remedio que escuchar sus peteneras.

—Pos las escucharé y las contestaré, y no tengas tú cuidao, que no se irá de vacío.

—Pero no vayas tú tampoco á darle al hombre un trallazo: primero porque no se lo merece, y segundo, porque lo que me quéea de trenza apostarí yo á que ese hombre anda ya jaciendo juegos malabares por enterarse de si su mujer se ha díó ya ó no se ha díó más allailla del lucero de la tarde.

—Y yo, por qué le he de dar un trallazo si él no se propasa? Pos ni que fuese yo el misto de una escopeta!

—No, pero si nó eres el misto de una escopeta, en cambio te gusta más que el comer ver á los hombres bailando de coronilla. Si te conoceré yo á tít! Y si no, vamos á ver, á que viene esa marchita que tú te traes con ese guasón del sobrino del Urdiales?

—Y qué marchita me traigo yo con él? Tengo yo, la culpa de que el muchacho se ponga á mirarme como si me fuese á retra tar! Pos no parece sino que cuando yo me pongo en el balcón ó en la ventana se lo

mando yo á decir antes ó le paso una tarjeta!

—No, señora, tú no le mandas ninguna tarjeta, pero tampoco haces naita porque él se entere de que él no tieé ná que mirar por la banda de babor; y además, que es que á ti te gusta echar leña al fuego, y como eso no lo jaces en un sótano, pues es natural... las gentes se enteran, y si eso llegase á oídos del *Cartagenero*... pos, naturalmente, que no le sabría á azúcar cande al hombre tu mó de tirar la taba.

Se encogió de hombros la *Golondrina*, y dirigiéndose hacia uno de los arriates, tomó de uno de ellos una margarita y dió principio á arrancar lentamente de ella sus hojas, una tras otra.

—¿Le estás preguntando—díjole la señá Carlota con acento seco—si algún día te pondrá la Divina Providencia los sentíos que te faltan, pa que los tengas cábales?

Lóla esperó á arrancar el último pétalo de la flor para contestar á la señá Carlota, y cuando lo hubo arrancado, exclamó alegremente al par que arrojaba el tallo al suelo:

—Pos lo que le he preguntao, ha sío si

Don Paco miente al decir que tieé cuarenta y pico de años.

—Y qué te ha contestao la fló?

—Pos me ha contestao la fló lo que yo me sospechaba.

Y Lola se dirigió hacia la puerta del patio, poniendo de relieve, al andar, las mórbidas curvaturas de su bizarra persona.

### XIII

Dieron las ocho en el reloj de la vieja iglesia parroquial, y tras echarse una última mirada al espejo, dirigióse don Paco con paso rápido y gallardo contoneo hacia casa de su compadre Antofuelo el *Perejiles*.

De tal modo habíase ido enseñoreando el recuerdo de Lola del alma y del pensamiento del de Cartagena, que pronto tuvo éste que darse por vencido y confesarse que se había equivocado al juzgar aquel amor que lo esclavizaba, uno de tantos caprichos como resbalaran por su corazón sin arar en él ni aun el surco más ligero.

Cuando, convencido, tras varios tanteos, de que para llegar á la realización de sus aspiraciones no eran títulos suficientes lo aún viril y arrogante de su figura, lo

bien repleto de su faltriguera, ni su fama de hombre, si infortunado una vez, afortunadísimo las más de las veces con las hembras más codiciadas del barrio; cuando se convenció de que para entrar en aquel preciosísimo reducto no le valían ni astucias, ni escaladas, sino que lo tenía que conseguir luchando á pecho descubierto y con todas las de la ley, una profunda ira desató su ardiente huracanado oleaje en su corazón; y como hombre acostumbrado que estaba á meter tal víscera en un puño, decidióse á domar aquel deseo, que germinaba en él dulce mansísimo cordero de quejumbroso balar en un principio y bestia irritada en cuanto intentó acallar sus amantes balidos, que trocó en apasionado rugir al darse cuenta del castigo conque intentaban domeñar su poderío.

Muchos días llevaba nuestro hombre de no ver á Lola ni con anteojos, y por tanto de no encontrar plato de su gusto, ni colchón bien mullido, ni prenda bien cortada, ni aguardiente grato á su paladar, ni mujer bella, ni hombre simpático, ni cielo que fuese azul, ni temperatura agradable, cuando pre-

sentóse en su casa el *Perejiles*, rogándole fendidamente honrara con su presencia la fiesta que en su *chamizo* había de tener lugar aquella noche, en celebración de la santa ablución conque había de limpiar, cristianamente, á su vástago primero de aquellas culpas conque, sin comerlo ni beberlo, nos lanzan á tenazón á este mundo, para después de sufrir el consabido remojón, tener que beber á pasto tanto jugo de retama.

La invitación del *Perejiles* iba á ser eludida con una forzada sonrisa y cuatro frases de cajón, cuando ocurriósele al carnicero que bien podía ocurrir que concurriera al bautizo la que tan á mal traer le traía, y apenas hubo de ocurrírsele tal cosa, cuando variando radicalmente de propósitos:

—Pos mucho le estimo á usted su convite —dijo á aquél con expresión agradecida— y tenga usted la seguridad de que ha de verme esta noche en su casa así me tuvieran que llevar tendío en una camilla.

Dando por hecho que asistiera Lola al bautizo, empezó nuestro hombre á dejar volar su imaginación y á ensayar todo cuanto estaba decidido á decirla, y en esta grata y

casi deleitosa ocupación mental entrenábase nuestro hombre, sin que esto impidiera ni dificultara el pronto despacho de su marchanterío, cuando penetró en la taberna la señá Carlota, la cual, como ya saben nuestros lectores, hubo de ratificar y convertir en realidad la esperanza por aquél concebida.

Y tan elegantemente ataviado como si en lugar de dirigirse á casa de su compadre, se dirigiera á la iglesia parroquial á convertir en realidad sus ilusiones, y ya ensayado una y cien veces cuanto le había de decir á la *Golondrina*, se dirigió hacia casa de aquél, henchido el enamorado corazón de ilusiones y de esperanzas.

Tomasito el *Potrero* y Salud la de *los Rizos*, que eran los padrinos del feliz perpetuador de la gloriosa dinastía de los *Perejiles*, una vez que el cura hubo puesto fin á su sagrado ministerio, metiéronse con el ahijado en los brazos en el menos maltrato de los vehículos que los aguardaban á ellos y á su comitiva, y minutos más tarde llegaban, seguidos y perseguidos por un tropel atronador de rapaces alborotadores y pedigüños, á la vivienda de los padres del recién bautizado,

casa en cuya puerta codeábanse y apretujábanse los curiosos, deseosas de presenciar el pintoresco desfile.

Un centenar de farolillos de papel de colores fulgía en el portal y entre las frondosas pámpanas del parral y los verdes encajes de las trepadoras que decoraban los muros del patio, en el que un centenar de sillas, sin duda facilitadas en su mayoría por los vecinos más pudientes, habían sido simétricamente colocadas de extremo á extremo, sin desperdiciar más espacio que el ocupado por los floridos y bien cuidados arriates.

La llegada á la casa de los padrinos y su comitiva fué como el romper de una ola irizada en una playa resplandeciente: la madre del recién nacido, que como primeriza en tan penosa faena miraba con cierta expresión de superioridad á las que de sus amigas no habían podido ó sabido rendir todavía tan gran servicio á la patria, se incorporó en la no muy flamante poltrona, repantigada en la cual aguardaba para recibir en sus brazos á su presunto heredero, casi perdido en aquellos instantes bajo una nube de blondas; y

—Aquí lo tieé ustedé, comadre; que moro

me lo llevé y se lo traigo cristiano—exclamó la de los *Rizos* siseando dulcemente.

Una sonrisa de ternura animó el rostro pálido de la heroica mujer, la cual, estrechando entre sus brazos la prenda de su amor, puso una granizada de ósculos detonantes sobre los mofletudos y sonrosados carrillos de su tierno vástago, que rompió á llorar, tal vez adivinando los malos ratos que quizás en el mundo le aguardaban.

Los asistentes á la fiesta no tardaron en desparramarse por toda la no muy amplia vivienda, departiendo, riendo y bromeando en incesante y animadísimo bulle bulle; la legión de honor de las buenas mozas del distrito, tenía allí su representación más genuina, y gusto daba ver por lo graciosas y bien jateadas que aparecían, Josefita la *Relámpago*, que erguía como orgullosa de su figura espléndida y de su tez de un moreno cálido y transparente, como el de una pescadora napolitana; Antonia la *Paloma*, hembra de grandes ojos garzos, de mirar intenso y febril y de abrumadora cabellera oscura; Candelaria la *Corales*, una chavalilla de tez de raso y de ojos de una dulcedumbre y una

languidez infinitas y de rostro en que la gracia y la malicia desbordaban en atractivas imantaciones; Lolita la *Carambico*, que lucía, andando de acá para allá, las elásticas elegancias de su figura juvenil y tentadora, y su rostro digno de figurar en un paisaje miniado de Wateau; el suyo de oriental abolengó Isabel la *Bengalina* y el suyo, digno de figurar también en una de las leyendas orientales, Rosarito la *Claveles*.

Y si del sexo que á todos ó á casi todos nos hace menos amarga la hiel y menos fatigosas las pendientes, parecía haberse dado allí cita la flor y nata, también en torno de ellas se veía agitarse como zánganos al rededor de las más ricas colmenas, los mozos de mejor empaque, los más renombrados primates de la valentía; los conquistadores de más fama, los *curdones* más renombrados, lo más atildado y pulido de la gente moza y lo más estimable de la veterana, entre todos los cuales hacíanse notar Paco el *Peine*, un grandullón de cabeza monumental, de semblante no exento de atractivos y de risa de impo- nentes modulaciones; Pepe Benítez, otro cabezón, morenucho, esbelto, de ojos enormes

y facciones acentuadísimas, hombre famoso por sus saladísimas chuscadas; Dieguito Gallardo, inimitable maullador y Joseito Montoro, rival del *Peine* en la estatura, de semblante bondadoso y expresivo y de índole generosa y campechana.

Un murmullo lisonjero para ella acogió la llegada de la bellísima viuda del *Zargatona*, la cual avanzó por entre los mozos, que le abrían calle piropeándola, adornada con una falda de seda que, graciosamente recogida, dejaba ver, entre un remolino de encajes, el pie breve primorosamente calzado y el principio de una pantorrilla capaz de hacer despertar á los siete durmientes de la mística tradición, y cuyas carnes marfilinas dejaba transparentar la calada media obscura; sobre los curvos hombros rico mantón bordado de azul y tocado de flores el blondo cabello, entre cuyas crenchas de oro fulgían algunos relucientes peinecillos de primorosas labores.

Cruzó con paso rítmico y ondulando cadenciosamente sus formas esculturales y dejando tras sí una estela de embriagadores perfumes, por entre los nutridos grupos de

mozos, que agotaban el pintoresco vocabulario de sus chispeantes galanterías y se dirigió grácil y suelta como un pájaro, allí donde la recién parida mostraba una y otra vez á los que la rodeaban, aquel prodigio que ella, en unión de su hombre, había traído á este mundo para pasmo y admiración de las gentes venideras.

El carnicero, que á la entrada de Lola departía en la puerta del patio con el señor Curro el *Granzones*, sintió algo que le anudaba la voz en la garganta y

—Perdone usted, señó Curro—dijo á su amigo poniéndole afectuosamente una mano sobre el hombro—pero me va usted á permitir el que dejemos pa mañana tratar de este chapucillo, porque tengo yo que dir á enterarme de qué son las arracás que trae una que yo sé, en sus orejas de naca.

—Pero hombre! — exclamó el *Granzones* mirando con cómica expresión de asombro á su amigo—que no estamos ya ni usted ni yo en edá de enterarnos de ciertas cosas.

Miró don Paco al *Granzones* como con ganas de faltarle al respeto, pero, logrando echarle la galga á su indignación, dirigióse

rápidamente hacia donde se acababa de detener la viuda del *Zargatona*.

Antonio el *Azucena* dialogaba con Rosarito la *Claveles*, que le decía á aquél en el momento en que á ellos nos aproximamos:

—Pero yo por qué no lo he de decir, si eso no significa que yo lo miente soñando... Si, señó, á mí me es muy simpático su amigo de usted, pero también me lo es usted y me lo son el *Chirri* y el *Toto* y el *Clavijo* y me lo son la mar de personas que hay que me endulzan á mí, cuando están á la verita mía, jasta el agüita que bebo.

—Pos mire usted, en quantito hable usted tres veces següias con mi amigo, se va usted á suscribir á él siete veces por semana.

—Y oiga usted, es verdá eso que me han dicho de que su amigo de usted anda una miajita encaprichaillo por Lola la *Golondrina*?

—Mire usted, la verdá es que gustarle le gusta, lo cual no tié naita de particular porque la Lola es cuasi tan regrasiosa como usted; pero tenga usted la seguridá de que Cristóbal no hace el capullo en ninguna de esas bolinas, porque él se ha dejao en Jime-

ra una *gachí* que es un monumento de bonita, mejorando lo presente.

—Ah, pero él se ha dejao en Jimera...

Y Rosarito se mordió los labios al decir esto, pensando que lo mejor que hubiera podido hacer Cristóbal era no haber aparecido ni cantado jamás en su famoso ventorrillo.

—Oiga usted, Rosarito—exclamó en aquel momento acercándose á esta y con su voz siempre enemiga declarada del misterio, Paco el *Peine*—me quisiera usted jacer un laito á su verita pa que yo acabe de *palmar* mirando de cerca esos ojitos charranes?

Rosario hizo un mohín que simbolizó del modo más elocuente lo bien poco que de ella podía esperar aquel temible conquistador, y le repuso con acento casi agresivo.

—Me está dando á mí el corazón que vieé usted un poquillo equívoca!

Enrojció el grande hombre hasta lo blanco de los ojos; la actitud, siempre despectiva para él, de la gentil ventorrille-  
ra tenía llena el alma de sordo despecho, no obstante lo cual sonrió á las palabras de Rosarito y

—Y si á mí se me pusiese en ese sitio que

usted ha mentao sentarme á la verita suya, qué es lo que aquí pasaría?—le preguntó á la vez que ponía una mirada hostil en Antofuelo.

Este vió acercársele la tormenta y encojiéndose de hombros, exclamó con voz en que desbordaba la ironía:

—¿Pos qué quería usted que pasara aqu *chavó*, tratándose como se trata de usted? Que habría que sacar las tropas de los cuarteles!

Sonrió Rosarito burlonamente, y mortificado el *Peine* en su vanidad, dijo á Antonio, no sin haberse puesto antes mediante un *choclazo* el sombrero en la coronilla, adelantando el perfil como un gallo de pelea, apoyándose ambas manos en la cintura y mirando á su rival con retadora fijeza?

—Y ¿se pueé saber quién ha sio el que le ha firmao á usted la autorización pa platicar con Paco el *Peine* sin que Paco el *Peine* le otorgue á usted su premiso?

—Hombre—repúsole aquél palideciendo, pero sin que la sonrisa abandonara sus labios—si es que tieé usted empeño en ver la licencia, yo se la enseñaré á usted en después, con menos gente delante.

—Vamos á ver, caballeros, si no sus poneis una miajita pesaos ni una miajita guasones —exclamó en aquel instante Dieguito Gallardo, interponiéndose rápido entre ambos contendientes—y á ver si me dejais que coja el minino de la casa, que se ha venío á meter entre estos ramos de flores.

Y al decir esto empezó como á buscar entre los velos de los vestidos de las hembras allí congregadas un gato, cuyo maullido en celo empezó á imitar de manera maravillosa.

—Vamos á ver si le araña á usté ese animalito—dijo levantándose Dolorcita la *Diamela*, hurtando el cuerpo á las manos nada tímidas de Dieguito, el cual, al ver el revuelo de las muchachas, se apresuró á llevarse á Paco, mientras Rosario decíale al *Azucena*, procurando apartar de la imaginación de éste los sin duda belicosos propósitos que seguramente acariciaba:

—Y cómo es que no ha venío con usté el sobrino del Urdiales?

Pepe Benítez habíase acercado á una hembra algo tripona y aun no exenta de todo encanto, y decíale simulando de modo admirable la falta total de un ojo:

—Crea usted, señora, que esta es la primera vez que lloro mi desgracia con toas las veritas é mi corazón, porque hoy es cuando necesitaba yo tener mis ojos cabales pa que se enteraran de lo mucho bonito que ha puesto Dios en su carita morena.

Los guitarristas el *Aruto* y el *Charrata* dejábanse templar por el anfitrión apurando copas y más copas de la más selecta Manzanilla; una sobrina y un hermano del *Perejiles* porteaban gentes al comedor, donde los azafates de dulces lucían sus flores de talco y una imponente batería de botellas y unas cuantas damajuanas recreaban la vista de los más insaciables é impenitentes bebedores.

Don Paco, que, como ya hemos dicho, habíase dirigido hacia donde estaba Lola, díjole al llegar junto á ella con acento apasionado:

. —Gracias á un *divé*, que puéo yo arrimar-me pa ver una miajita de cerca esa carita de rosa.

Contempló Lola con expresión indiferente al prohombre, y tras un brevísimo silencio le contestó:

—Pos si yo creía que se le había ya á usted pasao del tó esa rachita de viento.

—Es que—le repuso aquél con voz sombría—lo que yo he tenío y tengo y tendré en tanto y cuanto á mí se me puea subí la temperatura, no es una rachita de viento como usted dice, sino un Sudeste capaz de tronchar una fragata; es que usted no se púee figurar lo mu malito que tengo yo el corazón desde aquella malita hora en que yo la vide á usted en casa de los *Torrijas*.

—Josús y qué penita más grandel—murmuró Lola sonriendo irónicamente.

—Pos sí, que sí, que es una pena, y es una pena porque es que yo desde aquel punto y hora ni vivo, ni asosiego, ni sé lo que es jacer naita é gusto, y si no fuera porque yo me jago la ilusión de que las piedras se quebrantan á fuerza de darle golpes, ya jace un montón de días que me hubieran tenío que sacar á mí con un rastrillo del pozo.

—Vamos, hombre, que será una miajita menos de lo que usted dice—exclamó Lola mirando llena de incredulidad al *Cartagenero*.

Y después, enarcando las cejas y frunciendo la tersísima frente, continuó:

—Y además; que yo sé mu bien que toito eso que usté me dice no son más que chilingrinas, porque de no ser así no tendría yo más remedio que decirle á usté cuatro frescas, más frescas que un vaso de avellana ó de limón granizao.

—Y por qué me tendría usté que decir eso?—le preguntó lleno de inquietud el *Cartagenero*.

—Pos por una razón mu sencilla: pus porque un hombre que como usté aun está sirviendo al rey, no debe hablarle de esas cosas á una persona decente.

—Es que—exclamó inquieto don Paco, cuyo semblante había palidecido—lo que yo le he dicho á usté, en un púlpito se puée decir; porque es que en cuantito yo sepa á ciencia fija lo que yo necesito saber, yo me voy más rerto que una bala á peirle á usté que sea usté pa mí, y á peírselo con la mar de trompeteros y en un coche con colleras.

—Sin coches y sin trompeteros, pero como Dios manda, es como yo únicamente quisiera pudiera ó quisiera dir con usté aonde usté quiere que vaya.

Don Paco tenía el rostro demudado: las

ocho ó diez copas que poco antes le hiciera beber el dueño de la casa, la contemplación de aquel mujerío brillante que aromaba el ámbito con sus perfumes y con el vaho cálido de sus cuerpos juveniles; la incitante belleza de Lola: la curva tentadora de su seno, que ondulaba bajo el encaje como un manso oleaje de marfil; sus ojos, de mirar apicarado y voluptuoso; el rojo vivo y húmedo de sus labios, donde no se concebía el beso sin el más delicioso de sus estrambotes, y todos los detalles, en fin, de aquella mujer habíanle encendido de modo tal la sangre, que, creyendo que de ella dependía su felicidad ó su ya eterna desventura, exclamó con acento en que la sinceridad había puesto sus más elocuentes inflexiones:

—Es que yo le juro á usted por Dios Uno y Trino, y que á puñaos los zarzales de la vía me pinchen en el corazón, si lo que yo le he dicho á usted no es la *fija*; si no es la *fija* que es usted ya pa mí más que el sol que me calienta y que el agüita que bebo.

Comprendió Lola que aquel hombre era ya todo suyo, y al comprenderlo así, lo miró como quien examina una probable futura

posesión, y justo es decir que no le desagradó del todo aquel conjunto, en el que se saludaban, al cruzarse, la juventud que se iba y la madurez que llegaba: sus ojos, que fulgían febriles y apasionados; sus facciones correctas, y su apostura varonil y reposada. Además de esto, aquel hombre podía representar para ella un porvenir pintado de los colores más risueños.

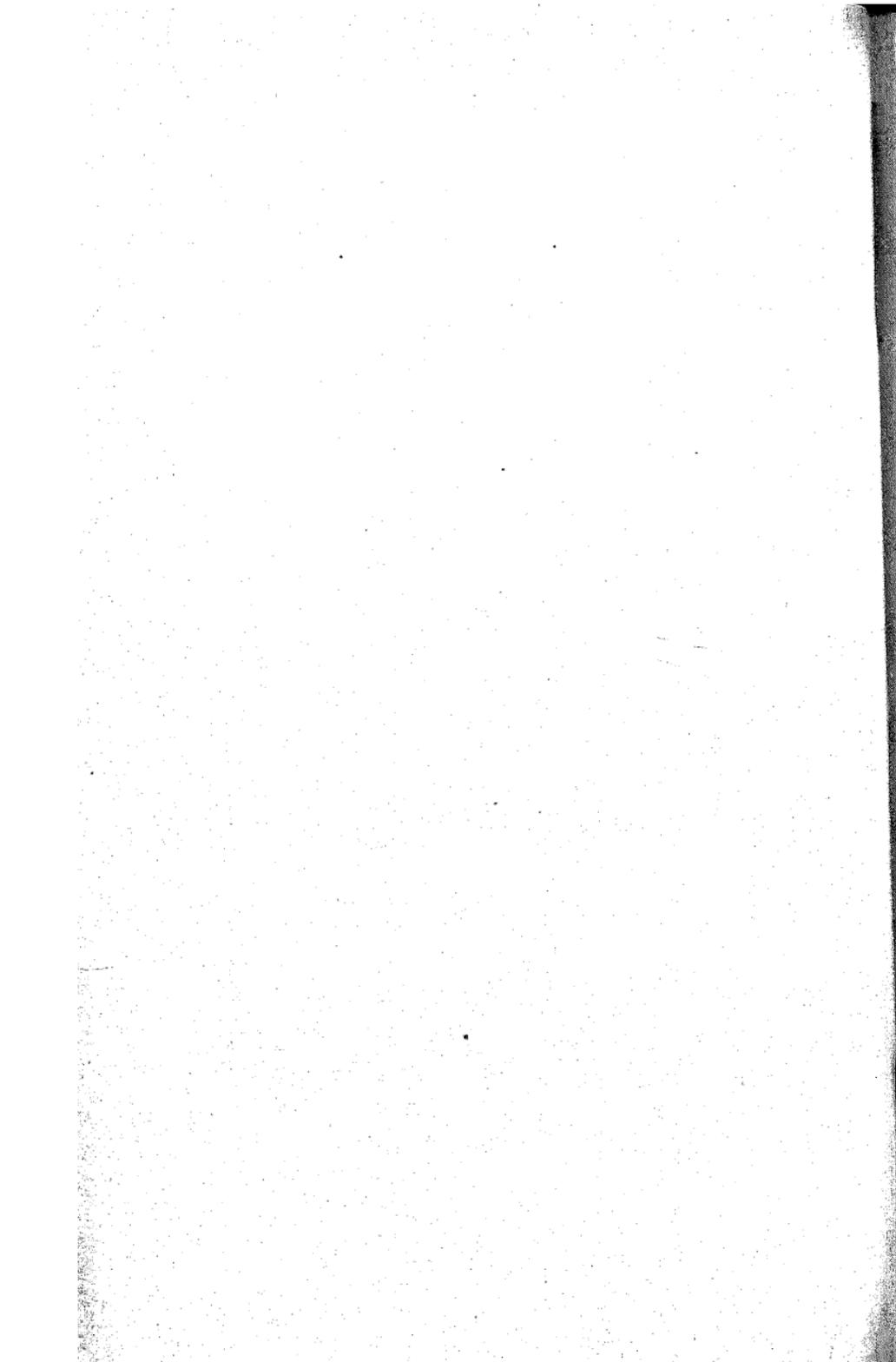
—Y ¿qué es, por fin, lo que usted me contesta á to eso que yo le acabo de decir á Vd?— le preguntó Don Paco, que no apartaba sus ojos de los, en aquellos instantes pensadores, de la *Golondrina*.

Esta permaneció todavía silenciosa durante algunos instantes y

—Si la cosa es tal como usted me lo pinta —le repuso— allá veremos qué es lo que pasa; pero tan y mientras usted no sepa bien cuál es la carta á la que puede quedarse, me va usted á jacer el favor de no volver á pasar por mi calle, que no quieo yo que dé usted lugar á que las gentes me traigan y me lleven por mó de usted sin comerlo ni beberlo.

Y tras endulzar sus palabras con una son-

risa, se alejó Lola del *Cartagenero* para ir á engrosar uno de los grupos de sus amigas, que se dirigían hacia el patio, donde empezaban á hacer resonar las guitarras los famosos *tocadores*.



## XIV

Al conjuro de las aladas notas agolpáronse al patio los que por la casa discurrían; los ilustres guitarristas sentados en la más airo-sa postura, un pié en uno de los travesaños de la silla y el otro como si quisieran mostrar á los allí congregados la calada puntera del brodequín, á lo truhán el sombrero y llenas las manos de relucientes tumbagas, cumplían con su deber profesional estimulados por los oles y requiebros de los más entusiastas, mientras, junto á ellos, Amparo la *Trinitaria* y Currita la *Pinturera* lucían, avalorado con los más vistosos gitanescos atavíos, su gallardo empaque, tocado de relucientes peinetas y de fragantes flores el bien peinado cabello y palmoteaban con los brazos extendi-

dos al acordado son de las bien tañidas vihuelas.

—Vamos allá—exclamó uno de los maestros, sin concretar con la mirada á cuál de las dos cantadoras se dirigía.

—Vamos alláa—gritó Amparo con voz desgarrada avanzando el arrogante busto, mientras sus ojos se posaban maliciosos y acariciadores en Cayetano el *Trompeta*, un *calé* de deteriorada indumentaria, de ojos magníficos y de enérgicas facciones, medio oculto en uno de los extremos del patio entre las últimas filas de los numerosos espectadores.

No se hizo repetir la invitación Currita, y echando hacia atrás; graciosa y amaneradamente, la cabeza, entornó languidamente los ojos con algo de beatitud en la mirada, y una queja honda y melódica brotó á modo de dulcísimo prelude de sus labios carmesíes.

—Olé por mi niña!—gritó la *Trinitaria*, velando con un grito desentonado la voz, no muy segura, al filar la nota, de su gentil compañera.

Tras aquel prelude, brotó la copla, coreada al final de cada verso por los aplausos de

la multitud y por los gritos protectores de Amparo la *Trinitaria*.

Cuando se hubo acallado el resonante griterío, murmuró Antoñuelo el *Azucena* dirigiéndose á la *Claveles*:

—Si esta *gachí* oyera cantar á quien nosotros sabemos, de repente se moría de la *chinga* que le daba.

—Pos una obra de caridá será que no lo oiga—exclamó zumbonamente Casimiro el *Canariero*.

—Oiga usted—dijo Antonio dirigiéndose á la *Claveles*—hágame usted el favor de decirle á este alma mía, si es la *chipé* ú no es la *chipé* lo que yo acabo de decir, pa que vea que no es que yo desagero.

—Sí que es verdá, que la presona que Antonio dice se canta más que una alondra—suspiró más que dijo la *Claveles*.

—Y quién es ese que se canta de un mó tan maravilloso?—preguntó el *Canariero* á Rosarito.

—Pos ese que nosotros decimos—exclamó Antonio—es Cristóbal, el sobrino del Urdiales.

—Pos es verdá que yo he oido decir al

*Porruo* de Tarifa que ese chavea se las trae cantando—dijo en aquel momento uno de los que rodeaban á nuestros interlocutores.

—Pos mire usté, Antonio—dijo á éste Casimiro—lo mejor que jacía usté era tener una saliíta gitana y dirse en busca de ese *gachó* y traérselo manque fuera en un canuto, pa que se cante aquí una copla tan siquiera.

Antonio vaciló un instante, pero, acudiendo en ayuda de Casimiro algunos de los que le rodeaban, tuvo que darse por vencido, y después de colocarse con todo primor el sombrero, se dirigió hacia la puerta, no sin decirle antes á la *Claveles*:

—El que me quite el sitio y se siente á la verita de usté, pena tiene de la vía.

Media hora más tarde, penetraba de nuevo el *Azucena* en el patio seguido de Cristóbal, al que dijo deteniéndose delante de Rosarito y mostrándosela en actitud cómicamente amenazadora:

—Aquí tiées á tu enemigo: que esta malita serrana es la que tiée la curpa de que yo te haiga traío.

Rosario, cuyas mejillas habíanse coloreado

ligeramente al ver á Cristóbal, protestó de lo dicho por el Antonio, á la vez que desmentían sus palabras sus ojos febriles y apasionados.

—Diga usted que toito eso es mentira; que es que en este pícaro mundo nadie está libre de un testigo falso ni de una malita lengua.

Cristóbal sonrió lisonjeado en su vanidad por la buena acogida que los ojos de Rosario le acababan de dispensar y

—Pos que coste—dijo—que entoavía no me había acabaao de decir este mal ange que era usted la que quería que viniera, cuando ya estaba yo atropellando al sereno.

El *Perejiles* y el Señor Paco lleváronse á Cristóbal al comedor, y diez minutos después, ya perdida toda clase de timideces, decía el último á los primeros con acento regocijado:

—Lo que yo les juro á ustedes es que á ustedes los han engañao: que yo canto menos que un loro; pero como yo no me sé jacer rogar, yo cantaré toito lo que ustedes me pían, y que el que escuche perdone.

Y dicho esto, y precedido por el dueño de

la casa y algunos de los amigos de éste, penetró en el patio, donde, ya enterados de su llegada y de lo que de sus facultades excepcionales decían, miráronle con mal disimulada inquietud las cantadoras; con curiosidad los guitarristas y las hembras en estado de merecer, y también muchas de las que en tal estado no estaban; en actitud expectante y un si no es desdeñosa los más preclaros de los varones de los en el patio reunidos; con algo de sorpresa en los azules ojos arrebatadores la *Golondrina* y con terco y descarado ahinco Rosarito la *Claveles*.

--Vaya, siéntese usted aquí, maestro—dijo le con voz de timbre ligeramente irónico la *Trinitaria*, mientras su compañera le miraba al soslayo con expresión digna de ser estimada por cualquier hombre de condición agradecida.

Se sentó Cristóbal junto á los guitarristas y

—Bien por esas manos!—díjoles tras escucharlos con casi religioso recogimiento durante algunos instantes.

Sonrieron aquellos agradecidos y

—Pos ya puée usted estar abriendo ese piquito de oro.

Enmudecieron todos en el patio, y de pronto, una nota potente y sugestiva, una nota limpia y tersa como un cristal y tan sonora como producida por un símbalo de plata, brotó en gradación maravillosa en los labios del sobrino del Urdiales, arrancando un murmullo de entusiasmo al pintoresco auditorio.

Tras aquel murmullo, que se apaciguó rápidamente como el romper de una ola, un silencio casi solemne acogió tan inimitable *tanteo*, silencio que, no interrumpido por nadie, imperó en el patio de la casa en tanto no espiró la última cadencia de la copla en la garganta del de Jimera; pero cuando la última cadencia, prodigiosamente esfumada, dejó de vibrar en el espacio del modo más suave, sin que perdiera un solo instante su melódica tersura, una salva estruendosa, una explosión de gritos locos, de vítores entusiastas y de aplausos atronadores hizo exclamar al *Perejiles*:

—Camará, y qué requetebien que ha jecho

en traer esta noche á mi casa este proigio Antoñuelo el *Azucena!*

Las cantadoras profesionales habíanse rendido á discreción desde el primer momento; los guitarristas felicitaban calurosamente al novel cantador; las mujeres le miraban con expresión acariciadora; la *Claveles* con mirada fulgurante, y con la suya, llena de curiosidad y de complacencia, Dolores la *Golondrina*, la que al parecer no se daba cuenta mucho ni poco de la sombríamente celosa que no apartaba un punto de ella Don Paco el *Cartagenero*.

Paseó sus ojos, radiantes de orgullo, Cristóbal por entre los que de modo tan entusiasta le aplaudían, y como si recogiendo flores en un campo primaveral acabara de formar con ellas un preciado ramillete, fueron á ofrendárselo á Lola, que acogió su misteriosa ofrenda con una vaga sonrisa, que serpeó un punto con encantadora coquetería en sus labios coralinos.

Desde aquel momento fué el humilde enamorado, y pronto, á juzgar por las apariencias, ex-enamorado de la huérfana del *Petaquero*, el niño mimado de la reunión. Cuando

en uno de los momentos de descanso pudo salir del círculo de admiradores del que era prisionero, dirigióse rápido hacia donde estaba la *Claveles*, no sin pasar sin necesidad por delante de Lola, la cual, al verle ante ella, mirándola sin pestefiear y con expresión dulcemente apasionada, díjole con voz que hizo estremecerse al muchacho y por causa bien distinta al *Cartagenero*, que contemplaba la escena mordiéndose los labios y claveteándose las uñas en la palma de la mano:

—Pos lo que menos que me podía yo figurar era que diba á tener un ruiseñor por vecino.

Se detuvo Cristóbal enrojeciendo de gozo, y tras breve silencio le repuso con voz ligeramente turbada:

—Es que no tiée naita de particular que yo haiga cantao esta noche una chispitilla medio bien, porque es que esta noche tengo yo sembraita de flores el alma y de flores sembraito el pensamiento.

Rosarito la *Claveles* mordíase con disimulo los fragantes labios, y decíale á todo el que lo quería oír Antoñuelo el *Azucena*:

—¿No sus lo decía yo, que era el mozo un fenómeno cantando?

—Y por qué es eso de tener esta noche tantas flores en el alma? —preguntó á Cristóbal la *Golondrina* después de poner al soslayo una mirada de triunfo en Rosarito.

—Porque esta noche—repúsole con voz temblorosa el muchacho—ha jecho conmigo un milagro Dios: que ha jecho que toitos mis pesares se me güervan alegrías.

Don Paco no pudo contenerse, y avanzó hacia el grupo que formaba la mujer amada y el rival que de modo tan inesperado acababa de cruzársele en su ruta, y exclamó dirigiéndose á aquélla con voz en que los celos ponían sus más hondas y aceradas vibraciones:

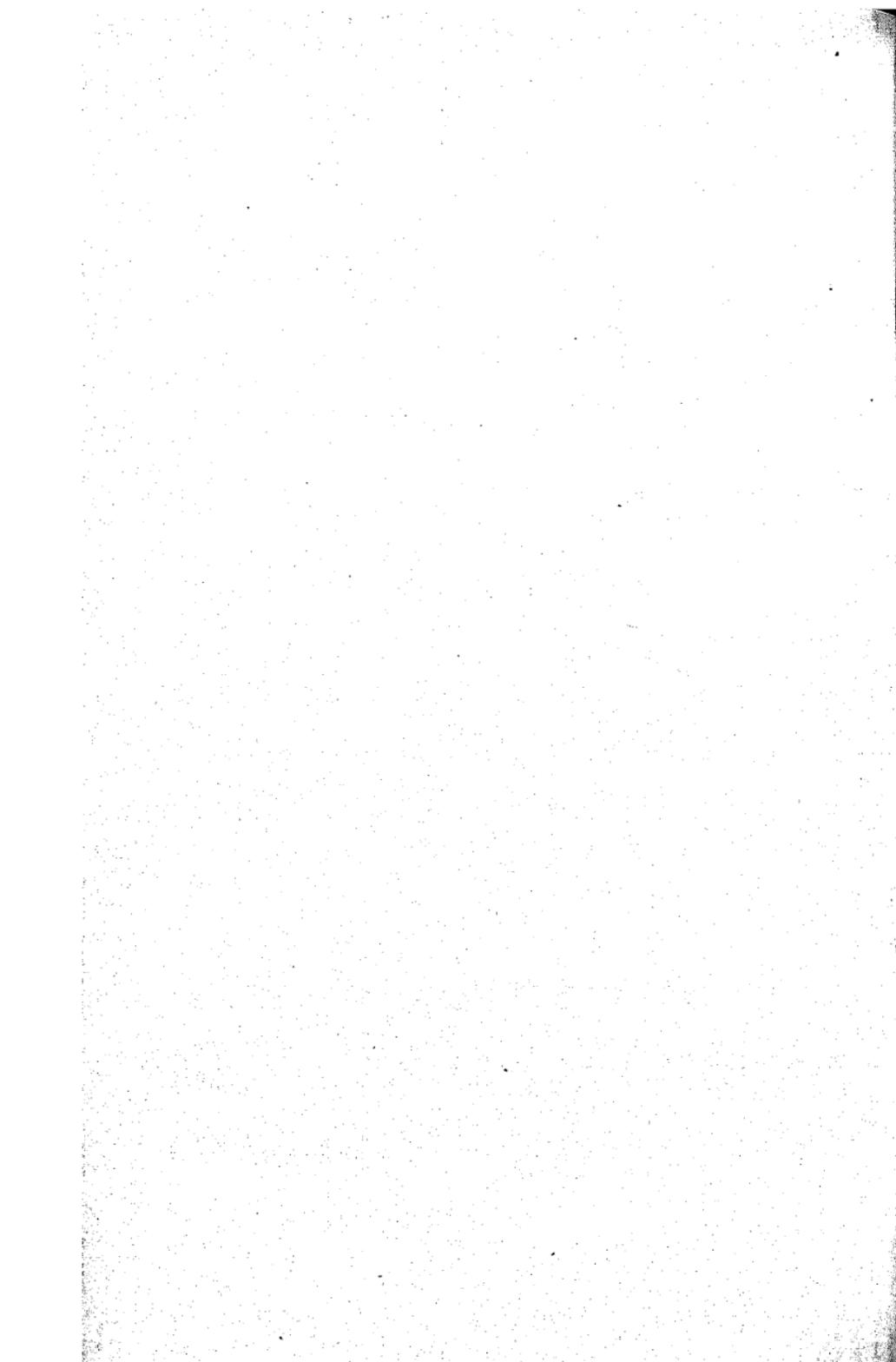
—Pa que luego diga usted que no tiée usted siempre de cara á la Divina Pastora: mire usted por donde y cuando menos se pensaba, se va usted á encontrar esta noche con un silguero murciano.

Cristóbal palideció intensamente, desconcertado por el inesperado ataque; pero dominando rápidamente sus turbaciones y después de poner una mirada valiente en don

Paco, preguntó á Lola con expresión cándida:

—¿Es por casolidá, vecina, su padre este caballero?

Don Paco quedó aturdido por la para él tremenda puñalada: sus mejillas se matizaron de púrpura; la ira ahogó un momento la voz en su garganta; una ráfaga, una terrible ráfaga de siniestras tentaciones, envolvió su pensamiento, y ya se disponía á provocar el conflicto, cuando la llegada al grupo de Joseito el *Perejiles* le hizo reflexionar un instante; hizo que un rayo de luz penetrara en las nebruras que lo envolvieran un punto, y acordándose felizmente del respeto debido á la casa agena y de lo impropio de provocar una lucha delante de la *Golondrina*, tascó rabiosamente el rendal, y bien pudo felicitarse Joseito de que no terminase como el Rosario de la Aurora aquella fiesta celebrada en honor de su primogénito, una de las más sonadas del barrio de Capuchinos.



## XIV

Cuando Lola abrió los ojos, invadía ya el sol la alcoba y ponía una ráfaga de luz de oro sobre la cobertura de damasco azul del dorado lecho.

El dormitorio estaba decorado con relativo lujo: la cama lucía amplio mosquitero de tul y un ancho cubrepiés bordado en vivísimos colores; sobre el mármol veteadado de la mesa consola, un caprichoso aparato sostenía un potente foco eléctrico y una *tulipa* color de rosa rizada como un encaje. Sobre una butaca, y también bañados en sol, destacábanse el vestido de seda, el mantón de Manila y las vaporosas enaguas con que su dueña penetrara en la noche anterior, despertando una ráfaga de deseos en los hombres y de envidia en las mujeres, en casa del *Perejiles*.

Dormitaba lánguida y perezosamente sobre las galas aquellas, un gato cuya rara corpulencia hablaba elocuente de una forzada castidad, y amenazaba con hacer trinos hasta su pintada pluma un jilguero encerrado en primorosa jaula colgada delante del balcón, al través de cuyos cristales divisábase el radiante azul del cielo y el florido verdor de las limpiísimas macetas.

Desperezóse Lola poniendo en tensión sus brazos alabastrinos, y tras el poderoso esfuerzo, volvió á languidecer al beso de la molicie; su imaginación volaba con manso volar de paloma por una no del todo risueña lontananza; sentíase vagamente arrepentida de en la noche anterior haberse dejado llevar por el entusiasmo de un minuto fuera de la ruta que tenía marcada, mostrándose con Cristóbal más indulgente de lo que á sus fines convenía; recordando las escenas de la noche anterior, le apenaba un tanto el mal rato que hiciera pasar al *Cartagenero*. La culpa de todo habíala tenido seguramente Rosarito la *Claveles*, aquella eterna rival suya, á la que hubo de declarar guerra sin cuartel desde el día en que intentara arrebatár

le el amor de su difunto marido. Cuando en la noche anterior la vió interesada por Cristóbal, no pudo resistir la tentación de jugarle una mala *chanaita*, de la que empezaba, como ya hemos dicho, á sentirse vagamente arrepentida.

Cuando, cansada de pensar en aquellas cosas, disponíase á buscar en el sueño el olvido de su ligereza, penetró en la estancia la señá Carlota llevando en una mano la humeante taza del café y en la otra algunas golosinas en un reducido plato de porcelana.

—Buenos días—murmuró como con desgano la vieja, á la vez que, de pié delante del lecho, aguardaba á que se incorporase Lola, lo cual hizo ésta á la vez que contestaba el saludo, dejando entrever al incorporarse un rico tesoro de nítidas y marmóreas morbideces, más que suficientes para hacerle perder el punteado al más estoico y de más firme voluntad de los míseros mortales.

Colocó Lola sobre las vueltas bordadas de la cobertura la servilleta que le ofrecía la señá Carlota, y mientras ésta depositaba sobre la mesa de noche el desayuno, dijo-

le aquélla con expresión ligeramente irónica:

—Josús, y con qué carita menos de recibo que te has alevantao tú hoy. Es que acaso no te sentaron bien anoche los caramelos?

—No, hija, to lo contrario, que me sentaron mu requetebién: porqua como tuve tan amarga la boca toita la noche... pos velay tú.

Lola, que adivinó hacia donde quería llevar la conversación la buena señora, se hizo la sorda á sus palabras y

—Oye, parece que ya es mu tarde—le dijo mirando hacia el balcón con sus ojos medrosos; y tras acariciar al gato, que, acudiendo solícito al olor del chocolate, porraceaba dulcemente con su cabeza el rostro de su dueña, pasándole la mano por el enarcado lomo continuó:

—Y no tieé na de particular que lo sea, como que cuando me dormí fué ya con los claritos del día.

—Menos mal—refunfuñó la vieja, que había dado principio á doblar cuidadosamente el mantón de su sobrina—si to el tiempo que estuviste despierta lo empleaste en peir-

le á Dios que te perdonara la tan remalita faena que te cargaste tú anoche con Paco el *Cartagenero*.

—Y qué malita faena me cargué yo anoche con ese señó?—le preguntó Lola fingiéndose sorprendida.

—Mira, á mí me dejas tú de *chungueo*, sabes tú?—exclamó llena de enojo la señá Carlota—Cudiao con preguntarme que cuál fué la malita faena! ¡Cudiao que se necesita valor pa preguntarlo, sabiendo, como sabes mu bien, que se fué anoche el hombre del bautizo pa que le dieran por lo menos una sangría en cá venal

—Bah!—dijo reclinándose sobre un codo la muchacha y dejando descubierta la elástica ondulación de la cintura. Me parece á mí que tú desageras una miajita más de lo que se debe; y sobre tó, que no creo yo que porque yo le haiga dicho que cuando tenga en su poder el pasaporte hablaremos más despacio de lo que tanto parece que le interesa, le haiga prometió yo que me he de estar hasta ese día como un pájaro embalsamado, dentro de una rinconera.

—Es que—dijo la anciana con acento

enérgico—á tí te parió mi hermana, á la que Dios tenga en su Santísima gloria, pa que te guste más quemarle la sangre á los hombres y á las mujeres que comerte un flan; y anoche, en cuantito viste tú que la Rosario le había puesto los puntos á ese Cristóbal que bien puo quearse pa siempre en un zarzal de la sierra, pos te entraron á tí la mar de ganitas de darle un berrinché á la Rosario.

Y como se te puso esto sobre el corazón, y como tenías en tu mano el dárselo, pos es natural, se lo diste; pero no es lo malo que se lo dieras á ella, sino que de camino se lo diste, y de los de *órdago*, al de la carnicería; y además, te entretuviste en comprometerte con el sobrino del señor Juan, el cual tan creío se fué el alma mía de que tú ya no quieres más madroños que los que dan sus madroñeras, que desde que Dios echó hoy sus luces lo tiées en la puerta del *jundilón* esperando seguramente que tú te asomes pa volver á pegar la hebra. Y eso de volver á pegar la hebra sa menester que sepas tú que nó puée ser, porque yo no lo pueo consentir; porque eso sería darle un feo mu grande al *Cartagenero* y cortarle la cuerda al copo y ti-

rar el porvenir por la ventana á la calle. Tú te enteras?

—Pos no galopas tú mucho, Virgen Santísima!—murmuró Lola sin ahuyentar de sus labios la sonrisa.

—Que yo galopo, verdá? ¿Pero tú sabes qué fué lo primerito que me dijo esta mañana Josefilla, la nieta de la *Tartaja*, á la que me trompecé en la calle de Jinetes cuando yo diba á la compra? Pos lo primerito que me dijo fué: vaya osté con Dios, señora, vaya osté con Dios y que sea mu noragüena; que ya me han dicho á mí que el sobrino del señor Juan va á tener que vender algunas de sus fincas de la orillita del rio pa los gastos del casorio. Y si tú hubieras oido como yo el retintín conque me dijo lo de las fincas en la orillita del rio la mú mujer de su casal...

—Pos tó eso se me importa á mí un *pitoché*—exclamó haciendo un mohín desdeñoso la *Golondrina*.

—Pero si es que no es ella sola quien lo dice—gritó casi irritada la vieja. Si es que lo dice toito er mundo, y si es que está además el *Cartagenero* que le arde jasta el pelo.

Sabes tú qué fué lo que me dijo el hombre en cuantito nos queamos solos en la carnicería esta mañana? Pos lo primerito que me dijo, que me lo dijo señalándome el cuchillo de descuartizar que tenía en la mano, fué: Usté vé este sacacorcho? Pos con este sacacorcho me sacaría yo ahora mismito el corazón y lo pondría colgao de uno de esos garabatos.

—Y qué culpa tengo yo de que á ese hombre le haiga entrao el vértigo!—exclamó con acento de protesta la muchacha, á la vez que hundía delicadamente un trozo de empanada en el pocillo del chocolate.

La señá Carlota, al ver el indiferentismo de su sobrina, sintió hervir la más santa indignación en su pecho y

—Pero en cambio—exclamó colérica—ese fortunón que se ha emperrao en metérsenos por las puertas está que se le ríen jasta las glándulas, y desde que Dios echó sus luces, como te he dicho, no se aparta ni pa Dios de la garita.

Y como al decir esto viese la anciana á Lola, que dando por concluido el desayuno, volvía la espalda del modo más indiscreto,

arrojó sobre ella una mirada casi contundente y salió de la estancia murmurando:

—Duerme, sí, duerme, hija mía; duerme á ver si durmiendo se te aclaran una miaja esos pícaros sentíos.

No había mentido la señá Carlota al hablar de la desesperación de don Paco, el cual no había podido cerrar los ojos en toda la noche, agitado su espíritu por los embates de la ira y de los celos, que no dejaba de avivar el recuerdo abrumador y mortificante de la burla sangrienta conque hubo de responder á sus palabras el sobrino del Urdiales y de la sonrisa conque acogiera la burla de su rival la viuda del *Zaragatona*.

Cuando, terminada la fiesta, entró en su casa y se encontró á solas en su habitación, sintió que sus cincuenta años cumplidos y su renombre de persona grave y circunspecta aconsejábanle, que recurriendo á todas sus energías, se apartara de aquella malita trocha en la que en hora tan poco feliz, habíase aventurado; pero todavía no había empezado casi á pensar en desistir de sus amantes propósitos, cuando acordándose de nuevo de la hermosura tan ardiente y avallasado-

ra de la *Golondrina*, reflexionó que si desandaba el camino ya andado, quedaría el sobrino del Urdiales dueño único de aquel tesoro por él tan locamente ambicionado, de aquellos labios en que parecía haber vertido una Canéfora la esencia más preciada de sus flores, de aquellos ojos en que el placer formulaba sus más ardientes promesas, y dándose, pensando en esto, por vencido, antes de buscar en el sueño un refugio en que adormecer sus dolores, se dedicó á la para él fatigosa tarea de escribir en demanda de noticias de aquella á la que ya creía él, desde hacía muchísimo tiempo, ante el trono del Altísimo solicitando el ansiado perdón de sus errores y de su vivir liviano.

## XVI

Cuando Cristóbal llegó á su casa, hasta la que le dieron escolta de honor el *Azucena* y algunos otros representantes de la gente moza del barrio, se metió en la cama para paladear en el silencio de la noche y en la soledad de su cuarto el triunfo conquistado, que acababa de desatar en su corazón los misteriosos raudales de la alegría.

Durante una hora, todos los detalles de las distintas escenas de que acababa de ser protagonista, volvieron á resbalar por su imaginación: volvieron á desfilar por ella Rosarito la *Claveles* con sus ojos fulgurantes y celosos; Don Paco con su aparatosa elegancia y sus frases retadoras; la multitud que llenaba el patio con sus pintorescos atavíos; el patio con sus verdes enredaderas

salpicadas de azules campanillas, y volvió á ver á la *Golondrina*, no altiva y desdefiñosa como antes, sino con la sonrisa en los bermejios labios y dulces y acariciadores los ojos radiantes como luceros y azules como zafiros.

Durante una hora, entretúvose en contemplar una y otra vez aquella encantadora perspectiva, no sin que su pensamiento concluyera por abatir siempre sus alas en el mismo ya florido ramaje del árbol de sus amorosas esperanzas, sin que un punto osara turbar con su presencia su alegre discurrir la figura melancólica de la de Jimera de Líbar.

Al llegar el mozo á los fantásticos umbrales del sueño, una mano luminosa ungió su frente con sus dedos electrizados, y una orgía en que el instinto vestíase de celestes idealidades, le hizo languidecer suspirante, besando de modo mental con los suyos, sedientos de goces, los labios de aquella mujer tan espléndida, tan elegante y tan por todos ambicionada.

Durmió, y su sueño fué dulce y enervador, y apenas la luz del día penetró pálida é indecisa en la estancia, se arrojó del lecho y abrió

de par en par la ventana que daba al campo y sus ojos recorrieron con deleite el reducido panorama. El hortelano cantaba alegremente al pie de una frondosísima higuera, entre cuyas verdes hojas asomaba de vez en cuando el rostro apicarado de un rapaz que recogía el fruto ya sazonado; otro rapaz procuraba escalar otra de las higueras próximas mientras la hortelana, hembra aún en el verdor de sus abrils, de rostro atezado, ojos negros y cuerpo robusto, arrimaba el tostado y estallante seno al más tierno de sus retoños, sentada á la sombra del parral, que formaba una á modo de bella marquesina á su vivienda de muros blanquísimos y de zócalos pintarrajeados de azul, delante de la cual dormitaban perezosos algunos perros escuálidos, que ladraban como enfurecidos á los transeuntes que pasaban por sobre el corte del terreno que limita las tierras fecundas del bien reducido huerto.

Durante algunos minutos, respiró con fruición Cristóbal las frescas brisas matinales, contemplando vagamente conmovido aquel cuadro tan lleno de dulces imantaciones; y al pensar que tal vez un día no lejano pu-

diera ver él reproducido en su hogar: aquel cuadro tentador, no fué María Rosa la que como otras veces asomó á su imaginación su semblante hermoso y triste, sino que la que le sonreía con malicioso y lujurioso sonreír era Lola, vestida tal como la viera en la noche anterior en casa del *Perejiles*, con su falda de crugiente seda, con su rico mantón de Manila, con sus dedos llenos de anillos, con sus perfumados relucientes cabellos, con su calzado primoroso y empapada toda ella en un aroma cálido.—respirar el cual hacía hervir la sangre en las venas del mozo con hervores de fiebre y hacía volar á su alma por abrasadoras luminosas latitudes.

Cuando ya vestido abrió las puertas de la taberna, fué su mirada primera para el balcón de la vecina: el silencio imperaba aún en la calle; la luna ponía un desmayadísimo reflejo de plata en el balcón; el pensamiento del mozo batió las invisibles alas y traspasó triunfante el cerrado máderamen hasta llegar al lecho donde, tal vez insomne y febril y pensando en él, languidecía de amor Dolores la *Golondrina*.

Cansado de mirar inútilmente hacia el cerrado balcón y algo desalentado por la primera burla de la realidad, arrollóse las mangas de la chamarreta y dió principio, como todas las mañanas, á lavar copas y vasos en la gran pileta de zinc, no sin que de cuando en cuando un suspiro brotara de sus labios, ligeramente contraídos.

—Dios te bendiga, salero—exclamó penetrando en el hondilón con aire desmadejado Antoñico Vidondo, un bebedor irredimible, de barba rubia, rostro demacrado y de porte no vulgar, el cual, después de saludar á Cristóbal, se sentó junto á una de las mesas y

—Bien cantaste anoche—continuó con acento complacido—como que fuiste tú entre los que piaron allí el que se llevó la palma.

Momentos después penetraba en la taberna el Señor Pepe el *Tarumba* y.

—Me parece á mí que mu prontito—dijo después de apurar hasta la última gota el *cortadillo* que el muchacho acababa de servirle—vas á agüecar tú el ala de este soto: que son muchas cosas las que tú te traes en

el pito, camará; y mira tú que lo que es en eso *chanelo* yo una miajita, como que, según dicen tos, y no lo digo por alabarme, en eso de anunciar cantaores soy yo siete veces más fijo que lo es el Zaragozano.

Pronto hicieron su aparición en «La Alegría de Capuchinos», como de costumbre, el sereno y el guardacalle y algunos otros conocidos madrugadores, todos los cuales tuvieron para el de Jimera calurosas frases de elogio; el guardacalle le auguró un porvenir brillante y le brindó su ayuda poderosa, merced, según afirmaba con cierto orgullo, á estar algo emparentado con uno de los mozos más antiguos del *Chinitas*.

Para el señor Juan y consorte fué aquello una sorpresa de las más gratas: ellos no habían dado valor alguno á lo que la señá Catalina le dijera en su epístola respecto á los méritos de Cristóbal como cantador; pero pronto tuvieron que darse por convencidos, al ver y oír durante todo aquel día á los más entendidos de sus parroquianos felicitar y piroppear al muchacho con entusiástica vehemencia.

Ya mediado el día, Cristóbal, no obstante

los elogios á granel que á modo de lluvia de flores sobre él vertían á brazadas sus muchos admiradores, estaba algo sombrío y cejijunto, y no con falta de razón, sin duda, que en vano habíase asomado una y otra vez á la puerta de la calle: el balcón, cerrado herméticamente desde la noche anterior, burlábase con una elocuencia abrumadora y desesperante de su pueril credulidad, de sus locas ilusiones y de sus mal cimentadas esperanzas.

Cuando penetró en «La Alegría» el *Azuena*, preguntó á su amigo mirándole sorprendido:

—Pos di tú, *chavó*, que si algún día te toca á tí el premio gordo, ese día va á ser menester prepararte la mortaja.

—Y á qué viene to eso que tú me dices?— le preguntó con desabrido acento Cristóbal.

—Pos viene á que tu hoy no tiées motivos más que pa brincar de alegría y, sin embargo, tiées el perfil como si esta noche pasá hubiera palmao toita tu parentela.

Cristóbal se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta de la calle recitando más que canturreando con voz suave:

Debajito del agua serena,  
debajito del agua que ríe,  
ya en otras agüitas, suspira la pena.

—Y me quiées tú decir á qué viene eso?—  
le preguntó Antonio, que habíase colocado  
junto al umbral de la casa.

—Pos viene á lo que viene, y si no, allí  
tiées—díjole Cristóbal señalándole la casa  
de Lola—el castillito encantao aonde vive la  
tirana que es causa de mi tormento.

—Ya me lo figuraba yo—repúsole Anto-  
nio con expresión meditabunda—si yo te lo  
dicia que esa diba á ser pa tí una trocha mu  
malita; pero que mu remalita que va á ser  
pa tí esa trocha.

Y tras algunos instantes de silencio, con-  
tinuó Antonio dirigiéndose bruscamente á  
su amigo.

—Pero es que manque tú te haigas me-  
tío por esa mala trocha y te haigas olviao  
de la que te dejaste en el pueblo, que pa mí,  
compará con la Lola, es lo que comparao el  
oro con la plata; manque te haigas metío tú  
en ese zarzal, ripito, es que no veo yo la ra-  
zón pa que tengas tú hoy la sangre emberren-

chiná, porque lo que anoche le faltó á la Lola pa contigo fué decirte únicamente aquello de... Llévame ya tú á tu ermitica, que tu ermitica yo quiero...

—Pos anoche fué anoche, y lo que me trajo la luna se lo llevó el lucerito de la mañana, y eso es lo que me tiée como me tiée; tú suponte que yo creía que ella estaría brincando como yo porque Dios echara sus luces, y ya ves tú... ya es la una de la tarde y entavía no se ha asomao ni tan siquiera una vez al balcón ni á la ventana.

—Y por eso estás tú de esa manera? Vamos, hombre, que tú estás chalaito der tó. Peir tú que á ella le haiga entrao el tifus como un ataque á la bayoneta, eso es peir un aguacero en verano: demasiao has conseguido tú, *chavó*, con serle como le has sio; una mijita simpático. Pos si es una *gachí* esa *gachí*, que tiée por corazón una póliza; y además, que fijamente se arrecogería de madrugá, y á ella, que le gusta dormir más que á los ratones el queso, pos, naturalmente, como si lo viera, la luna la va á cojer en la cama; pero la una cosa no tiée naita que ver con la otra cosa, y no porque le guste dormir va á dejar

de gustarle tú, y to es cuestión de pasencia. Así es que lo mejor que jacemos es poner nos á jugar nuestro partío; que ya veras tú cómo en el juego, lo que es hoy, no vas á tener mu de cara la fortuna.

Cuando algo consolado por las frases de Antonio, ya empezaba Cristóbal á dejar asomarse á sus labios, alguna que otra vez, la sonrisa, penetró en la taberna, vestido con el lujo chillón y chocarrero de siempre, el de Cartagena, el cual, tras arrojar una mirada escrutadora á los escasos parroquianos que mataban el ocio jugándose al *dómino* ó al *tute* la convidada, la posó con mortificante insistencia en el rostro del que en la noche anterior hubo de ser objeto de las preferencias de la por él locamente ambicionada Dolores la *Golondrina*.

El señor Juan, que á la entrada de aquél entreteníase en defenderse del sueño á cabezadas en el gran sillón de brazos, se incorporó rápidamente al verle, y exclamó saliendo á su encuentro con la sonrisa en los labios:

—Pos no esperaba yo tener hoy la alegría de verle á usted en mi carena.

Sonrió forzadamente el *Cartagenero* y

—La alegría será pa dambos—le repuso á la vez que estrechaba ligeramente la mano que aquél le tendía; y una vez cumplido este deber de cortesía, sentóse junto á una de las mesas desocupadas, soltó sobre ella el grueso palazán de asta de ciervo y aro reluciente, colgó el flamantísimo *pavero* en el respaldo de una silla, y sacando un bordado pañuelo de batista dió principio á secarse con magestuosa lentitud la sudorosísima frente.

Cristóbal, para el que no había pasado inadvertido lo agresivo de la mirada del carnicero, se puso ligeramente pálido, mientras su amigo decíale con tono casi autoritario:

—Tú á jugar, y que le den una puñalá aonde yo sé, al que tenga mal bagío.

El señor Juan sentóse frente á Don Paco y

—Cómo ha sio eso de salir á pleno sol? porque mire usté que el diita es de los de ole con ole.

—Pos cosas que pasan—dijo haciendo un mohín Don Paco; y después, volviendo algo la espalda al Urdiales y dirigiéndose á

Cristóbal, le gritó con acento entre imperativo y desdenoso:

—A ver tú, chaval, á ver si dejas ya las fichas y me traes un cañero.

Todos los parroquianos apartaron un punto la atención de los naipes y de las fichas para mirar al que de modo tan poco amable y en tan belicosa actitud, exigía al de Jimera el cumplimiento de su deber; Antonio el *Azucena* se puso lívido y Cristóbal, tras contemplar un solo instante con un relámpago en las azules pupilas al pretendiente de Lola, dijo á su amigo, al par que colocaba violentamente una nueva ficha en el tablero:

—Te cierro á blanco y yo sigo.

El Urdiales había enarcado las cejas á la insólita salida de don Paco, y al ver á éste clavar los ojos con expresión amenazadora en su sobrino, se acordó de los preludios de amorosos escarceos de éste con Lola; de los muchos noticiones que relacionados con esto habían llegado á sus oídos; de la tan comentada pasión del de la carnicería por la viuda del *Zargatona*; y al acordarse de todo esto dijo al *Cartagenero* mirándole con adusta expresión y con voz que resonó inarmónica y agre-

siva, al par que se dirigía hacia el mostrador:

—Estando yo aquí no tieé usté necesidad de que lo sirva ni mi sobrino ni nadie.

Don Paco habíase demudado; la casi depreciativa indiferencia conque Cristóbal acogiese su mandato, las miradas y sonrisas irónicas con que aplaudían la actitud de éste los otros jugadores; el tono y la actitud de pocos amigos del Urdiales, todo esto hizo que la cólera desbordara en su pecho como un torrente, é incorporándose de modo brusco, sin premeditar lo que hacía, se dirigió hacia la mesa en que Cristóbal y Antonio seguían jugando al parecer indiferentes, y plantándose delante del primero, le dijo tartamudeando de rabia:

—A tí ha sío á quien le he mandao yo el que me sirva unas *cañas*.

Antonio, con el rostro, lívido se llevó instintiva y disimuladamente una mano á la cintura al ver levantarse á su amigo; pero éste, deteniéndolo con una sola mirada, que parecía imposible hubiese podido brotar en

aquellos ojos suyos tan apacibles y tan azules, exclamó con voz firme y en actitud reposada:

—Ya sé yo que ha sido á mí; pero es que yo no he querido decirle á usted á gritos lo que le voy á decir ahora á media voz, ú sea que yo no lo sirvo á usted porque no me da á mí la repotentísima gana.

La tragedia batió un punto sus alas invisibles y sangrientas en «La Alegría del barrio»; los ojos del *Cartagenero* brillaron un instante como los de un león enfurecido; la mano de Antonio acariciaba temblorosa la empuñadura de su cuchillo; los jugadores acercábanse presurosos al grupo compuesto por ambos rivales; Cristóbal parecía pronto á arrojarse sobre su rival, que avanzó hacia él con una amenaza de muerte en los ojos, pero en aquel instante el señor Juan, no el que hasta ahora conocieron nuestros lectores, sino el señor Juan de la tradición, el un tiempo dictador de los más reputados barateros del distrito, se dirigió rápido al de Cartagena con el semblante transfigurado por la ira, le miró con dura, con indomable fiereza, le cogió por un brazo con mano crispada y le

dijo con voz incisiva, con voz que amenazaba con terminar en un rugido:

—Vamos, don Paco, no sea usted así, ni sea usted antojaizo, porque ese que usted vé ahí—y al decir esto señalaba con un dedo rígido á Cristóbal—ese es aquí tan amo como yo, y ha dicho mu requetebién en decir lo que ha dicho, porque es que él no sirve aquí más que al que le sale del alma.

Don Paco, no obstante su reconocido valor, sintióse intimidado por el fiero mirar del viejo, cuyo historial glorioso en los anales de la valentía no le era desconocido; pensó lúcidamente que en aquella mala jugada llevaba todas las de perder; vió retratada la hostilidad en todos los que le rodeaban y haciendo un esfuerzo desesperado:

—Tiée usted razón—dijo sordamente al viejo, dejando escapar un profundo suspiro á la vez que se dirigía á su sitio con paso reposado y actitud majestuosa.

Y sentándose de nuevo, volvió á limpiarse el sudor, que corría de nuevo por su frente; arrojó una mirada sobre los jugadores testigos del conjurado enganche, que hizo á éstos bajar los ojos, y dijo ofreciendo una ca-

ña al señor Juan, que la aceptó silencioso y con ceño adusto:

—Vaya, á su salú de usté y pasó la mala hora.

Y tras apurar la caña, arrojó sobre la mesa algunas monedas, que le devolvió aquél diciéndole con voz en la que aun vibraba un eco de la pasada borrasca:

—Guardese usté esos *parneses*, que son muchos pa lo que usté se ha bebío y son mu quitos pa la muchísima tuera que me ha jecho usté beber cuando menos lo pensaba.



## XVII

Pronto lo ocurrido en «La Alegría» fué. comidilla de las comadres del barrio, y justo es decir en honor de la verdad que no había hembra ni varón que no aplaudiera, más ó menos recatadamente, la serenidad de Cristóbal y el brioso arranque del señor Juan volviendo por su sobrino á la vez que por sus antiguos fueros, por todos hasta entonces respetados, y que á la vez no censuraran la salida en falso del famoso carnicero, de lo cual, como es de suponer, bien poco tardó en enterarse la *Golondrina*, á la que hubo de contárselo el señor Curro el *Ecijano*, testigo de la incipiente bronca, que le dijo al salir de la taberna deteniéndose delante de su ventana:

—Por mo de usté ha estao en un tris que

esta tarde no haiga habío una miajita de algo en ca del señó Juan entre éste y su sobriño y Paco el de Cartagena.

—Y eso, cómo y por qué?—le preguntó Lola ligeramente demudada.

El señor Curro relató lo sucedido del modo más pintoresco, y una vez que hubo puesto fin á su relato, añadió como oficiando de profeta:

—Y milagrito será que esta bata no tenga cola, porque el de los filetes se fué soltando baba jasta por los poros y el chavalillo se conoce que de casta le viée al galgo ser rabilargo; y en cuantito güele la pólvora es de los que cierran los ojos y echan to el cuerpo en salmuera.

Y en tanto contábale á Lola lo ocurrido el *Ecijano*, decía Antonio á los que le rodeaban:

—Lo que yo sus digo es que se ha ració esta tarde ese don carne de valiente, porque si le llega á jurgar á Cristóbal á la hebilla der pantalón, como yo sabía que Cristóbal no tenía más herramienta que un lápiz conté, no es crugío el que le meto yo á ese *gachó* por bajo de la corbata.

El señor Juan tardó poco en recobrar su serenidad tras aquel efímero resurgir de sus adormecidas fierezas, y aquella, tarde, al quedarse á solas con él, dijo á su sobrino con grave expresión y como si estuviese exigiéndole un juramento:

—De aquí pa adelante me harás tú el reverendo favor de no mirar á ese hombre cara á cara, ni por casolidá tan siquiera.

Cristóbal, cuya frente se había desfruncido al ver momentos antes sonreirle y saludarle con un movimiento de cabeza á Lola, que acababa de reclinarse sobre el barandal del balcón, poniendo de relieve las tentadoras arrogancias de su seno, repuso á su tío con acento reposado:

—Sepa usted que tan y mientras no me buscan á mí la boca yo he sabío siempre respetar y siempre respetaré á las personas mayores.

Desde aquel día empezó para el de Jimera un nuevo sistema de vida: la fama había empezado á hacer repetir su nombre en todos los lugares en que el pueblo aun no ha arriado del todo sus andaluces banderas y pronto empezaron á llover sobre él lisonje-

rísimos requerimientos para que se dejara oír, ora en tal ó cual fiesta del barrio, ora en tal cual *jolgorio* de la gente macarena adinerada; y pronto también empezó á abultarse su faltriquera acabando de llenar de gozo su corazón, y decimos que acabándolo de llenar, porque ya Dolores había dado principio á labor tan generosa á fuerza de prodigarle ardientes y arrebatadoras miradas y no menos arrebatadoras sonrisas.

Y á navegar lleno el corazón á la vez que de esperanzas de incertidumbres, empezaba nuestro protagonista, cuando al llegar una tarde rendido por toda una noche y casi todo un día de cantes y devaneos en uno de los más populares ventorrillos del Palo, al recibir de manos del señor Juan una nueva carta de María Rosa, la guardó distraído en uno de los bolsillos de la chaqueta, no como otras veces con la intención de disfrutar á solas el placer de su lectura, sino porque ya no iba siendo tan hondo el interés que despertaba en él lo que la huérfana le pudiera decir en sus escritos.

Ya del recuerdo de María Rosa, de aquel bajel empavesado un día con las más bellas

de sus ilusiones, empezaba á no sobresalir en el revuelto oleaje de su vida más que la rota arboladura, hundido por el recuerdo siempre latente de Lola, que habíase hecho dueño y señor, en rapidísima carrera triunfal, de todas sus potencias y sentidos, no obstante no haber alimentado más que con miradas y sonrisas y coqueteos el fuego sagrado aquel en que se abrasaba el mozo sin que en el pecho de ella hubiese prendido el más ligero chispazo, lo cual, adivinado y presentado á veces por Cristóbal, llenaba á éste de desaliento, desaliento que encargábase de agrandar el *Azucenas*, que no perdía ocasión de decirle con implacable insistencia:

—Desengañate tú; esa *gachí* no te tiée á tí voluntá ninguna, porque esa *gachí* no le toma voluntad ni á la camita en que duerme ni á la sillita en que vela.

También la señá Pepa, alarmada por el calor conque su sobrino parecía haber tomado aquello, hubo de decirle un día con acento de reproche:

—Me parece á mí, Tobal, que te estás tú metiendo mu de hoz y coz en el colmenar, sin careta; mia tú que la Lola le vino tan lar-

ga á su marío, tan larga, que ya ves, pagó con costas su pleito, y eso que al Antonio le tomó una miajita de voluntá yo no sé por qué, porque esa *gachi* debe tener los centros é cartulina; con que hazme el favor de dirte con cudiao y de dejarte de ese mal bache, que ese es un mal bache pa tí por muchísimas razones, la principal de toas porque pa llamar á esa puerta sa menester llamar con campanillas de oro.

Todas estas leales palabras hacían nacer en el corazón del muchacho angustiosísimos desalientos y desesperanzas; pero pronto huían de él con rapidez vertiginosa á la primera nueva mirada alentadora conque la *Golondrina* parecía entretenerse en mantener viva la llama, y así iban marchando las cosas, cuando en las altas horas de la noche del día en que hemos vuelto á llevar á los que nos leen á «La Alegría de Capuchinos», después de tomar una taza de café que preparara expresamente para él la señá Rosalía, sentóse el mozo á la puerta de la calle, y cogiendo la guitarra empezó á puntear en ella y á cantar como para no ser oído más que por los de la casa, una soledad tan honda,

tan dulce, tan tristemente sentida, que le hizo exclamar al señor Juan, que se había acercado á la puerta:

—La verdá es que te cantas tú eso más mejor que lo jacía la *Parrala*.

Si la intención de Cristóbal fué utilizar su canto á modo de dulcísimo reclamo, no burló sus propósitos la suerte, pues á los pocos momentos de haber dado al aire los primeros quejumbrosa armonía de su cantar, entreabrióse la reja de Lola, y la silueta de ésta se destacó blanca y luminosa, acariciada por la luz de la luna, que ponía sus ósculos de plata en los encajes de las verdes trepadoras.

A Cristóbal se le llenó el alma de gozo, y como si quisiera anudar mejor los dogales con que se hacía la ilusión de haber aprisionado por un momento á la hembra de sus ensueños de amor, una nueva copla vibró doliente y apasionada en el espacio sereno y luminoso, y en tanto las notas brotaban de su garganta como encendidas súplicas, como arrullos dulcísimos y como quejas empaçadas en llanto, una voz misteriosa parecía repetirle con alentadora insistencia:

—Acércate á su ventanal

Cristóbal no se atrevía á seguir aquel consejo misterioso; al pensar en lo que le diría á Lola al acercarse á su reja, su pensamiento resbalaba en su timidez como una mariposa contra un cristal, y desesperado hubiérase ido aquella noche al lecho, á no acudir en su ayuda Antoñico, el cual, al llegar junto á su amigo, dijo á éste al par que indicaba con la mano la reja de la *Golondrina*:

—Tú no debes cantar de balde, asín es que ahora mismito te vas á cobrarle á esa señora lo que quieras cobrarle tú por darle esta serenata.

Cristóbal miró á aquél ligeramente turbado y

—Y si no quisiera pagar naita por lo que vale tan poco?—le preguntó con acento emocionado.

—En ese caso me llamas á mí, que tan y mientras tú ajustas esas cuentas voy yo á probarte á tí los primores que yo soy capaz de jacer con la guitarra.

No se hizo repetir la invitación Cristóbal, y entregándole la vihuela á su amigo, se dirigió á la reja, al llegar frente á la cual exclamó:

mó con acento tan apagado como insecto:

—Mu buenas noches, martirio.

—Buenas noches—le repuso Dolores, en cuyo semblante y en cuyo blondo pelo parecía jugar la clara luz de la luna.

Durante algunos instantes permanecieron ambos en silencio, silencio que fué Lola la primera en romper, preguntándole al de Jijera con acento irónico y sonriendo burlescamente:

—Es toíta esa la cuerda que le ha dao á usté Antoñico al decirle que se arrime á mi ventana?

Enrojeció aquel y

—Es que—dijo balbuciente—yo no sé lo que á mí me pasa cuando me arrimo á su vera, que hasta el habla se me quita.

—Pos ándese usté con la mar de cuidao, porque de esa enfermedad son mu poquitos los que escapan, y sobre tó si los que caen malos son como usté forasteros.

—En *chuflas* lo dice usté—suspiró sombríamente Cristóbal—pero naíta de particular tendría que á mí el día menos peñsão tu-

vieran que vestirme la mortaja, que no sabe usted lo mu malito que tengo yo mi corazón y lo mu de luto que tengo mi pensamiento.

—Y por qué tiée usted tan malito el corazón y tan de luto el pensamiento?—le preguntó acariciando dulce y maliciosamente con mirada adormecida al muchacho, el cual, pálido y emocionado, tras saborear un punto la ardiente voluptuosidad de aquella mirada, musitó con voz apagada y suspirante:

—No me pregunte usted el por qué de estar yo tan remalito como estoy; demasiao sabe usted que nadie más que usted es el cuchillito de oro que me está hiriendo en el pecho.

Y notando en el rostro de Lóla la fingida expresión de sorpresa que parecían haberle causado sus palabras, continuó con voz sentida:

—No me haga usted extraño ninguno, que me sé yo mu bien que no soy yo naita pa atreverme á poner tan alto los ojitos míos; pero es, Lola, que en los ojos no se manda; que en el corazón no se manda, que en el pensamiento no se manda; es que hasta los

gusanitos é la tierra pueen mirar y enamorarse del cielo más azul y de la estrellita que más relumbre; es que yo no pueo remediar que desde punto y hora en que se recrearon en los de usté los ojitos é mi cara se me volase el alma como un pájaro y que mi alma se me queara embragaita pa siempre entre las pestañas de sus ojitos azules.

—Y oiga usté—dijo Lola, en la que habían resonado como una música grata los conceptos apasionados de su vecino—es to eso que me ha dicho usté lo mismo conque le embragó el corazón á la de Jimera de Líbar?

Cristóbal se estremeció de júbilo: ya se explicaba él las indecisiones y perplegidades de Lola para con él; sin duda estaba Lola al cabo de la calle en lo de sus amoríos con la huérfana del *Petaquero*, y esta era sin duda también la causa del constante tira y afloja conque torturaba su corazón, y convencido de aquella conjeturada realidad, exclamó con voz en que se desbordaban la ternura y el entusiasmo:

—Pero es que usté cree que yo pue nunca sentir por mujer alguna lo que á mí me ha jecho sentir esa carita de naca? Aquello

fué una cosa que me pasó á mí por la imaginación sin que me ajara ni una pluma tan siquiera.

—Es que—dijo espoleando siempre con su voluptuoso mirar el corazón de su enamorado, la *Golondrina*—á mí me han dicho que esa de Jimera es más rebonita que un escapulario y que usté la quiere como se quiere sólo una vez en la via; y supóngase usté lo que diría de mí, y con muchísima razón, esa mujer, si se enterara de que yo, sabiendo lo que sé, le permito que se ponga usté, como está usté esta noche, delante de mi ventana.

—Es que—repúsole Cristóbal asustado ante aquel obstáculo conque Lola entreteníase en interceptarle el camino—es que si hubo un tiempo algo pareció á to eso que usté me acaba de decir, eso fué como espuma de la mar... lo que una hojita en el viento.

Y acordándose en aquel instante de la carta que tenía aún sin abrir en el bolsillo de la chaqueta, continuó con voz angustiada:

—Y tan fué como una espumita de la mar, que ha de comprenderlo usté asín en cuan-

tito yo le diga que desde esta mañana tengo en el bolsillo una carta de esa mujer y que la tengo sin abrir, como puede usted convenirse por las niñas de sus ojos.

Y al decir esto mostraba á Lola la carta que le entregara su tío aquella tarde al llegar á la taberna.

Sonrió aquélla, y acostumbrada á jugar con el corazón de sus enamorados, ocurriósele someter á una prueba el de Cristóbal, y poniendo en él una mirada nunca por ningún hombre resistida, dijo con voz tan dulce como un arrullo:

—Pos si quíee usted que yo crea toitas esas cosas que me acaba usted de decir, déme usted esa carta, que yo le devolveré á usted en cuantito la haiga leío.

A Cristóbal se le demudó el semblante: aquel ataque inesperado apaciguó de pronto el hervor de su sangre enardecida; en el momento de sacar la carta, habíasele antojado ver destacarse de entre las brumas caliginosas que envolvían su imaginación, la imagen de la huérfana del *Petaquero* mirándolo con tierna, con triste, con honda expresión de sentido reproche, y al verse requerido por

Lola para entregar aquel papel, confidente de las sencillas expansiones de amor de la que, en un día no lejano, fué dueña y señora de su corazón, algo noble y generoso, adormecido en el fondo de su alma, se incorporó en ella brusca y briosamente, y guardando de nuevo la carta en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta, exclamó con voz enérgica y mirando frente á frente á la *Golondrina*:

—Eso que me dice usted no puee ser más que una broma, porque si yo fuese capaz de jacer eso que usted me píe, usted no se podría dir á dormir á gusto esta noche sin escupirme á la cara.

Esta vez le tocó palidecer á Lola: la inesperada y briosa repulsa hirióle certera como un dardo en mitad de su orgullo, y no sabiendo qué contestar, dijo friamente al par que se incorporaba como para poner punto final á la entrevista:

—Tíee usted muchísima razón: eso no lo podía yo decir más que en broma; primero porque yo no soy capaz de pedir esas cosas, y segundo porque ya comprenderá usted lo mu poquito que se me importará á mí lo que

la de Jimera le diga á usted ni lo que usted le diga á la niña de Jimera.

Y diciendo esto empezó á entornar las hojas de la ventana, y un instante después alejábase Cristóbal sombrío y reconcentrado con dirección á la puerta de su casa, donde seguía Antonio intentando hacer, sin conseguirlo, primores en la vihuela.



## XVIII

—Vamos á ver si me dices tú cuál va á ser la finca que vas á vender á pública subasta pa pagarme á mí la faenita que me acabo de cargar, por darle gusto á tu presona— dijo Antonio á su amigo, al ver á éste á su lado, sin fijarse en la borrasca que se delataba en lo hosco de su mirar y en los fruncimientos de su frente.

No le contestó Cristóbal, y penetrando en el hondilón, á la sazón solitario, sentóse junto á una mesa, apoyó en el tablero un codo y la mejilla en la palma de la mano y quedó como abstraído en una meditación profunda y triste, al par que redoblaba nerviosamente con el pie sobre la ya no muy limpia sole-  
ría.

Antonio continuó durante algunos instan-

tes repitiendo con insoportable monotonía la falseta que intentara, hasta entonces en vano, aprender, y extrañando la tardanza en volver á salir de su amigo, dejó la guitarra sobre la silla, y penetrando en el hondilón, exclamó sorprendido al ver á aquél en actitud tan pensadora:

—Pero ¿qué te pasa á tí, *chavó*? Pos ni que te hubiera esa *gachí* dao veneno por la ventana.

Cristóbal, que sentíase necesitado de dar expansión á su pena, contó cuanto le acababa de suceder á Antonio, el cual, después de oirlo sin interrumpirlo y con expresión meditabunda, dijo cuando aquél hubo puesto fin á su relato, no sin rascarse previamente y sin necesidad con un solo dedo, por entre las relucientes ondas de su pelo bien alisado, grato solaz en que solía entretenerse cuando alguna grave preocupación se enseñoreaba de su espíritu:

—Pos señó, que me crujan como un látigo si naíta de lo que me acabas tú de contar me coje á mí de sorpresa; porque toito lo que te ha pasao es lo mismito que me esperaba yo que te pasara, y pa que te quees tú convenció de que lo que yo te *par-*

lo es la *chipe*, te voy á platicar como si te estuviera diciendo la güena ventura.

Tú, y no te piques por lo que yo te voy á decir, te viniste del pueblo con un empaque, *chavó*, que estaba pidiendo á voces que te retrataran pa las tarjetas postales, porque, la verdá en su lugar, eras tú mucho hombre con tu pantalón de pana, los zapatos de poderé y tu mó de cimbrar el talle.

—Y qué tiee que vé con lo que me pasa á mí, naita de lo que tú estás diciendo!—exclamó Cristóbal con acento malhumorado.

—Déjame hablar, hombre, que es que yo necesito expansionarme pa ver las cosas más claras. Pos, señó, queámos en que tú te viniste del pueblo como pa que te pusieran en una vitrina, y como yo soy hombre de mu güen fondo y además, á la primera de cambio te tomé una miajita de simpatías, las que tú, dicho sea de paso, no te mereces, pos ensegüita que te ví metí mano á la lija y á la piedra pómez, y á poquito eras tú una presona que se podía ya tutear conmigo y con cualquiera sin que ninguno tuviera que darse por ofendió.

—Pero me quieres tú decir?...

—Me quiees tú jacer el favor de no cortarle más el hilo á la capuchina? Pos señó, encomenzaste tú á ser presona, y un día quiso la malilla suerte que te fijaras tú en que á lá Lola le ha puesto un *divé* una camelia por cara, y por ojos dos luceros, y por pecho una cantera, y por cintura un torzal y dos abalorios por *pinrreles*, y como un mata gentes asín no se puée mirar sin tomar antes un contraveneno, y tú no lo habías tomao como yo, pos lo que es natural, lo que tenía que ocurrir, ú sea que en cuantito tú la *filaste* te dió cuasi un sosponcio y encomenzó á borrarsete desde aquél punto y hora de la imaginación el retrato de tu María Rosa, una *gachí* que si la Lola vale como un rubí, ella vale muchísimo más que toíta una joyería.

Pos señó—continuó el *Azucena* después de llenarse de aire los pulmones—yo, que ví toito lo que pasaba con estos surmarinos que tengo por ojos; yo, que soy un hombre que tengo *pesqui* en toitas mis articulaciones, en cuantito ví llenársete la cara de pupila al trompezarte con esa quita-sentíos y salirte de tus lindes, sentí que se me cortaba el cuerpo por lo á clavito pasao que yo

me sé que á esa señora le puso Dios por corazón una ménsula y que pa que ella par lamente y se reenganche sa menester estar emparentao con las minas del Perú ú con el Banco de España.

—Yo—prosiguió Antonio en tanto su amigo entreteníase en hacer crujir las coyunturas de sus dedos—al verte abocaito á una tan malita faena, encomenzé, como era mi obligación, á recetarte los amargos, y asín díbamos capeando el temporal, cuando me dió á mí la malina tentación de llevarte á cantar á casa del *Perejiles*.

—Sí que fué una malina tentación la tuya—murmuró Cristóbal con voz sombría.

—Vaya si lo fué! Como que aquella noche hice yo méritos suficientes pa que me pusiesen una baticola bordá y una cincha y un mosquero; pero en fin, estaría é Dios! Y lo cierto es que te llevé yo á casa del *Perejiles*, y que ya allí, oyéndote cantar, viendo como toíto er mundo se jacía peazos jaleándote, viendo que las mejores mujeres, y sobre tó la Rosarito, que es compará con ella lo que era el Espartero, que de Dios haiga, comparao con el Guerra, á quien Dios espere muchos

años, empezaban toas y ca una á tirar á la calle el orgullo porque tú te sentaras á su verita; pos á la *gachí* le dió la picá de propinarles á toas ellas un boca abajo con toitas las de la ley, y como pa conseguir su gusto no tenía más que decírtelo con los *chisos* é su cara una miajita entornaos, por los entornó la mu pícara, y á los dos minutos no te hubieras cambiao tú ni por el que firma las cosas en la *Gaceta*.

Cristóbal, que dejándose de violentar las falanjes de los dedos, había concluido por escuchar atenta y sombríamente las palabras de su amigo, sonrió mientras aquél continuaba alentado por aquella sonrisa:

—Yo, que sabía que desde hace un poquillo de tiempo anda don Paco el *Cartagenero* cimbeleando á esa *gachí*, á la que ya hubiera llevao seguramente, á la Vicaría, sino fuese porque el *gachó* no sabe si la que por su malilla fortuna tocóle por vez primera en el reparto, ha picao ya las amarras; yo, que sé que el don Paco está podrió de dineros y que entoavía está pa que no se puea decir que es un trago de los peores, comprendí que aquello de la Lola no era más

que un tente en pié que tomaba la *gachí* tan y mientras llegaba la hora de comer á dos carrillos; y como yo comprendí to esto, pos velay tú el por qué yo no he dejao dos minutos de ponerte amarga la boca y por qué esta noche al llegar te rempujé á su ventana: porque es que yo veía de venir lo que ha pasao, ú sea que en cuantito tú le quisieras dar dos vueltas á la clavija, te diban á saltar los bordones, que era lo que yo quería que te pasara, pa que tú te convenieras ya de una vez de que á esa *gachí* le importas tú lo que me importan á mí los yunques del *Martinete*.

—Pero—exclamó con voz ronca y con el semblante contraído Cristóbal—si eso fuera como tú dices, por qué ha premitió como ha premitió que yo me acerque á su reja?

—Pus porque se pensó, seguramente, que tú te entretendrías, como la noche aquella, en tocar el acordeón, y como puée ser mu bien, y yo lo creo, que tú no le seas antipático del tó, pos ¿qué va perdiendo ella en oírte decirle si has perdío ú no has perdío los papeles por su carita serrana?

—Pero por qué ha de ser cosa tan imposible que Lola puea enamorarse de un hombre como yo?—dijo Cristóbal amparándose de aquella hipótesis como de una última trinchera.

Antonio se encogió desdeñosamente de hombros y repúsole con acento más desdeñoso todavía:

—Porque hay mujeres, y no son pocas las que yo conozco, que no son capaces de enamorarse ni se enamoran más que de los de circulación forzoza y tén tú la seguridá que una de esas es Lola la *Golondrina*.

Cuando, un cuarto de hora después, se hubo marchado Antonio, cerró Cristóbal el establecimiento, y apenas penetró en su habitación apagó la bugía y se arrojó en el bien mullido lecho. La luz de la luna acariciaba el alféizar de la ventana, que, abierta de par en par, daba paso á una brisa fresca y acariciadora y á los ladridos conque los perros vigilantes turbaban el solemne silencio de la noche.

Durante media hora permaneció inmóvil rememorando una y otra vez su diálogo con Lola y las palabras sinceras y crueles

de Antonio; Cristóbal estaba convencido de la lealtad de éste al hablarle del modo que lo hizo, pero Antonio podía estar equivocado, y seguramente lo estaba; la *Golondrina* no podría amarle como era amada por él, pero, sin duda, algún surco más ó menos profundo había conseguido él arar en su corazón, y esto lo creía porque así se lo habían dicho los ojos y las sonrisas de aquella mujer en casa del *Perejiles*.

Sin duda Antonio miraba á Lola con prevención más ó menos justificada, y esto le hacía raciocinar no muy lúcidamente; porque, qué necesidad tenía Lola de fingirle á él inclinación alguna? Además, aquella noche, en la reja, había podido él notar en ella que al hablar de María Rosa su voz había vibrado llena de celos y de ironías; además, aquello de pedirle la carta de la huérfana del *Petaquero*, era sin duda una prueba de celosa inquietud que no había podido impedir que desbordara en sus labios.

Acariciado por este dulce fantasear de su imaginación, sedienta de consuelo, empezó á dar vuelcos y más vuelcos en la cama, y desesperado de no poder conciliar el sue-

ño, encendió de nuevo la bugía, y sacando de la chaqueta la carta causa de sus males, rasgó el sobre y dió comienzo á su lectura.

Su contenido no le cogió de sorpresa: María Rosa hablábale de cosas aburridísimas: de la enfermedad de su madre; de su próxima marcha á la campiña de Jerez, en compañía de las otras compañeras de los contornos; de la tristeza que llenaba su corazón cuando al volver los ojos en torno suyo, en busca de consuelo, no encontraba los del hombre que era su única esperanza, y de lo convencido que podía estar que ella lo aguardaría siempre con solo tener la convicción de no ser olvidada por él, sufriera lo que sufriera, pasara lo que pasara.

Cristóbal, cuando concluyó de leer la carta, al acordarse de que era ésta la causa de la cólera de la *Golondrina*, la estrujó entre sus manos crispadas, y arrojándola al suelo, volvió á apagar la bugía, y algunos minutos más tarde, el sueño, ese dulce dictamo de los que sufren, plegó sobre él sus alas bienhechoras, y momentos después, al posar en él sus labios, hizo desaparecer de su frente ju-

venil las arrugas que pusiera en ella la lucha que libraba en su corazón contra la pasión que triunfaba, la pasión que sucumbía.



## XIX

Don Paco, desde el día en que, tan mal aconsejado por los celos, cometiera el desatino de provocar á Cristóbal, temeroso sin duda de reincidir en igual torpeza al mandato de la nidada de víboras que no dejaba de clavarle su aspid envenenado en el corazón, decidió y se impuso, mediante un desesperado esfuerzo de la voluntad, un retraimiento absoluto en sus pretensiones, en tanto no pudiera dirigirse á Lola planteándole el dilema de porra dentro ó porra fuera, método único compatible con su seriedad y con sus años; retraimiento que, notado por todos, hubo de llenar de hondas inquietudes á la señá Carlota, á la que se le antojó que con aquel hombre se alejaba para siempre de su hogar la grata visión de la fortuna soñada.

Los días del *Cartagenero*, desde que tal determinación adoptara, pasaban para él largos y tristes, sin que le ofrecieran en su lento y triste resbalar ni una sola fragancia, ni un solo rayo de sol, y sí, por el contrario, todos los amargores y todas las silenciosas ventiscas que amontonaban en él los celos que rugían y el amor que forcejeaba por desbordársele en los ojos en febriles centellas y en los labios en apasionados gritos de amor, sin que encontrara más alivio á su sin vivir que la esperanza de que un día el cartero del distrito, tan impacientemente á todas horas por él esperado, llegara, como la paloma de la bíblica tradición, llevando en el pico la ansiada rama de oliva.

Uno de los días en que las tinieblas parecían haberse densificado más que de costumbre en su espíritu y en que el mal humor hábale hecho perder algunas de sus más antiguas parroquianas, hastiado de carne, carnicería y marchanterío, transcurrido que hubieron las horas de venta se vistió con menos cuidado conque lo solía hacer, y huyendo de las gentes, ansioso de soledad, lanzóse á la calle, ya en la cual pensó que lo

mejor que podía hacer era irse á casa de su comadre Frasquita, viuda del señor Antonio el *Soniche*, uno de los amigos más leales, á la que solía visitar para contarle sus cuitas y devaneos, y á la que, de vez en cuando, en homenaje á la para él gratisima memoria del difunto, solía tender, en los días de mayores angustias para ella, una mano protectora.

Encaminó, pues, sus pasos el ilustre prócer capuchinero hacia la calle de la Jara, donde aquella tenía sentados sus reales, y á los diez minutos era acogida su presencia con una exclamación de gozo por la viuda del *Soniche*, la cual, al ver cómo se le metía por las puertas aquella bendición de Dios, exclamó avanzando hacia él con paso vacilante y con el semblante alborozado:

—Ay, qué ganitas que tenía yo ya de volver á ver entrar el sol en el patio de mi casal

Acostumbrado el *Cartagenero* á tan lisonjera acogida, sonrió afable á la consorte de su viejo difunto amigo y

—¿Qué—le preguntó—está usted tan solita como siempre?

—Solita y no de Dios ni de la señá María

la *Gitana*, que esa no sale de su juronera como no sea que la saquen con algun sacatapones.

Don Paco dejó el bastón sobre el ruinoso arriate, en el que verdegueaba algún que otro matujo, y sacando la petaca se dispuso á hacer un cigarro mientras la señá Frasquita le preguntaba con acento malicioso:

—Y qué es lo que me cuenta usté de su pesailla? Se le ablandaron ú no se le ablandaron por fin las sentrañas á esa tonta de remate?

—¡Qué se le va á ablandar á esa *gachí* el corazón, si lo que esa *gachí* tiee por corazón no lo traspasa un balazo!

—Entonces se habrá usté dejao ya de ese quebraero de cabeza?

—Ojalay que pudiera ser eso que usté dice; pero esa *gachí* la tengo yo pegá como con goma laca al pensamiento, y lo que más me emberrenchina la sangre es el no saber á qué carta me debo quear, porque esta es la hora en que yó no sé si le importo yo algo á esa mujer ó si le importo lo que me importa á mí el castillo de Tarifa.

—Pos eso le pasa á usté porque le dá á

usté la repotentísima gana, porque en el punto y hora en que quiea usté leer de corrió en el pecho de esa mujer, no tieé usté más que decírselo á la señá Mariquita, y á los diez minutos se arremató tó el misterio.

Sonrió incrédulo Don Paco, y al ver su sonrisa exclamó la vieja con acento de convicción absoluta.

—No se sonría usté, que esto que á usté yo le digo es tan verdá como es verdá que dá la sierra madroños; que á la señá Mariquita le pregunta usté, pongo por caso, que qué va á ser lo que va usté á estar pensando mañana entre dos luces, y más pronto que un tiro está usté enterao de lo que va usté á pensar mañana á esas horas. Usté sabe los ineros que gana la señá Mariquita y las gentes que la buscan pa que le jeché las cartas? Pos si hay día en que yo no sé cómo no se gasta el picaporte; camará, y no se piense usté que las presonas que vieen aquí en su busca son cuatro *pelagarzas*; no, señó, que las que vieen en su busca son muchas señoronas de las de corsé, faja y pelo emprestao. Sin dir más lejos, antier vino una que golía á gloria, pero que á gloria,

y yo oí por casolidá lo que quería saber, que era si tardaría ú no tardaría más é nueve meses en volver su marío de yo no sé qué tierra mu lejanas aonde está. Y sabe usté que fué lo que le contestaron las cartas? Pos le contestaron que volvería en cuantito descargara el barco, y aluego resurtó que su marío es capitán de un bergantín ó de un bergantín goleta.

Pos, y la otra tarde! Y eso fué delante de mí, porque la *Pelusa*, que fué la que vino, tiée conmigo muchísima confianza. Pos la *Pelusa* lo que preguntó fué que aonde diba su marío toas las noches á las once en punto. Y sabe usté lo que le contestaron las cartas? Pos lo que le contestaron fué que diba á ganarse la vía con el suor de su frente, y como el marío de la *Pelusa* vive como los propios ángeles sin que nadie sepa de qué vive, y sí se sabe, porque eso está á la vista, que el hombre es un tunante con muchísima labia y muchísimo salero; y como además se sabe que está por él la viuda de Toño el *Relampaguzo*, y como si la viuda de Toño tiée por cara un minuterero, tiée en cambio la mar de *parneses*, pos velay usté si le

contestaron lo que le debían contestar las cartas á Paquita la *Pelusa*.

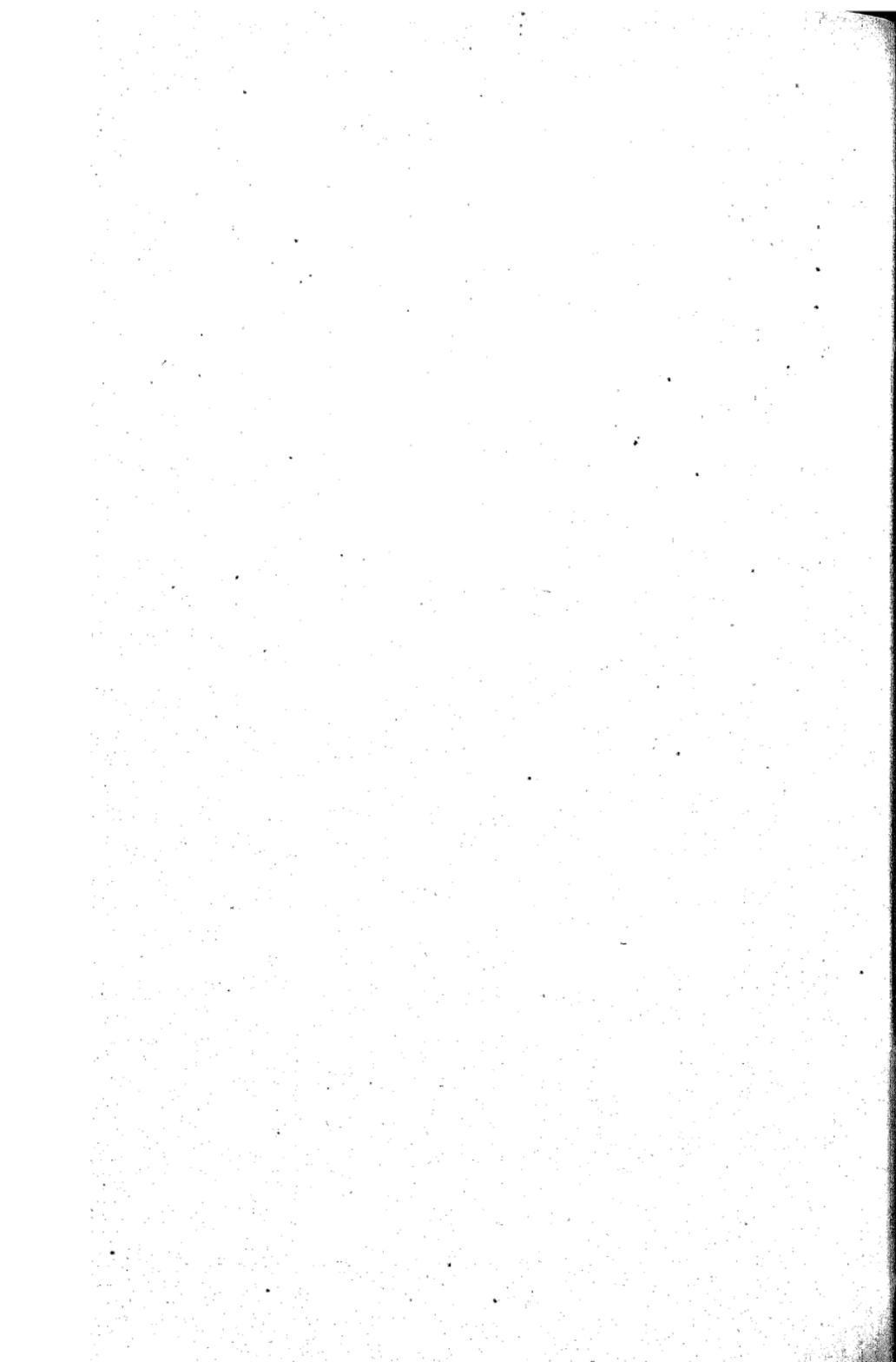
—¿Y usted cree,—preguntó don Paco á la vieja—que si yo quisiera que esa señora me dijese lo que tantísimo me interesa, me podría contestar si la Lola está por mí ú está por el sobrino del señor Juan el Urdiales?

—Digo! Pero si eso pa ella es más fácil que rallar el pan, don Paco.

Contempló éste un tanto irresoluto á la viuda de su amigo, luchó durante algunos minutos entre el temor al ridículo y la curiosidad, y tras algunos instantes de vacilación:

—Pos mire usted—dijo á la vieja incorporándose—puesto que usted dice que está arriba, ahora mismito le vamos á preguntar á esa jechicera lo que me trae sin vivir, á ver si lo que me dá es como dice la copla:

«Un recaito al oído  
pa que me sangre el barbero»



## XX

La señá María, como acostumbrada que estaba á recibir, en su habitación, á personas de los más distintos matices sociales, no se sorprendió mucho ni poco al ver penetrar en ella, precedido por la viuda del *Soniche*, á Paco el *Cartagenero*, limitándose á preguntarle á aquélla, al par que se levantaba, no sin arrancar antes al cigarro una última bocanada de humo que devolvió por boca y nariz:

—Quién ha sío el alma caritativa que ha jechao hoy pa mi *buchinchi* al hombre más saleroso del barrio de Capuchinos?

La habitación de la señá María no estaba adornada con buitres ni escorpiones, ni alambiques ni retortas, ni ninguno de los trebejos conque nos pinta decoradas la tra-

dición, las diabólicas guaridas de la nigromancia medioeval; ni la señá Mariquita lucía el largo cucurucho, ni la larga túnica sembrada de soles y salamandras, conque los antiguos taumaturgos se vestían al aventurarse loca y temerariamente, en las regiones que veló Dios misericordioso á los ojos profanos de los míseros mortales.

El sol, penetrando en el aposento, ponía sus notas alegres en los cuadros de molduras doradas y vistosas oleografías; en las cortinas, de encajes unas y de cretona otras, que adornaban el balcón; en la estera de junco; en la puerta de cristales con visillos de color de rosa del dormitorio y en la antigua sillería de nogal tapizada de yute, que componían el limpio y no del todo humilde mobiliario de aquella risueña estancia.

La señá Mariquita reíase de sus estrambóticas predecesoras con su figura arrogante y elástica todavía, con su semblante, patente no exenta del todo de atractivos de su abolengo gitano; con su pelo negrísimo y rizado recogido sobre la nuca en pesadísima castaña; con su vestido encarnado de amplios volantes ribeteados en negro; con el

cuerpecillo azul pálido, cuyo descote dejaba ver cumplidamente su renegrida garganta que parecía querer cercenar el apretado collar de corales que la ceñía, y sobre los hombros robustos, amplio pañuelo de crespón amarillo, de largos flecos, que marcaba merced á lo dúctil de su urdimbre su seno voluminoso y desmayado.

Sentóse don Paco en la silla que se apresurara á ofrecerle la gitana, la cual, al notar la sonrisa burlona que serpeaba en los labios del carnicero, plantóse delante de éste con las manos en las caderas, sacó el seno arrogante, inclinó á un lado la cabeza y, mirándole de arriba abajo con mirada entre desdeñosa y compasiva, dijole con voz dulce y monótona como una repetida melopea:

—Cacerolitas é plata con más abollauras que tú de tanto roar, han visto los *sacais* é mi cara entrar riendo, como tú, en mi sala y salir de ella endispués más *pinchaboy* que un letrao: que no soy yo la que vale sino El que puso en mí lo que puso, como puso el imán en el imán y el olor en la yerbagüena y lo amargo en la retama.

—Pero si yo no me río nuncal Pos si yo

vengo á la verita tuya como el que se muere de sé á la vera de una fuente, pa ver si tú me puees sacar á mí una espina que un *men-gue* me clavó en el corazón y va á quitarme la vía.

—Na más que con mirarte á las niñas é tus ojos, sé yo que tú viees aquí, si con la risa en la boca, con el corazón gimiendo y llorando por mó de una *gachí* que está con una caena de oro en una mano y con en la otra, una caena de flores y qué temiendo estás tú que sea con ésta con la que se ate al hombre que más jondo parece que le ha jurgao en su pechito é marfí, pero menester es que tu se-pas que en éste mundo tó mua, poique asín lo quiso El que tó lo puée: que del gusano sale la mariposa y de la mariposa el gusano, y nunca es tarde pa el que sabe esperá, que el que de noche espera el sol le jurga en la cara.

La señá Frasquita sonreía mirando de re- ojos y con expresión complacida á don Paco, el cual repuso á la gitana hurtando la sonri- sa á sus labios:

—To eso está mu requetebién, pero yo quisiera que me hablaras más clarito de lo

que más me duele, que es lo que más me interesa.

—To vendrá por sus pasitos contaos, que no está en nuestra voluntá que abra en el talle el capullo; aspérate una miajita, que turbia va á ser el agüita que tú bebes compará con las palabritas que van á salir pa tí solito é labios é la gitana, salaol

Y diciendo esto, dirigióse á la cómoda la señá Mariquita, sacó de uno de sus cajones una baraja y un negro tapete, lo extendió sobre una pequeña mesa redonda, y dió principio á barajar los naipes con ligereza de prestidigitadora consumada.

La viuda del *Soniche* no pestañeaba siquiera; don Paco contemplaba curioso á la famosa adivina, la cual, acabado que hubo de barajarlos, colocó los naipes sobre el tapete, diciéndole al *Cartagenero*:

—Jágame usted el favor de *chinar* con la del corazón, saleroso, y no se asepare usted é la verita mía, que tan cerquita necesito tenerlo yo á usted como usted quisiera tener á una moza con el talle *juqui* como una jebra de jilo, con el pelito como el oro y de la color de la nieve los *piños* y de la de los *piños* la cara.

Cortado que hubo el *Cartagenero*, volvió la señá Mariquita á coger la baraja y continuó con acento sentencioso:

—Ahora, de cá seis cartas que yo cuente, usted va á sacar una con la manita erecha, y vamos á jacer con diez que usted tiee que sacar en junto, tres pilas de á tres, una de las cuales será la presonita que pregunta, la otra la por quien se pregunta, la tercera la que mos tiee que decir lo que va á suceder, y la de nones será usted, y usted será lo que quiera. El que á querer pondría las agüitas de la mar más redulce que la azuca.

Separadas las diez cartas y divididas éstas en tres grupos de á tres, cogió la gitana el primero, y después de contemplar los tres naipes durante algunos instantes con expresión grave y meditabunda, exclamó:

—Aquí tenemos un siete de bastos, que quíee decir noticia, y una sota de copa, que quíee decir inritación, y un rey de oro, que quíee decir necesidá de consejo; asín es que to esto quíee decir que hay un hombre, porque el rey quíee decir que es un hombre el que pregunta; que hay un hombre embe-  
rrenchináo, que está asperando ó tiee mucha

necesía de recibir una noticia, y como no la recibe, vá en busca de argüen que le puéa aconsejar cuál es la mejor vereá por la que debe meter su cuerpecito gitano.

—Aquí en estas tres tenemos—continuó tomando el segundo grupo de cartas la gitana—un caballo de espá, que quíee decir disjusto, y un ocho de copa, que quíee decir casamiento, y un nueve, que quíee decir engaño; es decir que, según estas tres cartas, la presona por quien se pregunta está mú esazonailla por mó de un casamiento, no se sabe si el suyo ó el de alguna presonita de su gusto, que es la que más le preocupa, por más que ella finge toito lo más contrario de lo que siente su corazón, por mó de su convenencia.

La viuda del *Soniche* seguía escuchando con creciente interés las palabras de la gitana, á la que también escuchaba con mal disimulado interés don Paco el *Cartagenero*.

—Pos señó—continuó aquélla después de ver los tres naipes que formaban el último grupo—aquí tenemos una sota invertía, que quíee decir regocijo, y un as, que quíee decir

casolidá dichosa, y un tres, que quíee dicir enfermeá.

Y tras decir esto, quedó la popular pitonisa como profundamente abstraída en la contemplación de aquellas tres cartas, que eran las tres antorchas que iban á rasgar, á los ojos de ella y de su protegido, las sombras improfanadas del porvenir.

Transcurrieron algunos instantes sin que turbara el silencio más que el acompasado respirar de los allí reunidos, hasta que, ya impaciente, el *Cartagenero* exclamó dirigiéndose á la gitana:

—Y qué, ¿se puee saber lo que quiere decir to eso que usté ha dicho, señá Mariquita?

Esta permaneció sorda á la impaciente interrogación de don Paco, cogió la carta que éste conservaba en su poder, la soltó después de mirarla sobre el tapete, y dirigiéndose á aquel:

—*Diña* tu mano; la dizquierda, la del corazón—le dijo con acento imperativo.

Acató sumiso la orden el enamorado carnívero, posáronse en la palma de su mano los ojos de la gitana, y tras contemplarla con

solemne y casi religioso recogimiento durante algunos momentos, se irguió con la mirada radiante, como si en aquel instante se corrieran de pronto ante ella el velo del misterio y

—Emborrizándome en polvo é diamantes no me pagabas tú, mocito *baví*—exclamó tuteando en el colmo del entusiasmo al de Cartagena—lo que yo acabo de leer en la estrella que te cobija; y ya puées alegrar tu corazón, porque has de saber tú que la *gachí* por quien tu eliras, que es un lirio por el tallo y una azucena por la cara, ha de recibir mu prontito una alegría; y endispues de la alegría, una *tati* mu grande hará que tenga que meterse en cama; pero mu prontito una casolidá dichosa jará que se ponga güena.

—Pero tó eso que tú me dicés—dijo don Paco tuteando también á la gitana—qué tiene que ver con lo que yo he preguntao?

—¡No ha de tener que ver, salero! No ves tú que toitas esas tres cosas están toas tres tan ligá á tí como á la vía la pena! Y sino, vamos á ver; no estás tú ahora mismito con el corazón repudriéndosete de celos y de *chingares*? Pos bien, fijate tú en lo que yo te

digo; tú eres el que pregunta, y er que pregunta, como ves, es un tres de oro, que quiée decir paz é corazón, ú sea que cuando pase el nublao que tiée que pasar, como tiée que caer antes la lluvia pa que se cuaje la fló; en cuantito pase lo que está escrito que tiée que pasar, ya verás tú, salao, cómo toitos tus pesares se guerven alegrías.

La viuda del *Soniche* se incorporó con el rostro radiante, y don Paco, después de encogerse de hombros y colocar algunas monedas sobre el tapete, se dirigió hacia la puerta, mientras la gitana, agradecida, decía con acento zalamero:

—Adiós, bien plantao, que ya te llevas lo tuyo; y que güervas por aquí y que te acompañe un *divé* por aonde quieras que vayas; y ya verás tú cómo toíto lo que yo he *quiyabao* no es *onjana* y te cuaja tó más pronto que en el majuelo el racimo, que es la *chipé* que á mí me ha dao Dios el don de *sírenar* en el porvenir como á tí te he dao el de ser un mozo *discandoy* y con el *carlochín* de un *chabiró* más grande que el Altozano.

## XXI

Poco tiempo tardó Cristóbal en ser confirmado con el mote conque debía pasar á la posteridad en glorioso ramillete con el de Juan Breva, el de Chacón, el de Silverio, el del Canario, el del Puli y con los de tantos otros como han dejado en la historia del canto popular una estela imborrable y luminosa.

La fama, conduciéndolo en su divino regazo y haciéndolo repetir cien y cien veces á su siempre, por todos ambicionada sonora trompetería, habíale llevado desde *Martiricos* á la *Pelusa* y desde el *Bulto* á la *Coracha*, llenando de orgullo y de satisfacción, además de al interesado, á Antonio el *Azucena*, que, á poder, hubiese encerrado á su amigo en un guardapelo y á la señá Rosalía y al señor

Juan, que empezaban á estar una miajita cavilosos á causa de que, solicitado el *Ruiseñor*, que este fué el mote conque hubieron de designar al de Jimera, por todos los que por aquel entonces de amantes y entendidos en el cante hondo se preciaban, érale imposible de todo punto seguir empleándose en sus diarias humildes ocupaciones en la famosa «Alegría de Capuchinos».

Cristóbal, cuya faltriquera había empezado á auparse de modo lisonjerísimo para él, no se había olvidado en su incipiente encumbramiento de los que allá en la pintoresca serranía debatíanse entre las garras de la miseria, y un día, tras hacer el recuento de sus utilidades, metió en un sobre algunos billetes, hizo cubrir casi totalmente de lacre el sobre, y lo envió á sus padres hablándoles á la vez con cierta disculpable jactancia de su envidiable fortuna.

Hecho esto se acordó de María Rosa, pero Lola la *Golondrina* había vuelto á acójer sus miradas con insinuante complacencia. Al siguiente día de la noche en que de modo tan decidido le diera casi en las narices con las hojas de la ventana, llena de ira y despecho

al verse burlada en sus pretensiones; al día siguiente, repetimos, no pudo por menos que sorprenderse el muchacho al ver á aquella sonreírle desde el balcón, como si no le guardara rencor alguno por la derrota sufrida.

Volvió á resplandecer deslumbradora la esperanza en el corazón del muchacho, que pensó que lo hecho por aquella en la noche anterior no había sido más que una prueba á que había querido someterle, y convencido de que el equivocado en sus conjeturas era el mejor de sus amigos, dijo á éste con acento irónico al empezar el diario partido de dominó conque solían matar el rato:

—Sabes tú que he visto esta mañana á Lola la *Golondrina*?

—Pos ándate con una miajita de cudiao, que esa *gachí* tiee más dobleces en el corazón de las que tú te imaginas.

—Pos si es que está la *gachí* conmigo, la mar de requetebién, Antoñuelo.

—La mar de requetebién!—exclamó lleno de asombro el *Azucena*.

—Lo que te digo; más cariñosa que nunca.

Antonio empezó á equivocarse en las jugadas de tal manera, que le hubo de decir su compañero:

—Pos di tú, camará, que te ha puesto cuasi tonto la güena noticia que te acabo de dar; porque siendo como es güena pa mí, tiée que ser también güena pa el mejor de mis amigos.

—Es que—dijo Antonio rascándose la cabeza—no me güele á mí mu bien eso de que la Lola te sonría; y cree tú que si te sonrie, algo que no será canela tendrá esa *gachi* metío en su pensamiento.

No obstante las palabras de su amigo, Cristóbal empezó á sentirse casi dichoso; y aunque en varias ocasiones en que, pasados algunos días, intentó que bajara á la reja la *Golondrina*, no pudo conseguirlo, hubo de mirarlo ésta de modo tan risueño y acariciador, al negarse á acceder á lo que de ella solicitaba, que pensó á sus solas, al meditar en lo ocurrido, que Lola luchaba misteriosamente por no rendirse á sus requerimientos de amor, por lo mucho que le convenía don Paco el *Cartagenero*.

Esta idea, al agitarse en su imaginación,

lastimábale en su amor propio; pero como abrigaba la casi seguridad de arrojar más ó menos pronto á su adversario, de aquel reducto, del que habíase conseguido amparar merced á sus talegas, no ahondaba mucho en él el despecho; y en esta situación de espíritu estaba, cuando al auxiliar á sus padres y acordarse de María Rosa, tuvo á bien cerrar los ojos al generoso impulso que surgiera en su alma al recuerdo de la mujer un tiempo amada por él con todas sus potencias y sentidos.

Pasaron los días, y otra vez al colocar otros billetes en otro sobre para enviárselos á sus ya venturosos progenitores, volvió á pensar en la huérfana del contrabandista, la que en su última carta dejaba resbalar por entre lo que en ella le decía, todo un raudal misterioso de lágrimas abrasadoras; pensó en ella, pero pensó simultáneamente que no le convenía robustecer los lazos que á ella le unieran, y menos si tenía en cuenta que Lola, cada día que pasaba, acentuaba para con él sus atenciones, y que había dado principio la vida á destapar para él sus pomos más bien olientes, y á reirle el espacio como

con labios de cristal y los cielos con los suyos de de zafiros.

No acudió, pues, en ayuda de la huérfana por temor á restaurar el edificio que tenía empeño en convertir en escombros; y María Rosa, adivinando, sin duda, los propósitos del hombre querido, esforzábale en robustecer el alcázar divino de sus ilusiones pristinas á fuerza de bondad, de resignación y de amantísimas tolerancias.

Desistió Cristóbal —repetimos— de aquel generoso impulso, y pronto el rápido sucederse de las olas de un alegre vivir, empezó á esfumar en su imaginación la imagen de la gentil serrana, aquella siempre triste, siempre melancólica, ya única opacidad en el fondo transparente y luminoso de su vida.

Como así lo exigía el medio social al que lo lanzara su buena fortuna á la vez que sus gustos é inclinaciones, pronto pudo rivalizar en lujo y en achulada elegancia con los más apuestos y adinerados de sus amigos, y á todas horas podía vérselo luciendo siempre los más flamantes *paveros*, siempre de rondeña estirpe, su preferida; los más abotinados pantalones, el más gracioso marsellés, las

más brillantes pañoletas y los más ricos ceñidores; todo lo cual hacía que las mozas del barrio, en su mayoría, se esforzaran todas y cada una en atar á sus casi siempre floridas rejas, á aquel mocito al que la buena suerte entreniase en adormecer con sus más blandos arrullos.

Ya hemos dicho al principio de este capítulo, que el señor Juan, que celebraba como propios los triunfos y el cambio de fortuna de su sobrino, á poco de iniciado éste dió en andar una miajita caviloso y cariacontecido, pensando en que ya el mozo estaba fuera de tono al desempeñar en el hondilón sus habituales ocupaciones, y tan honda y gravemente hubo de arraigar en el viejo esta convicción, que una tarde, después de suficientemente controvertido el asunto entre él y la señá Rosalía, puso el señor Juan una mano sobre el hombro á su sobrino y le dijo con acento cariñoso:

—Sa menester que yo platique contigo de una cosa que á dambos nos interesa.

—Pos eso pa aluego es tarde—repúsole Cristóbal mirándole sorprendido..

Condujo el señor Juan al muchacho á la

alcoba matrimonial, y haciéndole sentarse en la algo maltratada poltrona, le dijo con voz llena de turbaciones:

—Mira, hijo mío, tú recordarás mu bien, que cuando tú viniste á esta casa, en esta casa se te recibió como quien eres, como de nuestra propia sangre, y no creo yo que tú pueas estar quejoso ni de mí ni de tu tía.

—Claro que no—dijo de tal manera Cristóbal, que su voz y su gesto fueron un himno entonado en honor de la índole cariñosa del matrimonio.

—Pos bien—continuó el señor Juan—tan y mientras tú no has sío más que nuestro sobrino, no ha tenío naíta de extraño que tú me haigas ayudao en mi trajín, pa lo cual, dicho sea de paso, vales un millón de millones; pero es el caso que ahora las cosas no están en el mismo sitio y lugar en que estaban; es que tú ahora tiées que alternar con la mar de *litris* y de *engomaos* de los que prevelican por las cosas castizas; y como tanto tu tía como yo estamos convencíos de que tú arrematarás mu pronto por ser un presonaje, como lo son el Torres y el Chacón y el Mo-

chuelo y la Niña de los Peines, pos hemos dicidío buscar un otro, un qualquiera que me ayude á mí á enjuagar vasos y á servir el marchanterío.

Cristóbal, oyendo al señor Juan, había sentido que algo desalentador y triste invadía su alma: desde su salida de los paternos lares, había sido para él aquel rincón puerto abrigado y seguro; su tía, al correr del tiempo, había ido extremando para con él sus cariñosas deferencias casi maternales; el señor Juan había llegado á disputarle casi á su padre su supremacía en su corazón, y al pensar en que desde el instante en que otro entrara á prestar en la casa los servicios por él prestados hasta entonces, tendría él que abandonar aquel refugio donde sentíase tan dulce-mente oreada su alma por una cálida brisa de ternura; al pensar, además, en que ya no respiraría el mismo ambiente que respiraba Lola, un profundo desconsuelo se retrató en su rostro y

—Entonces será menester que yo me vaya—dijo con acento apagado, pugnando porque su voz no delatara su amargura.

El Urdiales hizo un gesto de asombro, miró de hito en hito á Cristóbal y

—Dirte tú!—exclamó; y tras un momento de silencio, continuó con acento de enérgica protesta:

—Y por qué has de dirte tu de tu casal ¿Cómo te vas á dir tú de aquí, si tan y mientras no estés tú á la verita é tus *vatos*, tus *vatos* semos nosotros; y tan y mientras tengamos nosotros un rayo de sol y tú estés en este *chamizo* ese rayito de sol nos ha de dar á toitos tres en la cara?

Cristóbal se sintió conmovido y

—Usté perdone—dijo al viejo á la vez que sus ojos recobraban su expresión placida y riante—pero como me había dicho usté que diba á entrar otro en mi lugar...

—Pos naturalmente que sí—dijo el viejo con voz briosa—como que no queremos nosotros que tú sigas teniendo que servir aquí, como si fuesen príncipes á tantísima zurrapa como se cree con derecho á que lo sirvan de coronilla por un *chato* de solera; pero pa que tú no tengas que molestarte en naita, hemos decidió desocupar el cuarto de los barriles vacíos pa que duerma en él To-

ñico el *Duende*, que es el que va á ocupar tu lugar; y tú seguirás como y donde hasta aquí, pero sin tener que ocuparte más que de lo que á tí te dé la repotentísima gana.

—Pero...

Y Cristóbal enmudeció sin atreverse á concluir de expresar lo que pensaba decir, al ver cómo su tío, adivinándolo, dejaba asomarse á sus ojos un reproche y

—Bueno!—continuó alegremente—no se platique más de esto ni una palabra; yo haré lo que ustedes quieran y ustedes harán lo que quiera yo; pero de lo que yo tengo muchísima necesidad y lo que más priesa me corre es darle á usté un abrazo que parezca veinte y cinco.

Y uniendo á la palabra la acción, estrechó Cristóbal entre sus brazos al señor Juan, que no pudo impedir que se humedecieran sus ojos, y que exclamó con acento brusco al par que abrazaba también á su sobrino.

—Por vía é la *Malena!* Pos no me parece que tengo por corazón un tarro de vaselina!



## XXII

Al día siguiente de haber tenido lugar entre tío y sobrino la escena que acabamos de narrar, hizo su aparición en la taberna Antoñico el *Duende*—un chavalillo con cara de pícaro redomado—y desde aquel punto y hora dejó por completo Cristóbal de emplearse en los humildísimos quehaceres en que hasta entonces había prestado su concurso á los populares taberneros; enterado de lo cual sus amigos, no tardaron en hacerle entrar, ya sin cortapisa alguna, en una á modo de diaria voráGINE de andanzas y devaneos; y tan de lleno hubo de arrojarse en aquel vivir aniquilador y vertiginoso, que un día Antoñico el *Azucena*, su casi siempre obligado acompañante, le hubo de decir con honda expresión de disgusto:

—Mira, Cristóbal, que este mó de vivir es capaz de derribar una torre; que esto es ya mucho cantar y mucho beber y mucho gufiar el dizquierdo á las é pechitos valientes; mira que siendo yo un hombre con mejor blindaje que tú y no acompañándote más que á ratos, tengo ya desconchándoseme el ollao; conque vamos á ver si te tiras una miajita de la rienda, que dende que encomenzaste á bailarte tú este chotis que te viees bailando, parece que te pintan de amarillo los carrillos y te llegan ya al pescuezo las ojeras.

Sonrió Cristóbal encogiéndose de hombros y

—De to eso quien tieé la curpa no es el vino, ni el cante, ni las é pechitos valientes, sino una que me tieé más frito que un ajo y que parece que tiee apostao el que yo pierda la salú y el que pierda la *chaveta*.

—Y por qué no te dejás de eso ya de una vez? No te has convenció ya de que esa *gachi* te quiee tener á tí como si fuera un recreo?

Cristóbal enrojació, como le ocurría siempre que le hurgaban de aquel modo en lo que más le dolía, y

—Si es que manque yo quisiera no podría

dejar ese mal balate que pisé en tan malita hora—repúsole con voz reconcentrada.—Si es que esa tórtola es pa mí lo que el sol en invierno y lo que la sombra en verano; si es que no se me aparta nunquita de la imaginación; si es que se ha jecho el ama de toito yo, y el día que no la veo tan siquiera una vez, el aire me falta y la vía me falta y tó me falta; si es que cuando pienso que el *Cartagenero* la mete entoavía de cuando en cuando los del embrague, las venas me echan jumo y se me antoja que darle al don Paco una puñalá es mucho más fácil que cantarse unas jaberás.

—Lo que es más fácil que toito—le replicó el *Azucena* con acento desabrido—es que á tí te tengamos que amarrar y que llevarte aonde yo sé, á que te tutees una temporá con unos cuantos loqueros.

—No te diré yo que eso no puea granar; por que loco, pero que loquito de remate, voy yo á concluir si esa mujer no acaba ya de una vez de tirarse conmigo al río.

—Pero tú qué jaces cuando platicas con ella? Por qué no le dices ya de una vez que sa menester aseparar la pámpana de la uva?

—Porque—repúsole con voz sorda el cantador—ca vez que la cojo á tiro y le digo eso mismito que tú me acabas de decir, encomienza á torearne de capa; y pone una carita tan charrana y tan regraciosa pa decirme lo que me dice, que yo me queo como emboao, y arremato por gritarle que su gusto es mi gusto y que ella es el cuchillo y que yo soy la carne; y ná, lo que tú dices, que yo estoy tonto der tó, pero que tonto perdío.

—Y ¿por qué no le corres una miajita las espuelas con qualisquier otra *gachí*, con la Rosarito, pongo por caso?

—Cállate tú, hombre, que el otro día que me aconsejaste lo mismo quise probar fortuna y encomencé á *chuflear* con la *Niña de las Tumbagas*, y en cuantito se enteró ella de aquello, encomenzó á no mirarme á mí y á tontear con Joseito el *Cuqui*, y por poquito si tengo que dir á que me sangrara el barbero, y más trabajo me costó el que volviera á mirarme como antes, que me pudiese costar el tomar una trinchera.

Calló Antonio, y transcurrido que fueron algunos días, una mañana, después de una noche de incesante beber y cantar, se acor-

dó Cristóbal de las palabras de su amigo: un ligero malestar habíase apoderado de todo él, algunos escalofríos le correteaban por las venas y durante todo aquel día no se sintió á gusto; tras aquel aviso, desapareció aquel malestar, transcurrió una semana y

—Tía—díjole un amanecer á la señá Rosalía con voz algo ronca—yo debo estar una chispitilla costipao, porque en toita la noche no he parao de toser y de sudar más que una jarra en verano.

Al llegar la noche, la señá Rosalía púsole en peligro de morir de asfixia bajo una inmensa balumba de mantas y cobertores, no sin previamente hacerle tragar un azumbre de una infusión de orégano, y como al despertar á la mañana siguiente se sintiera algo mejor, vistióse con la elegancia de costumbre, se lanzó á la calle, y al ver al pasar por delante de la casa de Lola á ésta en la sala baja entretenida en colocar en dos á modo de tóbores de cristal un puñado de flores:

—Esto se llama alevantarse con fortuna—dijo acercándose á la ventana y contemplando con expresión apasionada á Lola, que, vestida con una bata de coco que seña-

laba ductil y pérfidamente las curvas tentadoras de su elástica figura, le repuso sonriendo graciosamente y sin dejar la ocupación en que se entretenía:

—A usted jace ya algún tiempo que lo está mirando Dios con ojos de misericordia.

—Pos bien podía usted en ese caso imitar á Dios—díjole Cristóbal—y jacer una obra de caridá con un probetico que se ha pasao la noche sudando, tosiendo, pasando fatigas y pensando na más que en esos ojos charra-nes.

—Pero es que ha estao usted malo por ca-solidá esta noche?

—Malito y con calentural! ¿Y cómo quiee usted que yo esté bueno pasando las *duquitas* é muerte que estoy pasando yo, por mó de una nena que es siete veces más remala que bonita? Y mire usted que en eso de bonita es la nena que yo digo la Madre de los Pastores.

—Y cuál era la obra de caridá que quería usted que yo jiciera en ese pobretico que usted dice?—le preguntó Lola mirándole con los ojos entornados.

—Pos la obra de caridá—repúsole el *Ruiseñor* apretando la frente contra los hierros

de la reja y mirando á la hembra adorada con ojos adormecidos—es que acabe usted ya de darle tormento á quien no se lo merece; á quien la quiere á usted más, pero que muchísimo más, pero que requetemuchísimo más que al que le pintó de encarnao el madroño á los silgueros.

—Vamos, hombre, vamos, que no será tan grande el dolor como el quejío.

—Que no será tan grande el dolor!—murmuró en voz sorda el de Jimera; y después, mirando á Dolores como si quisiera metérsele por los ojos en el corazón y con los dientes apretados, continuó con voz lenta, suspirante y reconcentrada:

—Que no será tan grande! Eso lo ice usted porque no sabe que yo por una caricia, por una sola caricia, por una sola, peazo á peazo y poquito á poquito me arrancaría yo el corazón der pecho, y peazo á peazo tiraría yo mi corazón elante de usted pa al-fombrarle á usted de corazón el camino.

Lola contempló como sorprendida á su enamorado: jamás la voz de éste había logrado, como en aquellos instantes, arrancar una vibración tan dulce al escondido corda-

je, mudo en su alma desde que la madre tierra llamara á su seno á Joséito el *Zargatona*; y sorprendida, exclamó con acento en que aquel ligerísimo despertar de sus dormidas sensibilidades puso acariciadoras cadencias:

—Pos si to eso que usted dice tiée tan siquiera la cuarta parte de oro, en ese caso siga usted caminando por esa vereita poquito á poco, que puee ser que á la larga, llegue usted á conseguir aquello en que, si no miente, ha puesto usted tantísimas ilusiones.

El rostro pálido de Cristóbal resplandeció todo como si de pronto resbalara por él una ráfaga luminosa; ardió en su pupila azul un intenso llamear de loca alegría y

—Pero es eso verdá?—preguntó con voz trémula á la *Golondrina*, la cual, con los ojos medio entornados, entreteníase en volver los pétalos de una rosa encapullada.

No le contestó Lola y

—Pero ¿es eso verdad, Dolores?—preguntó de nuevo el muchacho; y al ver que los ojos, los divinos ojos de la mujer querida, parecían

ratificar los que sus labios dijera, un hondo suspiro brotó de su garganta y

—Que un *divé* bendiga al ángel de mi guarda, que hoy me hizo acercarme á usted pa llenarme el corazón de nardos y de jazmines.

—Pero si lo que yo le he dicho á usted no es pa tanto—dijo Lola, á cuya imaginación acababa de acudir el recuerdo de don Paco.

—Si hace ya muchísimo tiempo que usted debe saber que yo lo quiero á usted como quien es: como el mejor de mis amigos.

—No, eso no,—dijo Cristóbal con acento de enérgica protesta.—Eso no ha sido lo que usted á mí me acaba de decir; no sea usted mala, Dolores, y no se arrepienta usted de haberme dao á beber un traguito dulce, después de tantísimos tan de tuera como por mó de usted me está dando á toas horas á beber la pena conque batallo.

—Vamos, dejémonos de locuras y váyase usted ya, que no quieo que me vea mi tía con usted de palique en la ventana.

—Pos si quiee usted que me vaya, sa menester que me dé ahora mismito, siquiera

por lo bien que me lo he ganao, ese capullo de rosa.

—Gueno, se lo voy á dar á usted, pero con la condición de que se vaya ensegúa.

Tomó Cristóbal la flor que Lola le entregara, se la colocó con expresión de triunfo en la solapa de la chaqueta y

—Ya me voy—dijo con acento gozoso—pero antes me va usted á decir que usted me tiee más voluntá que la que se le tiee á un buen amigo.

Vaciló un momento Dolores, y tras aquel momento de vacilación:

—No—dijo moviendo graciosa y negativamente la cabeza—yo lo quiero á usted únicamente como al mejor de mis amigos, el mejor de los mejores.

Cristóbal no creyó lo que Lola le decía; juzgó pueril coqueteo su negativa, y sonriendo alegremente, canturreó:

Yo quieo ser tu abanderao,  
el que lleve tu bandera,  
y abanderao me has de hacer  
que quieras ó que no quieras.

## XXIII

La señá Carlota, que empezaba á temer que el constante tira y afloja conque su sobrina entreteníase en avivar el fuego que ardía en el alma del sobrino del Urdiales, concluyese por hacer que el *Cartagenero* se diera por vencido en aquel silencioso torneo, y en que Lola concluyese también por encontrarse prisionera entre las inrompibles mallas de un nuevo cariño, empeñábase en apartar á ésta de senda tan peligrosa; y en tanto la anciana esforzábbase en la realización de sus razonables propósitos, luchaba el carnicero por decapitar aquella á modo de serpiente que estrechaba más y más alrededor de su corazón sus acerados anillos.

Y en tanto luchaba y desesperábase el carnicero, Cristóbal, por el contrario, em-

pezaba á ver llenarse de tonos fúlgidos y resplandecientes el horizonte de su vida, y á ver en su faltriquera lo que en otras ocasiones hubiese juzgado, seguramente, casi toda una fortuna. Sintióse un día profundamente halagado en su vanidad al verse solicitado por el dueño de uno de los más famosos cafés cantantes de Sevilla, el cual, después de oírle cantar una noche en el ventorrillo del *Zocato*, díjole al par que le ofrecía una copa en que brillaba el solera cual topacio desleído:

—Yo, si usted quiere, tengo pa usted en mi tablao cinco duros tos los días, y tó lo que usted se beba!

Cristóbal se acordó de Lola y prefirió seguir en Málaga, cantando allí donde le llamasen, que era lo que venía haciendo, y con tan buena fortuna que pronto empezaron los del oficio á mirarlo con marcadísima hostilidad, la cual hacíale repetir frecuentemente al *Azucena* con íntimo regocijo:

—Si la envidia fuera tiña, no habría ya en Málaga un profesional al que le brillara el pelo.

Este cambio tan rápido de fortuna, la gra-

ciosa soltura de sus ademanes, las frases chispeantes con que sabía esmaltar su conversación amena, fueron cosas por todos advertidas; pero también lo fué que su rostro empezaba á demacrarse, á brillar con febriles intensidades sus ojos y que se descarnaba su cuerpo, hasta el punto de que eran muchas las veces en que Antonio quedábase mirando á hurtadillas con escrutadora fijeza, á la vez que una vaga inquietud apoderábase de él al recordar, mirándolo, á un hermano suyo muerto en la estación más florida de la existencia.

Una noche sintió Antonio acrecer su inquietud; estando cantando Cristóbal en uno de los ventorrillos de *Miraflores* en compañía de algunos de sus amigos, al ir á poner fin á una de sus maravillosas guajiras, se le cortó la voz de repente, se puso pálido y una mueca dolorosísima contrajo sus labios á la vez que se oprimía el pecho con ambas manos crispadas.

Aquello pasó pronto; volvió á cantar el *Ruiseñor*, pero su amigo volvió á acordarse de su difunto hermano, y que quiso ó que no, hizo abandonar á aquél el ventorrillo, y al

encontrarse con él á solas en mitad de á la sazón solitaria carretera bañada en luz de luna:

—Sa menesté—le dijo—que vayamos á ver al médico y que te dejes de cantar una miájita de tiempo y que dejes también de vivir de la manera que vives.

Se encogió Cristóbal de hombros y

—Vamos, hombre—le repuso con acento jovial—pos no parece sino que voy á entregarla porque me haiga dao esta noche la saliva en el gallillo.

Calló Antonio, pero al día siguiente, apenas encontró una oportunidad, puso al tanto de lo ocurrido, en la noche anterior, á la señá Rosalía, la cual exclamó con voz irritada:

—Pero si es que esa criatura se ha emperrao en que lo lleven á San Miguel; si es que me duele ya la boca de decírselo á dos sones, al tango y al olé; si es que entre esa pícara Lola y ese trasnochar tos los días, eso de cantar jasta que se le alarga la campanilla, de no comer nunca á sus horas, y eso de querer sacarse el clavo que tiée metío en el corazón á fuerza de *chatos* y de pasarse la vía jurga que jurga zapatitos é charol y botas á

la imperiala; es que entre to eso que yo digo va á concluir por poner el mérito y la salud en la puerta de la calle.

Cristóbal, no obstante el tira y afloja de la *Golondrina*, sentíase casi dichoso: Lola no se adornaba con más flores que con las que él á diario le enviaba; siempre que iba á salir procuraba ser vista por él, ya con el mantón sobre los hombros, para que él pudiera seguirla ó acompañarla; ella fruncía graciosamente la frente si en alguna ocasión los ojos de él se posaban un punto con alguna insistencia en cualquier otra mujer; ella, al recojérse por la noche, no cerraba el balcón, estando él en su casa, sin darle antes las buenas noches con voz de dulce timbre acariciador.

Esto hizo que Cristóbal viviese algún tiempo casi dichoso; pero como la sed en que se abrasaba y que no conseguía saciar en ninguna de las fuentes que á todas horas le brindaban con sus raudales, aumentaba más y más con aquel á modo de suplicio de Tántalo, concluyó por pensar seriamente en que aquella mujer, no obstante sus deferencias para con él, nunca habíale dicho una sola pa-

labra de amor ni habíale concedido ninguna esperanza, y al pensar esto, tornaron á atormentar los celos su corazón y á llenárselo de silenciosas y punzantes amarguras.

El recuerdo de María Rosa había concluido por ser para él casi una pesadilla; cuando su imagen acudía á su imaginación, movía vertiginosamente la cabeza como si pretendiera espantar de aquel modo aquel pájaro que con su ronco arrullar de tórtola dolorida, despertaba en él algo muy parecido al remordimiento. María Rosa había ido dejando de escribir casi, y ya cuando lo hacía nunca le hablaba de sus amores; pero entre los caracteres desiguales de sus cartas, entre tanta y tanta puerilidad como en ellas le decía, asomaba de vez en cuando un mal contenido chispazo de amor ó de profundísima pena.

Los padres de Cristóbal, que merced al apoyo de éste vivían casi de modo opulento, jamás al escribir hacían referencia á María Rosa, y sí daban á entender á su ya para ellos casi inmortal descendiente, que si, como era de esperar, alguna archiduquesa ó archimillonaria llegaba á prendarse de sus

méritos, cosa que suele ocurrir, según á ellos le habían contado los más leídos del pueblo, no dudara un solo instante en aprovechar tal fortuna, si es que Dios se la deparaba.

Mas si sus padres, aconsejados por sus egoismos, no hacían alusión alguna á María Rosa, no por esto dejó él de tener noticias de la muchacha en varias ocasiones por conducto de sus amigos; uno de los cuales, Perico el *Talabartero*, apenas hubo descendido del tren un día, se dirigió al hondilón del Urdiales deseoso de dar un abrazo á su antiguo camarada, al ver al cual, exclamó mirándole sorprendido:

—Arza tú, y cualisquiera te conoce á tí, camará; vaya si estás bien jateao; pero también me paece á mí que estás más peor que cuando díbamos juntos á cargar al *Campamento*.

Cristóbal, merced á la buena acogida que dispensara á su amigo, se hizo perdonar por éste su cambio de posición, y sentados ambos aquella tarde, después de una comida opípara, en uno de los ventorros que casi baten las olas del mar en el Arroyo de los Galanes, exclamó el recién llegado dirigiéndose á su

antiguo compañero y mirándole con expresión socarrona:

—Lo que me extraña un peazo es que no me haigas preguntao entoavía por María Rosa, la niña del *Petaquero*.

Enrojació Cristóbal y

—Ahora te diba á preguntar por ella—le repuso con voz ligeramente turbada.

—Pos la zagala, camaraita, está que no vas á conocella cuando vayas; que ende que al morir su tio Frasco el de Lebrija, hereó la huerta de los Cipreses, se le arremató la ruina, y se ha espelotao de tal mó, que gloria dá de miralla.

Cristóbal frunció las cejas y sintió un profundo despecho: él, que se había considerado hasta entonces verdugo de María Rosa; que la creía casi agonizando de dolor y de cariño, sintióse casi avergonzado en aquel momento de sus vanidosas creencias, y procurando recatar sus impresiones, exclamó dirigiéndose al forastero:

—Y su madre, cómo sigue?

—Tan remozá; como que lo que han hereao ha sio pa dambas el unto de la *Malena*.

—Y es mucho el tiempo que jace ya que se murió el de Lebrija?

—Pos una mancha é dias jace ya que se fué de sus pejuares.

Cristóbal, que no había tenido noticias de aquello hasta aquel instante, se sintió profundamente irritado, y al contarle aquella noche lo ocurrido al *Azucena*, no pudo ocultar del todo á los ojos de éste la profunda irritación que sentía.

Antonio, al notar su injustificado despecho, no pudo menos de decirle con acento desabrido:

—Camará, y qué remalitos que semos algunas veces los hombres! Tú puées jacer lo que te dé la repotentísima gana; tú puées olviarte de esa mujer, echarla fuera del relicario, no escribirle cuasi nunca; encojerte de hombros tan y mientras ella ha estao pasando fatigas y más fatigas; procurar darle á entender que lo mejor que jacia era no acordarse ya pa naita ni del santo de tu nombre; poner tu querer en otra y fu capricho en doscientas mil, y además de to esto, tú te pues ofender porque á ella no se le ha caío la flo ni se le ha seco la rama.

Calló por no saber qué contestar á su amigo, y algunos dias después, Cristóbal, al recibir una carta de María Rosa, decidióse á no volver á contestar ninguna de las que llegaran á sus manos; pero transcurrido que hubo un mes desde que adoptara tal determinación, una nueva epístola llegó á su poder, epístola en la que la muchacha hablábale de su cariño de modo tierno y quejoso.

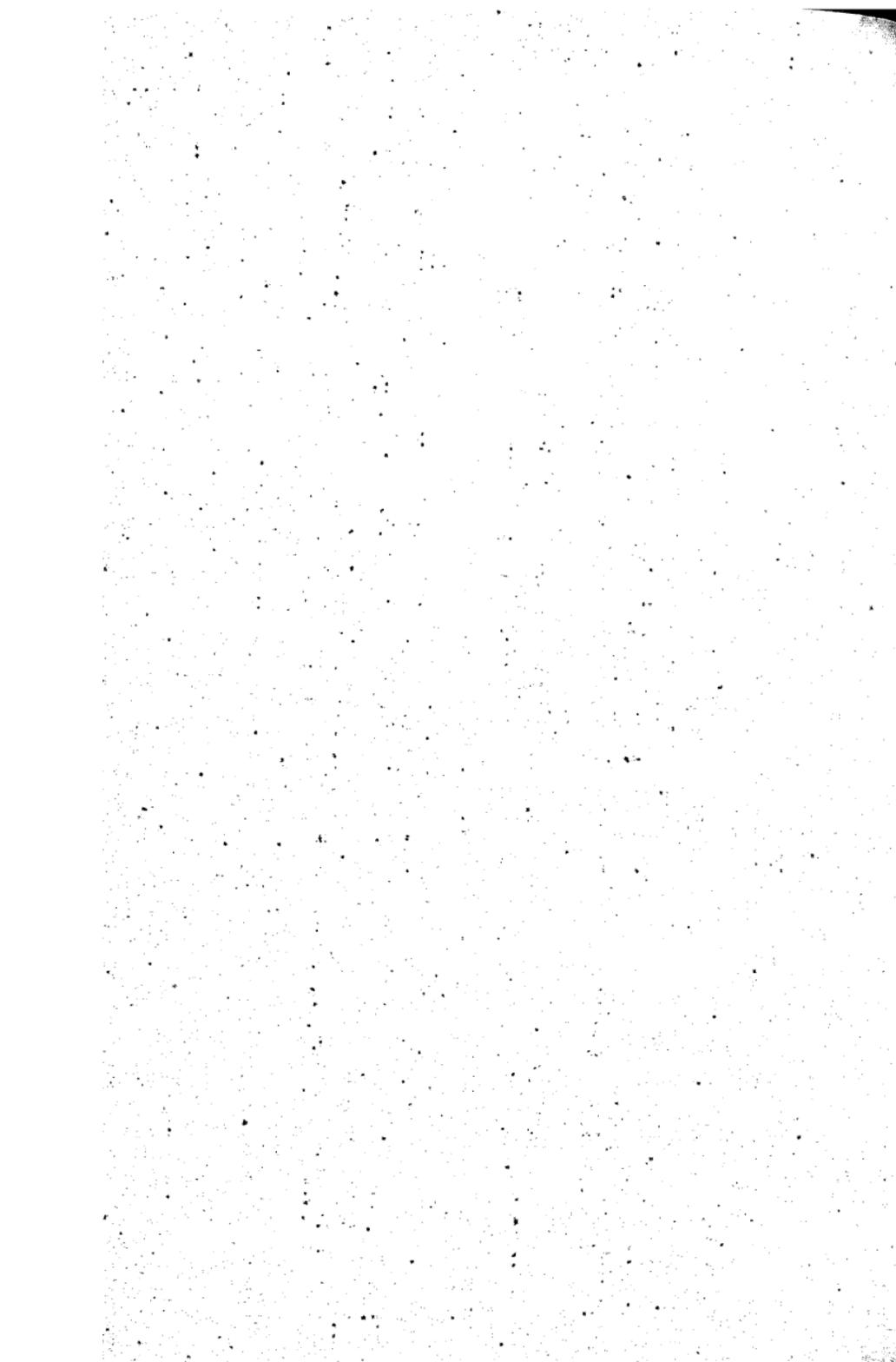
Decíale ésta, que había llegado á sus oídos por varios conductos la noticia de su desesperado amor á la *Golondrina*, pero que ella no creía nada; que nada creería con sólo que le escribiera dos letras desmintiendo lo que la habían dicho; que para ella una sola palabra suya valía más que cuanto pudieran decirle los mal intencionados del pueblo; pero que si por desgracia era verdad lo que las gentes gozábese en propalar, si no mentían los que afirmaban que él había dado al olvido su cariño y sus juramentos, que en tal caso el no escribirle inmediatamente sería la triste confirmación de lo que de modo alguno quería creer su corazón enamorado.

Cristóbal pensó contestar á la carta con un pliego de cargos y acusaciones, pero al

comunicarle al *Azucena* sus propósitos, quedósele mirando éste de hito en hito y le preguntó, tras brevísimo silencio:

—Y qué le vas á jechar tú en cara? Que tiée guen color y que se ha puesto más reonda que una piña?

Calló también en aquella ocasión Cristóbal, y pensando en contestar, pero sin decidirse á hacerlo, fué dejando pasar días y días, y tantos fueron los que pasaron, que concluyó por guardar la carta, decidido á esperar para contestarla un momento en que aquel amor casi extinguido despidiera, al morir, sus últimos resplandores.



## XXIV

Transcurrieron dos meses sin que circunstancia alguna llegase á modificar la situación de los distintos actores de este verídico relato. Lola dejándose arrullar cada día con mayor complacencia por Cristóbal; la seña Carlota cada vez más alarmada é indignada contra su sobrina, por la inclinación creciente de ésta por aquel mal siguirillero, como ella solía designar á Cristóbal en el paroxismo de su cólera; don Paco más y más sombrío, más iracundo y más enamorado; Cristóbal cada vez más espoleado por el deseo y cada vez más flaco, más amarillo, más ojeroso y más molesto por aquel á modo de estado catarral que no había conseguido desterrar del todo, no obstante los solícitos cuidados de su tía, la cual había ago-

tado para con él todo la vasta farmacopea doméstica, heredada de sus mayores; y Antonio el *Azucena* cada día más inquieto, tan inquieto, que una tarde en que la tos molestó más que de costumbre á su amigo, hubo de decirle á los taberneros con expresión triste y meditabunda:

—Esto no puée seguir así; ca vez me dá más malita espina el costipao de Cristóbal.

Aquella noche, cuando éste se hubo metido en el lecho, díjole la tabernera:

—Sabes tú que voy un día de estos á mandar á llamar al méico pa que te haga una visita?

—Pero si lo que yo tengo es guayabal—repúsole aquél mirando con ojos agradecidos á su parienta.

—Si yo no digo que la cosa sea una catedral—repúsole la señá Rosalía procurando sonreir—pero es que la mala yerba se debe matar al nacer; porque de no matarla, lo que hoy es una cuenta mañana pudiese ser un rosario, y si no mira si tú hubieras seguío los consejos que yo te dí cuando encomenzaste de *chufas* con la vecina: otro gallo te cantara, pero es que como esa malita sangre...

—Vamos, tia—exclamó haciendo un gesto de contrariedad el mozo—ya sabe usted que sin que yo lo puea remediar, me duele mucho en cuantito me jurgan en la parte más sensible de mi presona.

—Pus por qué si no por eso no le digo yo á esa señora á cuánto están los jureles! Ay qué gracioso que eres tú! Pos si tengo la sangre podría de las cosas que me tragol! Pus por qué sino porque tú no pases un sofoquín no le he dejao yo á esa señora la cabeza sin tantos tirabuzones?

Cristóbal calló como hacía siempre que la tabernera, no pudiendo aguantar mas, permitiase algunas expansiones, y tapándose la cabeza con la cobertura del lecho, puso punto final al iniciado tiroteo.

Transcurridos que hubieron algunos dias sin que el enfermo experimentara alivio alguno, acordó el matrimonio recurrir al médico, el cual no tardó en presentarse en la taberna en ocasión en que el paciente entreteníase en jugarse al dominó la convidada con varios de sus amigos.

El médico, hombre enjuto, de reducida estatura, de finas facciones, sedoso bigote ru-

bio, de ojos azules de risueño mirar y de casi infantil sonrisa, escuchó como distraído en la contemplación de los muebles de la sala el minucioso relato que de la enfermedad del mozo le hiciera su tía, y una vez que hubo puesto ésta fin á su perorata, exclamó aquél con voz de nasales inflexiones:

—Puesto que está ahí, dígame á su sobrino que venga.

Acudió Cristóbal al llamamiento de su tía disimulando su contrariedad, y el médico, tras poner en él una mirada penetrante, le dijo con expresión bondadosa y sonriente:

—Vamos á ver si se aligera usted un poco de ropa y se tiende usted en la cama.

Cuando aquél hubo hecho lo indicado por el doctor, se inclinó éste sobre él, atersóle cuidadosamente la camiseta, acercó su oído á su pecho, y durante algunos minutos luchó la ciencia, valiéndose de la percusión y de la auscultación, por penetrar y ver cuanto ocurría dentro de aquel pecho lastimado.

Terminado que hubo, sonrió el médico al enfermo y

—Menester es—le dijo—que mientras

quitamos esa poca de tos y esas molestias que usted siente y vemos el efecto de lo que le voy á recetar, no salga usted de noche, que pasee usted por las mañanas, pero sin correr y sin agitarse; que cuide de alimentarse bien, y además, que no me cante usted una sola copla, así se lo pidan á usted por conducto de la diplomacia extranjera.

Ya en la puerta de la calle dijo al señor Juan con acento grave:

—Vaya usted á verme mañana á la hora de la consulta.

—Pero...

Enmudeció el Urdiales al ver acercarse á su sobrino, y al día siguiente, llegado que hubo la hora indicada por el doctor, el señor Juan, que sentíase intranquilo y desasosegado desde el día anterior, cogió el amplio *pa-vero*, se lo puso de cualquier modo, y á los diez minutos estaba delante de aquél, preguntándole y mirándolo con expresión asustada:

—Pero es que usted cree que es la cosa de cuidiao?

—De mucho cuidado.

—Pero usted cree...

Y el Urdiales enmudeció como no atreviéndose á terminar su pregunta.

—Oiga usted—le dijo el médico desentendiéndose de ésta.—En su familia de usted ó en la del padre de Cristóbal hay algunos precedentes de tuberculosis?

—De tubercu... qué?—le preguntó el Urdiales mirándolo sorprendido.

—De tuberculosis; vamos, más claro: ha habido algún tísico en su familia?

—Sí, señor: mi padre murió ético y un primo hermano de mi padre también murió ético—dijo el viejo con voz apagada.

—Lo sospechaba—murmuró el médico al par que entretenía en quitarse y ponerse una de las sortijas que adornaban sus manos casi femeniles.

—Entonces, usted cree?

—Ese muchacho, no vivía en la serranía de Ronda?

—Sí, señó, que allí vivía.

—Pues lo mejor que podía hacer era volver á la sierra; en estas enfermedades los aires puros, el reposo y una buena alimentación son el mejor médico y la mejor medicina.

—Cualquiera arranca al *gachó* de la que-  
rencia de la Lola—exclamó sin poder conte-  
nerse el tabernero.

—Pues menester es que se le arranque; y,  
si como creo, se trata de noviazgo, un caso  
de conciencia es advertir á esa muchacha  
de lo contagiosa que es la enfermedad que  
padece su sobrino.

—Y si no se quisiera consentir en dirse  
otra vez al pueblo?—preguntó al doctor el  
viejo.

—En ese caso—le repuso aquél incorpo-  
rándose como para poner fin á la entrevista  
—procure usted que no se deje de hacer lo  
que yo tengo indicado.

Cuando minutos después le hubo relatado  
la triste escena el señor Juan á la señá Ro-  
salía:

—Enseguiíta!—exclamó ésta con expre-  
sión incrédula—enseguiíta, se le aconseja  
que se vaya y enseguiíta se va él á la serra-  
nía.

—Pero como el médico dice que eso sería  
lo mejor!

—Ejale tú de méicos, que toitos son

iguales; á los méicos lo que le conviée es visitar mucho y recetar mucho y...

—Eso de las recetas á los que les importa es á los boticarios.

—Ejame tú á mí, que toitos son lobos de la misma camá; y si no, fijate tú y verás cómo en toas las boticas es aonden se arrejuntan á pasar la noche los médicos y los curas.

Durante una semana, eludió Cristóbal tomar los medicamentos recetados, pero transcurrida que fué, díjole una tarde á la señá Rosalía:

—A ver, deme usté la medicina, que quiero ver si consigo matar un lobo rabioso que, de cuando en cuando, me tira una dentellá siempre en el mismo costao.

La medicina consiguió un triunfo efímero: durante algunos días, el dolor fué menos agudo, el lobo dejó de dormirse en sus dentelladas; además, la tos amortiguó un tanto su violencia; pero Cristóbal empezaba á sentirse como sumergido en un ambiente siempre caldeado; un hasta entonces no sentido afán de vivir habíase apoderado de su corazón; su amor á Lola empezaba á ser para él una á modo de nube de fuego que le envol-

vía todo, haciendo martillar su sangre con ritmo duro y febril en sus arterias; sus noches llenábanse de ardentísimos insomnios.

También la *Golondrina* había concluido por fijarse en el rápido desmejoramiento del muchacho, y hablando con él una tarde hubo de decirle con acento de dulce reproche:

—Lo que me parece á mí es que usted no mira náita por su salud; porque es que no hay un solo día en que yo no lo vea á usted amarillo y con ojeras.

«Amarillo y con ojeras;  
no preguntarle que tiene  
que está queriendo de veras.»

Y esta *soledá* brotó susurrante en labios del mozo, como una queja melódica y triste.

—Eso es—exclamó Lola con acento de protesta—ahora lo único que falta es que diga usted que yo soy la causante de que tenga usted tan quebraillo el color y de que esté tan ojeroso.

—No se me enoje usted por los ojitos é su cara—exclamó Cristóbal al ver fruncir la frente á la *Golondrina*—no se me enoje usted por lo que más quiera en el mundo;

mire usted que su carita de usted es pa mí el mismísimo cielo, y cuando miro que mi cielo está azul, azul se me pone el alma.

—Pero es que yo no quiero que usted diga que yo lo estoy á usted matando; que no quiero yo que piense la gente que yo soy una loba malina; y sobre tó, que sa menester que usted sepa que en este pícaro mundo no to lo que se ambiciona se consigue, y no hay que tomar las cositas tan á pecho; y sa menester tener pacencia, que no por apretar mucho la rama sale más pronto el capullo.

—Pero podrá ser que yo algún día—dijo Cristóbal con voz vibrante de pasión—puéa decirle á toito er mundo, señalándole esa carita de raso, aonde bajan los ángeles tos los días, en un rayito de sol, pa besarla á usted en los ojos; y esa boquita granate que Dios pintó con su mano pa castigar á las amapolas y á las rositas trempañas, y señalándole ese pelito anillao, que es cuando usted se lo suelta tó una túnica de oro; que podré decirle yo á toito er mundo, en fin: ese proigio de náca, al que puso Dios un beso en cá coyuntura, es mio, mio, na más que mio, y el que me lo quiea quitar pena tiene de la vial

Lola, que había escuchado á Cristóbal como sugestionada por su acento dulcísimo y querelloso, por su mirar ardiente y febril, y por sus frases apasionadas:

—Pero es de verdá que siente usted por mí toito eso que usted dice?—le preguntó con acento susurrante y conmovido.

—Que si es de verdá?—repúsole aquél aferrándose con ambas manos á los hierros de la reja y oprimiendo contra ellos la calenturienta frente. Que si es verdá esto que se me sale á borbotones del corazón? Eso no tiee usted necesidá de preguntármelo: pa saber si es verdá ú no es verdá no tiee usted más que mirarme á las niñas de los ojos, que cuando la están mirando á usted el alma siento yo que se me sale por ellas. Que si la quiero yo á usted? El mundo quisiera poer yo cojer con una solita mano pa poer ofrecer-selo á usted á cambio de una miraita gitana. Que si yo la quiero á usted...

- «Cien años después de muerto
- »y de gusanos roío,
- »letreros tendrán mis güesos
- »diciendo que te han querido.

Y esta copla no la cantó Cristóbal, la rugió apasionado, con voz entrecortada, mientras sus ojos parecían querer salvar la distancia y besar y abrasar, al besarlos, los bellísimos de Lola la *Golondrina*.

—Vamos, hombre, por Dios —dijo ésta con acento trémulo, intentando dominar la emoción conque el mozo . empezaba á licuar en ella el hielo de su indiferentismo, y tras un breve silencio continuó:

—Lo primerito que yo quiero que haga usted, si es verdá toito lo que usted me dice, es que cuide usted una miajita más desusalú y no deje usted de hacer lo que el médico le manda. Cristóbal no contestó; durante algunos instantes permaneció pálido, con la respiración afanosa y con los labios dolorosamente contraídos.

—Pero qué es eso? Es que se ha puesto usted malo?—le preguntó Lola asustada.

Cristóbal puso en sus labios una mueca con pretensiones de sonrisa, y tras algunos instantes le contestó con voz fatigosa:

—Ya pasó; fué una punzaila que me da de cuando en cuando; pero, en fin, ya eso se fué y ya naíta me duele.

Cuando momentos después se hubo alejado Cristóbal, Lola permaneció en la reja algunos instantes, sumergida en una meditación honda y triste, y sacudiendo después la cabeza, murmuró con acento reconcentrado.

—Me va pareciendo á mí que tiée razón mi tía al aconsejarme lo que me aconseja; y además, que no sé por qué voy yo pensando que esa pobre criatura está más mala, pero que mucho más mala de lo que á tos les parece.



## XXV

Cristóbal salió de *La Plata* procurando no ser visto por sus compañeros y se dirigió hacia la plaza de Uncibay, á la sazón solitaria y bañada en luz de luna; el silencio era turbado solamente por el rumor de las risas, las voces y notas de guitarras que salían en sonora confusión por la entornada puerta del establecimiento que aquel acababa de abandonar de modo furtivo y por el caer del agua en la vieja taza de hierro renegrido de la fuente enclavada en el centro de la antigua plazoleta.

Cristóbal sentía una terrible angustia; antojábasele que la última copla que había cantado habíale desgarrado, al brotar, algo en lo más hondo de su pecho; para darle remate digno de su fama tuvo que hacer un esfuer-

zo desesperado; desde aquel momento algo parecía forcejear dentro de él por quitarle del todo la respiración. Un sudor frío inundaba su frente; al dirigirse al centro de la plazoleta antojósele que se hacía á su alrededor el vacío, y huyendo de él se acercó á una vieja cazona de huecos irregulares y de enorme balcón y se apoyó contra una puerta cochera. Su respiración se fué haciendo cada vez más difícil, y de pronto creyó llegado su postrer instante al notar, aterrado, que el aire no penetraba en su pecho. Un pavor infinito se retrató en sus ojos desencajados; un velo robó á su vista la plaza, la fuente, la luz de los reverberos, y aferrándose para no caer al suelo al maderamen de la puerta cochera, sintió cómo de pronto la sangre fluía de sus labios mientras un puñal parecía traspasar su pecho falto de vida.

Equivocado sin duda, un transeunte aceleró sus pasos al pasar por junto á Cristóbal, cuyo semblante perdió en breve la angustiosa expresión que en él pusiera aquella trágica amenaza de muerte; el aire, abriéndose paso por fin, tras algunos instantes, al través de sus doloridos pulmones, habíale he-

cho sentir una honda delicia. Una sensación de bienestar substituyó la tremenda congoja; durante algunos minutos permaneció inmóvil, sudoroso, con el rostro exangue como el de un muerto; poco á poco fué desvaneciéndose casi del todo la terrible congoja, y temiendo ser sorprendido por sus camaradas de aquel modo, se dirigió lentamente hacia la casa de sus tíos, al llegar á la cual díjole á la señá Rosalía, que le esperaba intranquila:

—Yo me voy á acostar á escape, porque traigo el cuerpo cortao.

La señá Rosalía clavó en el semblante de su sobrino una mirada inquieta, y al notar algunas manchas rojas en la blanca pechera de su camisa:

—De qué son esas manchas?—le preguntó asustada, y fijándose después en su intensa palidez:

—Pero es que acaso la fuerza de la tos?... —volvió á preguntarle.

—Sí pero no se asuste usted, que no es nada—repúsóle sonriendo forzosamente Cristóbal al par que se dirigía hacia su dormitorio, donde apenas hubo penetrado, se arrojó ves-

tido en la cama, y en breve un sudor copiosísimo y viscoso empezó á mojar su epidermis, caldeada por la calentura.

Un vago sopor fué apoderándose de él; durante algún tiempo, su cerebro pareció como anulado por el exceso de la fiebre; después abrió su pensamiento sus alas y se lanzó en un á modo de torbellino de fantasmagóricas visiones.

La imagen de Lola se le apareció en una reja de configuración extraña, en la que los hierros eran vibrátiles como cuerpos de serpientes y donde las flores de las macetas prolongábanse hasta tocar con sus pétalos en las nubes, que fingían un incendio; de pronto, un á modo de telón de boca ocultó rápido á sus ojos la figura de Lola, y del fondo, de un negror intensísimo, se destacó el *Pimpollo*, el viejo arrendador de *La Umbria*, con su gran bigote gris que abatíasele sobre las comisuras de la boca, el cual, tras mirarlo de hito en hito durante algunos instantes, empezó á transfigurarse en caprichosa cariátide, y su boca, que sonreía apicarada, en el caño de una fuente, que arrojaba un torrente de agua cristalina.

Cristóbal acercó al chorro sus labios sedientos, y en vano bebía y bebía: aquel chorro era insuficiente á calmar su sed, como si tuviese por estómago el tonel de las Danaides... De repente, una especie de silenciosa ola de fuego lo barrió todo, dejando en el espacio un zumbido metálico, y una luz azulada y errática como una enorme luciérnaga empezó á girar vertiginosa en torno de él; detúvose de pronto aquella luz extraña y dió comienzo á agrandarse hasta convertirse en la cabeza de Roque *Botica*, el curandero de Jimera, con su gran saliente dentadura, su bigote rubio y su mirar amarillado. Roque fué á hablar y su boca se prolongó de modo indefinido, y de pronto, aquella boca, junto á la cual hubiese sido un juguete la de Polifemo, convirtióse en un campo lleno de rastrojales y de gabillas de oro, donde, al piede un chaparro, algunos zagales sazocaban el gazpacho mientras otros cruzaban por una senda flanqueada por pitas y por chumberas.

Cristóbal fué reconociendo á todos aquellos que desfilaban por delante de él: á *Toño el Cascabeles*, al *Pavía*, al *Gallareta*... De

pronto, una ráfaga de viento acarició su frente, y no pudo contener un grito de gozo al divisar allá á lo lejos, sobre el fondo intenso, rabiosamente azul del celaje, entre las aulas y tomillares del monte, la figura gentil de María Rosa, que brillando al sol como un joyel, con un zagalejo color de grana y un pañuelo azul al talle, se dirigía con paso cadencioso hacia él con un cántaro al cuadril y otro sobre la bien peinada cabellera.

María Rosa llegó junto á él mirándolo con una infinita dulzura y acercó á su boca la de uno de los cántaros que llevaba rebosante de agua fresca y cristalina; una sensación deliciosa, de una voluptuosidad dulce y sedante, recorrió sus venas, las del cuerpo y las invisibles del alma, y entreabriendo bruscamente los ojos, se tropezó su mirada con la del *Azucena*, que pañuelo en mano le secaba el copioso sudor que le inundaba la frente.

Cristóbal contempló á su amigo como si fuese una de las fantasmagorías de aquel sueño que no era sueño, y volvió á entornar los párpados hasta que le hizo abrirlos de nuevo la voz de aquél, que le preguntaba sólicito:

—Verdá que te sientes un poquillo mejora?

Cristóbal se sintió como acariciado por aquella voz amiga, y lentamente fué despejándose su cabeza, y tras algunos instantes de silencio, recobrando la razón su imperio, le hizo exclamar con voz sorda á la vez que se incorporaba:

—No me quisieras dár tú una miajita de algo conque me refresque la boca.

Destacóse, en aquel momento, del fondo de la habitación la señá Rosalía, y cogiendo un vaso colocado sobre la mesa de noche, lo acercó á los labios del paciente, diciéndole con acento cariñoso:

—Bébetelo, esto, hijo mio, bébetelo y verás que requetebién que te sienta.

Cristóbal apuró, con ansia, el contenido del vaso y

—Qué tiempo llevo acostao?—preguntó á su tía á la vez que miraba sorprendido la luz del amanecer, que empezaba á filtrarse por el cerrado maderamen de la ventana.

—Pos esa luz que se vé son ya los claros del día.

Cristóbal hizo un gesto de extrañeza: an-

tojábasele que no podía haber transcurrido tanto tiempo desde que él se echara en el lecho; después, dirigiéndose á su amigo, le preguntó:

—Entonces es que te has pasao tú la noche á la verita mia?

—Naturalmente que sí: no me la diba á pasar de palique con el sereno.

—Pero te duele menos el costao, verdá?— le preguntó la señá Rosalía al par que le arreglaba delicadamente la cobertura de la cama.

—Pos claro que sí, y es naturá, ¿cómo no diba á dolerme menos, teniendo á ustedes como sus he tenío toa la noche jaciéndome centinela?

Cuando el señor Juan penetró en la habitación y vió incorporado á su sobrino, desarrugó un tantico el entrecejo y

—Vaya, hombre—dijo—gracias á un *divé* que ya pasó la malita hora.

Y después dirigiéndose al *Azucena* y á su mujer continuó.

—Ya está avisao el médico y será esta, seguramente, la primer visita que haga.

Cuando una hora después llegó éste, nin-

guno de los allí presentes, pudo leer en su rostro sus impresiones, y no conformándose con no saber á qué atenerse Antonio en cosa que tanto le dolía, esperó la salida de aquél de la casa, y acercándose á él, al verlo ya en la esquina de la calle, le preguntó:

—Qué me dice usted de Cristóbal?

—Es usted pariente suyo?

—Algo más que to eso, porque Cristóbal es pa mí como si fuera mismamente una de las alitas del corazón.

Antonio vió confirmarse sus pesimismo, y sombrío, reconcentrado y con la cabeza inclinada sobre el pecho, dirigíase de nuevo hacia casa de los Urdiales, cuando un dulce siseo llegó hasta su oídos.

Antonio puso una mirada hostil en Lola, que era la que lo llamaba desde su reja, al pensar en la mucha parte que aquella mujer tenía en la catástrofe que se avecinaba, y no pudiendo sustraerse á sus sentimientos, le preguntó con voz adusta al llegar delante de su ventana:

—¿Es á mí á quien usted llama, señora?

—Cualquiera diría—le repuso Lola—

que es mucho el trabajo que le cuesta á usted el hablar con mi persona.

—Pos no está usted en la *fija*—le dijo aquél con apenado acento—que es que el médico me acaba de dar una puñalá sin cura.

—Por mó de Cristóbal?

—Por mó de Cristóbal.

—Es que el médico dice quizá que está el pobre de cudiao?

—Tan de cudiao está el probetico mío, que me ha dicho Don José, que preciso es que se quemen los cartuchos, no vaya á ser cosa que se vaya á dir al mismo tiempo que se caigan las hojas de los parrales.

A Lola se le fueron los tonos rosa de las mejillas, el grana intenso de los labios, y una nube amortiguó el divino llamear de sus pupilas.

Cuando se alejó Antonio, quedó en actitud meditabunda Dolores, en la reja, actitud en que la hubo de sorprender la señá Carlota, la cual, al verla de aquel modo, díjole con acento en que vibraba la cólera:

—Josús y quién diba á pensar que pudiera llegar un día en que á tí te pusiera á cavi-  
lar ese mal *siguirillerol*!

—Deja tú tranquilo á ese pobre siguirillero, que, según le acaba de decir el médico al *Azucena*, ese mal siguirillero nos va á dejar muy pronto; tan pronto, que, según dicen, es muy posible que no vea florecer de nuevo la pámpana en los parrales.

La señá Carlota se encogió de hombros: de modo casi imperceptible, como si aquel infortunio no le ajara siquiera ninguna de las plumas del corazón; pero sintiendo reaccionar de pronto en ella su índole generosa, murmuró dando un suspiro:

—Pos si eso fuera verdá lo sentiría, porque, conveniencias aparte, la verdá es que el muchacho no es antipático del tó, ni tiee mal fondo; y además, que en eso de cantar es verdaderamente un pasmo el chaval: como que ese *gachó* debió tener por cuna un nio de ruiseñores.



## XXVI

Cuando el de Cartagena vió en su poder los documentos que acreditaban que ya podía volar y posarse en la rama que más fuese de su gusto, una súbita impresión melancólica se enseñoreó de todo su sér; aquellos papeles le confirmaban que ya era ida allá de donde nunca se vuelve, la mujer por él más amada en el lejano alborar de sus pasiones, y al pensar que ya la madre tierra, la que todo lo purifica, había destruido aquel cuerpo, un día tan bello y tan ardientemente por él acariciado, todo su ayer emergió en su alma como iluminado por un intensamente romántico crepúsculo matutinal, y sentándose en una butaca, dejó á su pensamiento volver á recorrer aquellas resplandecientes lejanías.

Comparó el amor que abrasaba su sangre con el que le hiciera sentir la que de modo tan cruel convirtiera en escombros el divino alcázar de sus ilusiones de mozo, y al compararlos, un profundo suspiro brotó de su garganta, echando de menos en aquel que á la sazón lo esclavizaba, algo dulce y misterioso impregnado de un perfume que nunca más había vuelto á embalsamar el licor que los amores fáciles le brindaran en su crátera de oro.

Ya tenía en su poder cuanto necesitaba para encadenar á su yugo á aquella mujer que había encendido su ocaso; pero al pensar esto se acordó del desamor de la *Golon-drina* y de la inclinación de ésta hacia Cristóbal. Durante algunos instantes, permaneció ensimismado: parecía que una voz fría, acerada, implacable, repetía en el fondo de su conciencia que Lola no le amaba; pero sus deseos y su amor propio acudieron en su ayuda, gritándole que la aparente indiferencia de aquella mujer no era otra cosa que un disfraz conque enmascarara su impaciencia y que su coqueteo con el *Ruiseñor* no era más que un estímulo conque pretendía

hacerle llegar más pronto á la cúspide que anhelaba escalar; además, se acordó del constante martillar de la seña Carlota, que no perdía ocasión de decirle con acento de firme convicción:

—A mi Lola no la parió su madre pa que se la coman los lobos; á mi Lola le es usté la mar de simpático; mi Lola no le tiée al de Jimera más que una buena amistá, y en el fuego metería yo dambas manos y la cabeza y el corazón, apostando á que mi Lola le dice á usté que sí con toas las veritas de su alma el día en que ella puea platicar con usté cara al sol y sin que nadie la pueda señalar con la ceniza en la frente.

No obstante todo esto, juzgó oportuno el *Cartagenero* enterarse bien de la verdadera situación en que Lola se encontraba con relación á Cristóbal, y llegada que fué la hora que él solía dedicar al descanso y al recreo, lanzóse á la calle dispuesto á no regresar á su casa hasta haber realizado sus naturales propósitos.

Pocos minutos hacía que, contoneándose gallardamente, cruzaba lento y abstraído por las más estrechas vías del barrio de Capuchi-

nos, no sin tener que detenerse acá y acullá en breves pláticas sabrosas con alguna que otra hembra aun en estado de aclararle la vista al más miope, cuando al salir de la calle de Jinetes topóse manos á boca con el señor Diego el *Coleta*, su compadre y colega del Altozano, el cual, al verle, exclamó con voz ronca y mirándolo con expresión halagadora:

—Camará, compadre, y las ganitas que tenía yo ya de tirármelo á la cara.

—Pos más tenía yo, compadre, y si no tiée mucho que jacer, vamos á dirnos á bebernos un cañero ar sitio donde usted quiera.

—Eso me parece una cosa mu regular, y como el día está que convía á besar al sol en dambos pómulos, mos vamos á dir, si es el sitio de su gusto, á bebernos ese cañero que usted dice al ventorrillo de Joseito el *Candao*.

Algunos minutos después, llenaban ambos próceres una *victoria* de *paveros*, de tumbagas y de bizarrías, y á la media hora podía vérselos sentados, uno frente al otro, en medio de un jardín que un viejo parral cubría á trechos, bajo un cielo de cegadoras intensidades, en un ambiente cálido y luminoso, oyen-

do el monótono y manso batir de las olas en la corva playa, y expaciando su mirada por la ondulada lejanía del mar, donde las barcas de pesca se agrupaban como pájaros de blanquísimo plumaje.

—Pos sí, señó—decía el *Coleta* al *Cartagenero* con acento reposado, á la vez que tamborileaba diestramente con los dedos sobre el tablero de la mesa.—Lo que de esa *gachí* se dice es que es una alma perrita, á la que un *divé* le puso por corazón una taba; y eso que dicen es el mismísimo Evangelio, compadre, porque la verdá es que esa *gachí* es de las que no le toman apego ni al techo que la cobija ni á la ropita que lleva.

—Entonces eso que dicen de ella, de si le tiée voluntá ú no le tiée voluntá al sobrino del Urdiales?

—Yo no le diré á usté que ese chaval sea de los que le pinchan desde lejos; pero lo que yo cuasi le pueo asegurar á usté, es que ese *gachó* no ha conseguido ni conseguirá naita de esa paloma, tan y mientras no le puéa mercar el día del casorio una colchita de tisú y una vajilla de plata, y tan es asín lo que yo á usté le platico, que ya vé usté cómo está

el mozo, que to lo que escupe es del color de la mora.

Don Paco, al que hacía algún tiempo habían llegado rumores, que él creyó exagerados, respecto al mal estado de salud de Cristóbal, preguntó á su compadre con acento al parecer indiferente:

—Pero es verdá que el mozo está tan picaillo del pecho como la gente asegura.

—Camará, si está picaillo el chavaletel!— exclamé con expresión ponderativa el *Coleta*.—Tan lo está el probetillo, que la otra noche, sigún á mí me han contaó, por poquito si iza el ancla del tó con rumbo desconocio, y desde aquella noche no se ha podío levantar de la cama, y mu poquitas, pero que mu poquitas, me parece á mí que van á ser las coplas que cante ese pajarito en esta verde arbolea.

—Pos mire usté, compadre, que me pudra si no siento yo, á pesar de tos los pesares, lo que á ese chaval le pasa—dijo con inusitada vehemencia el carnicero.

—Pus por qué tengo yo como tengo su retratito de usté en mi sala de recibol!

Una hora después, cuando se hubieron se-

parados ambos compadres, se dirigió el de Cartagena hacia casa del *Torrijas*, al penetrar en la cual, salióle al paso la señá Ró-sarito, diciéndole con acento contenido:

—El compadre está tan dormío, que creo yo que no lo dispierta un tiro; pero si es que usted tiee muchísima precisión de verlo, pos tiraré un cañonazo.

—No se meta usted en jacer tanto ruío, comadre, que yo á quien necesito ver no es á él, sino á una señora que está mu bien enterá de á lo que le güele el aliento á mi compadre; y á esa señora la necesito yo pa que me jeché una manita y me ayue, por el amor de Dios, á desenroscarme una bicha que se me ha reliao al corazón y por horas y por minutos me está quitando la vía.

La aun bizarra consorte del *Torrijas*, que desde un principio había sospechado lo que llevaba allí á su compadre, sonrió picarescamente y

—Pero, compadre—dijo á éste con zumbona expresión—me parece á mí que usted debía ya saber que yo no sirvo naita pa esa clase de faenas.

—Mire usted, comadre—dijo con voz grave

y grave expresión el *Cartagenero*—ya sabe usted á clavito pasao, que yo ando desde jace ya una pila de tiempo metiéndole los cimbeles á Lola la *Golondrina*.

—¡Toma, no lo he de saber! Si eso está á chavo y á cuarto en tó el distrito!

—Y sabrá usted también, que en una ocasión en que yo encomencé á jinchar el buche y á arrastrar la cola alreor de ese proigio, ese proigio me dijo que me dejara de arrullos en tanto y cuanto yo no me la pudiera llevar á mi cubril con repiques de campanas.

—Sí, señó, que también eso yo lo sabía jace ya un montón de tiempo.

—Pero lo que no sabrá usted fijamente, es que ya ha llegao la hora en que yo le puéa decir á la jembra que tiée el don de pintarme la vía de los colores más de mi gusto, que si ella está conforme, no tiée más que pestañear y ya estoy yo de plática con el cura.

—Entonces es que ya tiée usted visao el rol y el rol en la faltriquera?

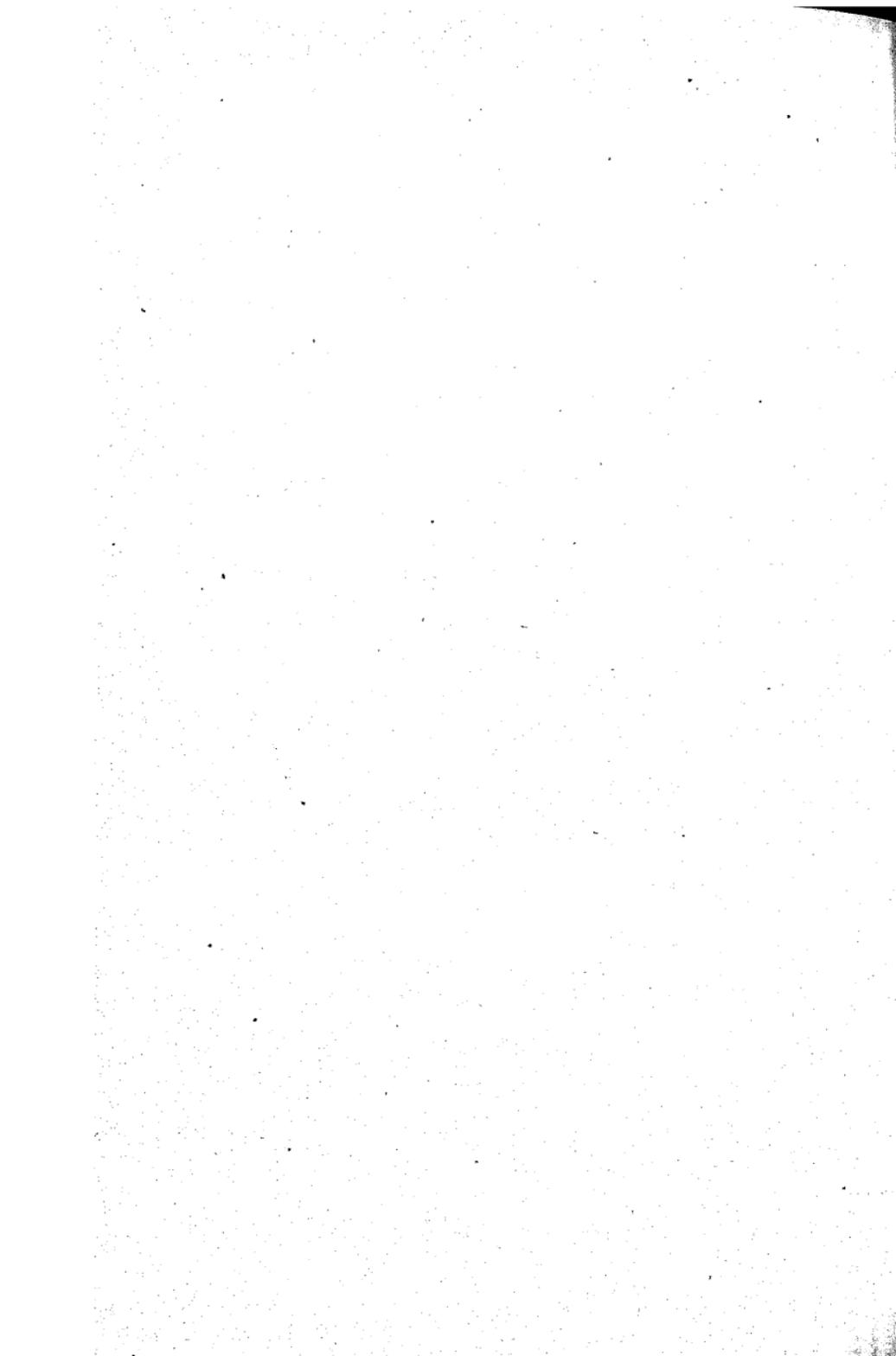
—Desde esta mañana lo tengo; y entoavía no lo había recibío, cuando me estaba diciendo yo mismo: Pos, señó, ya tengo en mi poder la bula que necesitaba yo pa que

esa malita sangre puéa parlamentar con mi presona, si es parlamentar su gusto; pero como pa conseguir esto y como es naturá necesito yo tener un ratillo de palique con ese castigo de mujer, lo mejor que tú haces es dirte á cá de tu comadre Rosario, que tiée un corazón más grande que una faluga, y decirle á tu comadre: Oiga ustedé, comadre, si ustedé sigue teniendo la güena sangre que tenía y es ustedé capaz de jacer el favor<sup>o</sup> de citar en su casa á Lola pa que yo puea platicar con ella, manque no sea más que el tiempo que tarde ustedé en cantarse unas guajiras, yo haré que me escriban ese favor en una tarjeta de plata con toas las letras de oro.

Sonrió Rosario y

—Está bien, compadre, está bien—le repuso; y después, tornando á los cielos la mirada, continuó con acento de protesta y no sin dejar escapar previamente un resonante suspiro:

—¡Vaya unas faenitas que se tiee que cargar, cuando menos lo piensa y por servir á una malita presona, una presona decentel



## XXVII

Don Paco, vestido de pontifical; con el más rico de sus alfileres en la corbata, el más pesado de sus calabrotes de oro en el chaleco y en los dedos los más valiosos de sus anillos, penetró en casa de su comadre y

—Ahí la tiée usted—díjole ésta, al abrirle la puerta, á media voz y guiñándole un ojo con expresión maliciosa.

—Pero es que usted le ha dicho ya algo de lo que tanto me duele?—preguntó á su comadre con voz trémula el carnicero.

—Una solita puntá ha sio la que yo le he dao; pero me parece á mí que no están las almendras mu mollares que digamos y que va usted á necesitar tos los peones pa poer cuadrar el bicho en el sitio que usted quiere.

—Pero usted le habrá dicho que lo que

me trae aquí es una cosa mu grave.

—Tan grave, que le he dicho que ha venío una embajá der moro, y que el moro Muza quíee decirle cuatro cosas al oido; pero en lo tocante á casorio yo no le he dicho ni pio.

En esto, como comprenderán los que nos leen, mentía á bandera desplegada la cónyuge del *Torrijas*: ésta, lo primerito que habliale dicho á Lola era lo que Don Paco pretendía, poniéndole como aditamento á la noticia las siguientes palabras:

—Y ya se supondrá usté, comadre, que lo que ese *gachó* viée buscando no es la salsa pa los caracoles, sino que lo que busca son caracoles pa la salsa; y si á mí me fuera permitío meterme dentro de usté, lo que es yo no dejaba escapar ese pájaro, porque tener ese pájaro, camará, es más mejor que tener un vitalicio.

—Pero, y el pobre de Cristóbal!—suspiró más que dijo meditabunda la *Golondrina*.

—Eso fuera bueno—repúsole con acento desabrido Rosario—que Cristóbal no estuviese como está esgraciamente, con el pié en el estribo cuasi; pero que vá usté á jacer



con un hombre que es un pagaré cuasi vencido; porque no le diré yo á usted que estando güeno y con la mina que Dios le puso en las glándula, no fuese cosa de pensarlo; pero un hombre que, según el méico dice á toito er mundo, no va á poer ver volar las crias e gorriones que están empyando debajo de sus canales!

—Sí, pero es que usted no sabe que si se entera el pobre de que yo me ha dao á partío con el *Cartagenero*, va á durar menos que lo que dura un pabilo.

—Vamos, mujer, no sea usted tampoco tan dexagerá: que eso de que se mueran los hombres por nosotras, está mu propio pa los romances y más fácil es decirlo que jacerlo. Pos si no hay uno que no le diga á una que si no jace una su gusto, se mete un escopetazo ó una puñalá en tal ó cual sitio de su presona y aluego... aluego vea usted cuántos son los que lo jacen. Yo lo que sé decirle á usted es que cuando yo me casé con mi Antonio dejé en peligro de tirarse de cabeza á un pozo, ú de tomar un veneno, á Pepico al *Bigotío*, y antier lo vide con una panza que le estorba jasta pa estornuar y con dos carri-

llos que son dos quesos é bola; y no será por falta de tiempo, porque pa veinte y siete años mu largos é talle va ya. que á mí me salió la pupilla conque vivo.

Lola no oía lo que decíale su comadre; al pensar en el *Ruiseñor*, en la hondísima amargura que á éste le causaría la tremenda noticia de sus amores con don Paco, su conciencia dejábale oír su voz de acusadoras inflexiones, y las simpatías que por el mozo sintiera, unían la suya á la de su conciencia, para ayudarla á resistir la tentación que se presentaba á sus ojos con tan bellos atavíos.

—Vamos, mujer, que no diga yo que usted ha perdido los cabales—insistió Rosario al ver pintarse la perplejidad en el semblante de aquella.—¿Usted no comprende, alma de Dios, que si deja usted perder este salto, ese hombre va á comprender que usted no le *cu-rrela*, ni mucho ni poco, y ya esengañaito der tó va á tomar la contrabarrera, y aluego, cuando usted lo quiera volver á los medios no lo va usted á conseguir ni sacando la cencerro?

—Pero, y el pobre Cristóball—repitió con

voz doliente la *Golondrina*. Y tras breves instantes de silencio añadió en resuelto ademán y con acento decidido:

—No, comadre, no, y cien veces no; que yo no jago eso con esa criatura; que yo no soy capaz de meterle esa puñalá *trapera* y muchísimo menos ahora, que tan necesitaito está el pobre de cariño y de consuelo.

—Pero entonces, acabe usted ya de decir de una vez que es que usted está loca perdía por ese chavalete.

—No, señora; yo no estoy loca por él ni muchísimo menos; pero, á pesar de eso, tenga usted la seguridad de que si Cristóbal, por milagro de Dios, pudiera ponerse como estaba, con él sería fijamente con quien yo me casaría.

—Y mu requetebién que haría usted, y yo sería la primera en alabarle á usted el gusto; pero es que, desgraciadamente, lo de Cristóbal no tiée compostura; es que Cristóbal no puée vivir ni lo que un gusano de sea, y como no puée vivir y usted necesita jacer algo pa seguir trocha arriba, porque, según á mí me ha dicho la señá Carlota, en su casa de usted ya no van queando más que rastro-

jos, ¿me quíee usté jacer el favor de dicirme qué es lo que va usté á sacar á pública subasta cuando el uno se haiga díó ya con Dios y el otro haiga conseguido por fin salir de la ratonera?

—Pero es que esto no es tampoco puñalá de pícaro; es que lo mismo que ese hombre ha esperao como veinte, bien puée esperar también como veinte y uno.

—Pero ¿no comprende usté, só tonta dertó, que ese hombre tiée mu clara la pupila, y que hasta ahora ha podíó creerse que usté le tiée más ó menos voluntá, pero que no era cosa de que usté se fuera por él del seguro, no sabiendo, como no sabíamos, si él estaba ú no estaba en condiciones de darle á usté toíto lo que usté se merece; pero que si ya con los papeles en la faltriquera, usté le sigue dando capotazos y más capotazos jasta que Dios disponga del otro, va á comerse la partía de que lo tiée usté de ercedente de cupo, y eso no hay hombre, por ciego que esté, que se lo beba, ni manque se lo den más reduce que la almíbar?

—Sí, si tiée usté razón, pero que muchísima razón; pero es que yo prefiero tener que

pasar fatigas á darle ese mal pago á un hombre que está como si dijéramos en las últimas, y que tanto, que retanto me ha querido.

—Pero, qué necesiá tampoco hay de darle cuatro cuartos al pregonero? Y sobre tó, que yo no le aconsejo á usted que en cuantito llegue el otro y le diga á usted:

Luz de aonde er sol la toma,  
le conteste usted:

arráncame er corazón,

porque es que, en este mundo, pa tó hay laña menos pa la muerte. Así es, que cuando él se arrime á usted, pongo por caso, usted le encomienza á dar una de cal y aluego otra de arena, y ya verá usted como cuando pase un poco é tiempo, un altar, pero que un altar, va usted á poner en su sala de recibo, pa colocar sobre él, el retrato de su comadre Rosario.

Cuando preparada por ésta la entrevista, llegó delante de Lola don Paco, dió el hombre al olvido todo su historial de hombre mujeriego y afortunado en esta clase de li-

des; la belleza de Lola, el riente mirar de sus ojos, de tan azules y voluptuosas profundidades; el perfume que emanaba de todo su sér y el timbre armónico de su voz, despertaron, como siempre en tales casos le ocurría, tan ardiente tropel de sensaciones en su sangre, que sin esfuerzo alguno pudo aquélla limitar la entrevista á una nueva amorosa escaramuza, de la cual salió el carnicero sin que la gentil viuda hubiese prometido nada definitivo, de lo cual no se dió él cuenta hasta encontrarse de nuevo en su casa, y ya en ella rememorar el diálogo mantenido con aquella hembra que tenía el don de hacerle tornar á sus años juveniles, tan llenos de pasión y de inexperiencias, al conjuro de su fresca, de su irresistible, de su embriagadora hermosura.

No obstante lo poco práctico del resultado de la entrevista, sentíase feliz, casi completamente feliz, el de Cartagena. Verdad que él había penetrado en casa de los *Torrijas* decidido á irse desde allí al juzgado y á la Vicaría, pero ésta pretensión suya no dejaba de ser algo inusitada: Lola no podía, no debía ceder de modo tan fulminante á sus

requerimientos de amor; pero seguramente á la segunda ó tercera acometida, presentaría, sin duda, brecha, por donde penetrar en tan regraciosa fortaleza, á juzgar por las sonrisas y el dulce mirar con que había acogido sus frases acariciadoras y sus apasionados requiebros.

Y tan alegre se sentía nuestro hombre, que en la noche del día á que hacemos referencias en vano se esforzó en conciliar el sueño, y cuando á la mañana siguiente dió comienzo á su diaria labor, tan radiante apareció á los ojos de sus parroquianas, que casi ninguna de ellas dejó de decirle algo, sorprendidas por aquel gozo inusitado que desbordaba en su semblante atezado y varonil, como si un rayo de sol primaveral hubiese ahuyentado de él, de pronto, para siempre, sus otoñales tristezas.



## XXVIII

Cuando los Urdiales empezaron á ver salir los muebles de la casa de la *Golondrina*; cuando comprendieron que eran ciertas las noticias que hasta ellos llegaron del próximo enlace de Lola con el carnicero; cuando Antonio se las hubo confirmado con expresión sombría; apresuráronse á rogar á su parroquia, y sobre todo á los que solían entrar á visitar al enfermo, no decir á éste una sola palabra de aquello, en evitación de que pudiera exacerbarse la terrible enfermedad que mataba á aquel rui señor, destinado á cantar tan breve número de canciones en el árbol de la vida.

El proyectado enlace de Lola con don Paco y la dolencia de nuestro protagonista, eran temas preferidos en todas las conversa-

ciones del barrio, y pronto fueron del dominio público los detalles más pueriles del proceso que por fin iba á darle triunfo tan codiciado al *Cartagenero*.

Las entrevistas de éste con la viuda del *Zargatona* habían sido la determinante de todo cuanto ocurría. Lola había intentado inútilmente aplazar una contestación definitiva; pero la actitud resuelta de aquél, el incesante erre que erre de la señá Carlota y los consejos de su comadre, ambas fidelísimas aliadas del carnicero, fueron quebrantando poco á poco su entereza. Lola, durante varios días, se defendió heroicamente aconsejada por la compasión que le inspiraba Cristóbal; pero la señá Carlota hablaba como un oráculo; todo cuanto la decía daba en el blanco con tino maravilloso; el de Jimera no podía segura y desgraciadamente entangarillarse; aquel era un pájaro al que la mala fortuna había herido en mitad del corazón; por el contrario, el otro era una torre blindada, y además tenía en su mano la vara de virtud á cuyo contacto podía brotar el agua en la roca y convertirse en vida espléndida y riente y, á querer ella, en hasta derro-

chadora, aquella que para las dos mujeres empezaba á estar llena de escaseces y amarguras.

Ya el mejor mantón y las más ricas arracadas de Lola habían ido á parar á los bien cuidados anaqueles de los usureros; pronto la miseria levantaría, si Dios no lo remediaba, su tienda en su hogar, y al pensar ésto la *Golondrina*; al pensar que pudieran volver para ella los tiempos aquellos en que la miseria le aconsejara las más viles determinaciones, dió en pensar en que la seña Carlota y la *Torrijas* eran la encarnación de la más santa verdad; y cerrando los ojos por fin al recuerdo apasionado y doliente del muchacho, uno de los días en que el *Cartagenero*, mirándola con los ojos entontecidos por el deseo, hacía resonar en sus oídos, con acento trémulo, las súplicas más rendidas:

—Está bien, hombre, está bien; no me dé usted más matraca—concluyó por decirle clavando los ojos en tierra y entreteniéndose en abrir y cerrar el rico varillaje del abanico. Está bien, y merque usted ya cuando le dé á usted más rabia, y como usted dice, esa camita camera.

El consentimiento de Lola produjo una revolución en el hogar de don Paco, el cual, ebrio de gozo, se dedicó desde aquel punto y hora á embellecer con las plumas más ricas el nido destinado á la mujer que iba á iluminar con su luz de aurora, el crepúsculo vespertino de su vivir solitario.

La noticia corrió en breve como por re-gueros de pólvora, por todo el barrio; las hembras de alma más sensible anatematizaron, ardiendo en santa indignación, la crueldad de la *Golondrina* para con Cristóbal, en tanto la mejor aleccionada por la realidad de un amargo vivir, no dejaban de romper alguna que otra lanza en favor de la viuda de Antoñico el *Zargatona*.

—Pero, qué es lo que tú querías que jiciera la muchacha?—decíale en una ocasión Rosario á una de sus amigas, que acababa de poner el paño al púlpito dispuesta á darle un recorrido á la futura cónyuge del carnicero.—¿Qué quiées tú que jiciera una mujer que no tiée más renta que lo que su-da en Agosto y lo que tiritita en Enero; una mujer que, á la fin y á la postre, no le ha dicho en jamás de los jamases al sobrino del

señor Juan que le gusta su presona?

—Eso será lo que tase un sastre—exclamó con sarcástico acento la que hostilizaba á la viuda. Cuando á una mujer no le gusta un hombre, esa mujer, si tiée lo que á mí me dió mi madre, que esté en gloria, que me lo dió á tó pasto porque á ella le sobraba, esa mujer no jace lo que Lola ha vinío jaciendo con el pobre chavalete.

—Pero, qué jacía ella con él? Pero es que tú crees que ponerse una flor que un hombre le regale á una es como si se jiciera un documento en la casa de un notario?

—Yo no creo eso, no, señora, que yo no creo eso; pero sí creo que es mucha verdá lo que dice la copla: «que el dinero es mu bonito».

—Ya lo creo que lo es—repúsole ya irritada, haciendo un mohín desdeñoso y colocándose ambos puños en los ijares la del *Torrijas*—y si no, pregúntaselo á tu hermana, que por mó de los ineros se casó con un hombre que le encomienza la nariz en la frente y le arremata en el ombligo.

La oportuna intervención de la señá Salud, en casa de la cual tenía lugar la escena,

evitó que aquel día pusieran fin á la discusión del modo más contundente aquellas dos hembras, ambas de belicosa condición y ambas capaces de los mayores arrestos; pero no pudo impedir que siguieran arreciando las murmuraciones, murmuraciones que al llegar á oídos de Lola, la decidieron á alejarse de ambiente tan caldeado por la murmuración, poniendo de este modo punto final, y ya de una vez para siempre, á las pretensiones del mozo, determinación que hizo exclamar á la señá Carlota, toda llena de alegría:

—Gracias á Dios y á su resantísima Madre, que se te han encendió ya toas las luces que tienes en la mollera.

—Sí—repúsole Lola con expresión sombría—pero no te pienses tú que no me duele una miajita el corazón; que es mucha la pena que me da cuando pienso en lo que le va á pasar á ese hombre cuando el probetico se alevante y me busque, y no me vean ya, aonde me solían ver, los ojitos é su cara.

—Pero eso estaría bien—exclamó con acento malhumorado la señá Carlota—si ese hombre no estuviera, como está por su desgracia, con el tiquete en la mano.

—Pos por eso mismo, es por lo que más me duele—musitó con voz apagada y triste la *Golondrina*.

En tanto ocurría lo que llevamos narrado, Cristóbal, encadenado al lecho matrimonial de sus tíos, al que había sido por éstos trasladado, revolvíase lleno de sorda desesperación, más que contra el dolor que le mordía en el pecho con terquedad implacable; más que contra el obstáculo invisible que parecía interponerse entre sus pulmones y el aire que respiraba; más que contra la calentura que amenazábale con convertirlo en pavesas; más que contra las crueldades de la enfermedad, en fin; contra el médico, contra sus tíos, contra el *Azucena*, contra todos los que le obligaban á permanecer en el lecho y sin ver, por tanto, á la hembra á cuyo recuerdo se estremecía palpitante de ansiedad su corazón dolorido.

Durante los largos, los eternos días que llevaba en el lecho, la imagen de Lola no habíasele apartado un punto de la imaginación; hablar de ella con Antonio, era su único consuelo; consuelo que prodigábale éste, asegurándole con acento casi solemne y sin va-

cilar un punto, que ni un solo día dejaba aquella de interesarse por su estado y de hacer votos á todo el Santoral por su pronto y total restablecimiento.

Estas noticias que, como blanco tropel de palomas, hacía el *Azucena* revolotear á diario alrededor del lecho de su amigo, alentaron á éste durante algún tiempo; pero pronto empezó aquél á sentirse asustado de aquel generoso fantasear suyo. La *Golondrina* bien poco era lo que parecía preocuparse del paciente; desde el momento en que se decidiera á unir su suerte á la de don Paco, parecía haber dejado de dolerse de la salud de *Ruiseñor*, y Antonio empezó á temer, repetimos, las consecuencias de sus piadosas mentiras. Pensó que mientras más llenara de esperanzas y de ilusiones el corazón de su amigo, más terrible sería el desencanto, y, aconsejado por la razón, dió principio á disminuir la poción de alegría que á diario derramaba en el corazón de Cristóbal, el cual no pudo por menos que notarlo y que preguntarle una mañana á Antonio mirándole con sombría é interrogadora fijeza:

—¿Sabes tú que me parece que empieza á

tí á dolerte algo, ca vez que me encomienzas á platicar de Lola la *Golondrina*.

—A mí dolerme hablar de Lola!—repúsole fingiéndose profundamente sorprendido el *Azucena*.

Cristóbal calló; había notado lo forzado de la sonrisa de su amigo, lo fingido de su asombro; empezaba él á ver las cosas con una lucidez extraña; aquella fiebre que le consumía, daba á su pensamiento una penetración prodigiosa; parecía que todo cuanto le rodeaba perdía rudezas y opacidades; que todo se iluminaba á sus ojos con una luz interna y misteriosa; que algo muy íntimo empezaba á distanciarse de él mismo, de aquel cuerpo suyo tan flajelado por el dolor, y en aquellos momentos, algo pareció surrarle al oído con voz de remotas inflexiones:—Antonio te engaña; Lola no piensa en tí; Lola no te quiere; Lola jamás te ha querido.

Desde aquel día no volvió á preguntar Cristóbal por Dolores á Antonio, el cual en vano se esforzaba en sacarlo de su sistemático mutismo.

La *Golondrina* habíase lanzado, de lleno, en

la nueva corriente que debíala llevar á puerto seguro, sin que, al parecer, el remordimiento pusiese una sola pincelada oscura en su horizonte sereno; y cuando Antonio vió salir de la casa de Lola el último de sus muebles, comprendió que era indispensable ir preparando al enfermo para la tremenda noticia, no sólo de aquella mudanza, sino también de la otra más honda y grave que se había operado durante su enfermedad en el corazón de la mujer tan ciegamente adorada por él; pero cuantas veces acercábase al enfermo decidido á comunicarle la nueva fatal, otras tantas desistía de sus propósitos, asustado de los estragos que pudiera causar en él la inesperada noticia.

Los Urdiales no osaban tampoco derramar aquella nueva oleada de hieles amarguísimas en los labios de su sobrino, y tal vez hubiera llegado el día en que éste se levantara del lecho sin tener noción siquiera de lo ocurrido durante su dolencia, de no penetrar, como penetró, una mañana en el hondilón Antoñico el *Zócalo*, uno de las más impenitentes bebedores del distrito, el cual, después de hacer una profunda reverencia á

todas y cada una de las cuarterolas que flanqueaban el amplio local, y todos y cada uno de los escasos parroquianos que á la sazón alegraban el establecimiento, díjole al señor Juan con acento balbuciente:

—Que un *divé* bendiga á la flor y nata de los viejos de mi tierra.

—Bien podías haberte quedao á dormirla aonde mismo la pillaste—repúsole el señor Juan con acento desabrido.

El *Zócalo*, que con el cuerpo inclinado hacia adelante, los brazos como dos péndulos, los pies como esforzándose ambos en distanciarse lo más posible el uno del otro, el deslustrado sombrero en la coronilla, el pelo sobre los ojos, los ojos desfallecidos y la boca contraída por una mueca desdeñosa, procuraba inútilmente conservar el equilibrio, quedóse mirando con estúpida expresión al señor Juan, y tras breves instantes de silencio hizo un esfuerzo poderoso, y tambaleándose al poderoso esfuerzo:

—So esagraeció que lo parió á usted su madre—gritó como herido en lo más vivo por las palabras del viejo.—So esagraeció, sí, señor, so esagraeció. Cudiao con decirme á mí

eso, á mí, que jace un rato por poquito si le pego al *Tarumba* porque dijo que jacia mu bien en casarse con Paco el *Cartagenero* la Lola la *Golondrina*.

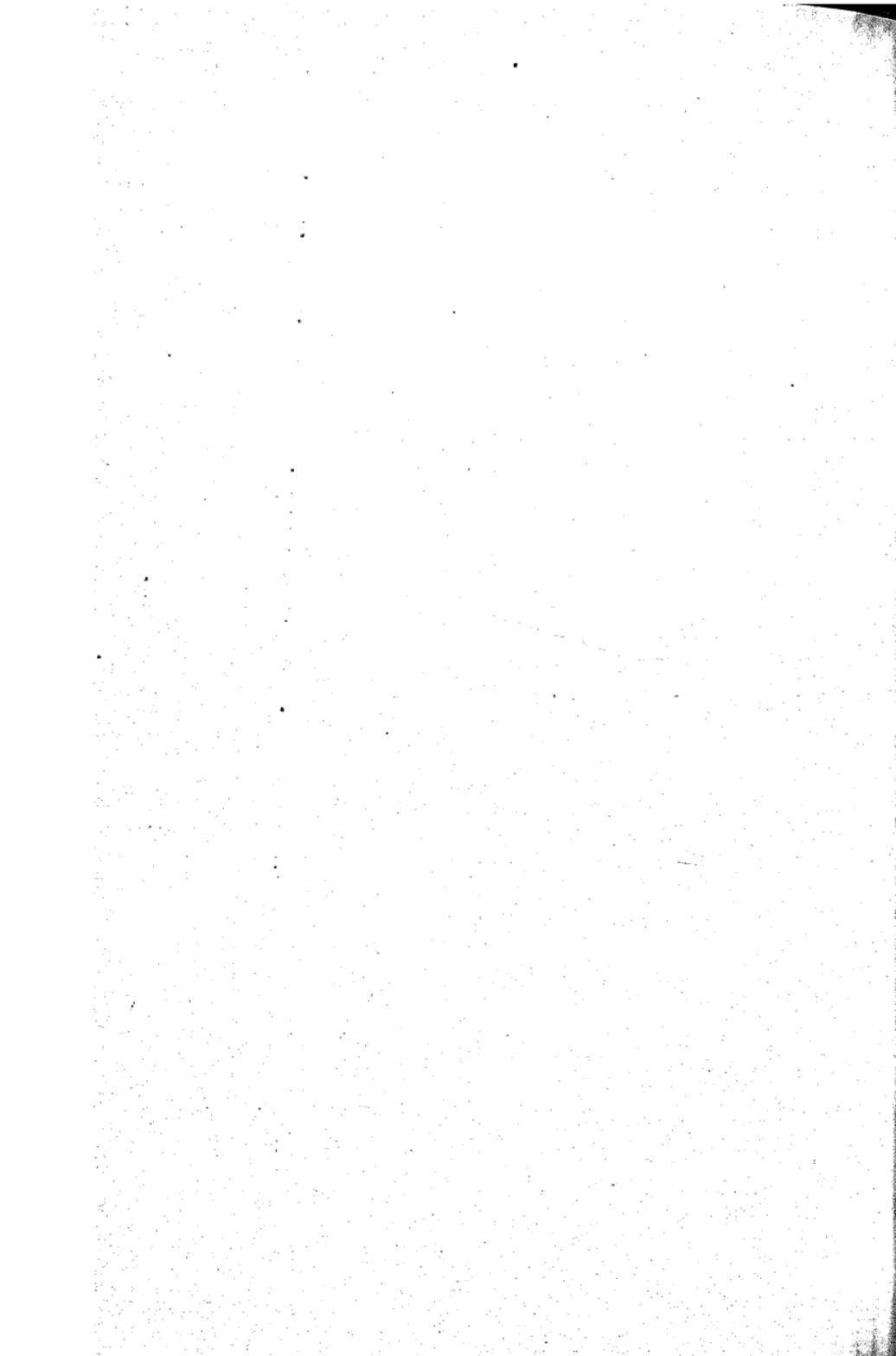
El Urdiales no consiguió llegar á tiempo para amordazar con el puño crispado al impenitente bebedor, que no acertaba, sin duda, á explicarse el por qué de la acometida del tabernero; el cual, tras arrojar de un vigoroso empellón al imprudente contra una de las cuarterolas, se dirigió rápido á la habitación ocupada por su sobrino con la esperanza de que éste no hubiera oido las palabras del *Zócalo*; pero al penetrar en la habitación desapareció su esperanza al ver á Cristóbal con el semblante lívido y pugnando fatigosamente por arrojarse del lecho.

—Pero, á dónde vas?—le preguntó el *Urdiales*, deteniéndolo suavemente por un brazo.

Cristóbal miró á su tío con tremenda expresión de angustia, y de pronto, sintiendo desplomarse al unísono todas sus pobres energías, abatió la frente sobre el pecho leal del anciano y rompió en histéricos, en profundos, en desesperados sollozos.

—Vamos, hijo, vamos—díjole el viejo par-

padeando fuertemente como para cerrar el paso á las lágrimas.—Vamos á tener una miajita de *condinga*, que ninguna mujer, pero que ningunita, se merece que un hombre como tú se moje por mó de ella, ni tan solo una pestaña.



## XXIX

La llegada de sus padres pareció oficiar de bálsamo consolador en el dolorido pecho y en el conturbado espíritu de Cristóbal. Los pobres viejos, avisados por el tabernero, al llegar y descender de golpe y porrazo de la cumbre en donde se creían ya para siempre al abrigo de los rigores de la contraria fortuna; al hallarse frente á frente con aquella realidad implacable de tan funestos presagios; al ver á su hijo, á aquel que ellos creyeran destinado á hacer la felicidad de alguna princesa desconocida, con el cuerpo esquelético, los hombros oprimiendo el torax hundido y amenazador; con los ojos febriles y fulgurantes, que parecían querer ó ocultarse en lo más hondo de las cuencas descamadas, con el pelo apelmazado por el sudor

sobre la frente y con la respiración siempre difícil y sibilante; al verlo en estado tan triste, miráronse como entontecidos por la terrible decepción, y un silencio adusto en el hombre y dos lágrimas imprudentes en los ojos de la mujer, hicieron decir á Cristóbal con acento tembloroso:

—¿Verdá que estoy mu malito, padre? ¿Verdá, madre, que es que yo estoy mu malito?

El señor Curro no supo qué contestar, pero la señá Catalina, sintiendo avivarse en ella, á la voz doliente de su hijo, sus maternales ternuras, relegó al fondo del alma el río desbordado de sus penas y decepciones que la inundaba toda, y

—Cá, tonto, qué has de estar tú tan malito?—le contestó esforzándose por ocultar su mal velada congoja.

Cristóbal, desde el día en que la imprudencia del *Zócalo* le pusiera al corriente del proyectado enlace de Lola con el carnicero, había caído, como ya tenemos indicado, en un mutismo casi absoluto, del cual sólo conseguía sacarlo, alguna que otra vez, el *Azucena*, que se pasaba junto á él todas las horas de que podía disponer, esfor-

zándose en paliar el dolor de tan incurable herida.

Las palabras de Antonio dulcificaban un tanto la rigidez casi tetánica que pusiera en su alma el desencanto, y lentamente empezó el enfermo á sentir como si su espíritu, cansado de bucear en la sombra, quisiera volver de nuevo á la superficie, ansioso de paz, ansioso de luz y sediento de alegrías.

Cuando la fiebre amortiguaba su violencia, érale grato dejarse arrastrar por su pensamiento, que á medida que el cuerpo perdía sus vigores, parecía adquirir vuelo más potente; y arrastrado por él, entreteníase en recorrer de nuevo con melancólica complacencia las lejanías azules de sus recuerdos, el espléndido panorama de la sierra natal, de aquella que recorriera tantas veces en la mano la escopeta y con la copla en los labios, y en ver ante los ojos del alma la línea dura y valiente de las cúspides grises de la pelada cordillera; el ambiente purísimo y acullá, ora entre las espléndidas marañas de una vegetación anárquica y exuberante, ora entre las rojizas tierras labrantías arañada

una y cien y cien veces por el corvo pico del arado; los rientes majuelos ante los cuales extasiábanse los atezados montañeses, al ver convertirse sus esperanzas en apretados racimos; los frondosos chaparrales de la *Dehesa* con sus troncos que, cual torsos ensangrentados, recordaban el ya rendido tributo; los molinos ribeñeros sombreados por árboles frondosísimos; los bancales de sus huertas y el espeso tarajal en los que parecían reir con labios rojos y con labios nevados las adelfas y rosales.

A Cristóbal parecía respirar mejor paseando mentalmente por aquellas sendas flanqueadas por pitas y por chumberas; oyendo las coplas del arriero, que cantaba entre-gándose, en perezoso abandono, á los vaivenes de su pacífica cabalgadura; sesteando con el pastor á los pies de los árboles más copudos; bebiendo el agua fresca y murmurante del manantial y, sobre todo, viendo ante él la figura gentil de María Rosa, el infinito dulzor de sus ojos pensadores, el carmín de sus labios, cauce de grana en que jamás la risa desbordó su sonoro raudal, y el tostado cálido de su tez, obscurecida por

los ardientes besos del sol y los fústazos del viento.

Cristóbal, ante la imagen de María Rosa, sentía que un vivo remordimiento apoderábase de él, al recordar su crueldad y sus desdenes para con aquella hembra tan hermosa y tan esclava del infortunio, y una serie inacabable de proyectos redentores, tomaba por asalto su imaginación. El iría al pueblo en cuanto se acentuara el alivio que empezaba á sentir; volvería á gozar, de nuevo, de aquellas delicias que el recuerdo, abriendo sus cofres de oro, le brindaba á manos llenas; él recorrería otra vez cantando las sendas floridas de la montaña; él calmaría su sed en el cristal de sus arroyos, se dormiría al blando rumor del Guadalevín, y sobre todo, él se haría perdonar de María Rosa, él haría surgir de nuevo, de entre los pobres rescoldos, la llamarada vívida y esplendente de un cariño que él no concebía, que él no quería creer que se hubiese podido extinguir del todo en su alma enamorada.

Cuando más convencido se creía de que ya su amor á Lola habíase hundido, para siempre, como un bajel náufrago, en el hon-

do mar del desencanto, de pronto, una súbita transformación se operaba en su sér, y brusca y briosa surgía de su clausura la imagen de aquélla, que le miraba con sus ojos sensuales y maliciosos; y al conjuro de visión tan bella, retorciase su pobre cuerpo bajo la cobertura, y un dardo incandescente parecía clavársele en mitad del pecho, al pensar que todo aquel tesoro de hechizos, del que un día soñara ser único poseedor, iba á ser, muy en breve, de don Paco, de aquel hombre al que, á poder en aquellos instantes, despedazaría entre sus manos sudorosas y crispadas.

El médico visitábale diariamente con aspecto siempre alentador y jovial; pronto se mejoraría lo suficiente para poder irse al pueblo, según aquél aseguraba; se restablecería en cuanto volviese á respirar los aires de la montaña, y cuando más adelante regresase á la capital, haríalo tan ágil y vigoroso como cuando llegara la primera vez con sus zapatos herrados, con su burda chaqueta, su tosco ceñidor y su pantalón de pana.

Cuando el médico salía de la habitación,

alguna vez que otra murmuraba con voz susurrante:

—Qué lástima de muchacho!

—Qué, la cosa no tiene compostura?—le preguntó un día el señor Curros el *Chancletas*, uno de los más asíduos concurrentes á «La Alegría de Capuchinos».

Encojióse aquél de hombros y

—Eso no lo compone más que Dios, y gracias que yo pueda entangarillarlo un poco para que se vaya á la sierra, donde tal vez, tal vez quiera Dios que el muchacho se mejore.

Los padres de éste no se apartaban un punto de su lado: austeros, sombríos amarillentos; la ternura en el viejo contrabandista no encontraba resquicio por el que salir á la superficie; la vieja, cuando su hijo conseguía conciliar el sueño, un sueño angustioso y no reparador, le contemplaba con ojos rebosantes de pena y de cariño.

Durante algunos días, la muerte no dejó de cernirse sobre el enfermo; pero, por fin, el terco luchar de la juventud y los esfuerzos desesperados de la ciencia, consiguieron convertir en paso lento lo que era carrera desenfrenada.

Un amanecer, al abrir los ojos Cristóbal, sintió una vaga sensación de bienestar: su respiración era más fácil, el dolor parecía haberse quedado adormecido, el huracán de fuego que durante tantos días barrera sus venas, habíase trocado en tibia destemplanza; urgóse el cuerpo con ambas manos y notó su piel menos reseca y abrasada; sus ojos se posaron con algo de goce inefable en el rayo de luz matutinal que penetraba por el entornado maderamen de la reja; cien y cien recuerdos, como un tropel de pájaros que ahuyentados un punto tornan al nido, revolotearon en su imaginación; entre ellos uno de pico corvo y negra pluma le picoteó con terrible encono en el alma: se le antojó oír de nuevo la voz del *Zócalo* que decía:

—...porque jace mu requetebien en casarse con Paco el *Cartagenero* la Lola la *Goldondrina*.

Este recuerdo le hizo fruncir otra vez la frente, su corazón aceleró un tanto su, á la sazón, algo sereno latir; el amor suyo por Lola parecíale una pesadilla; posó la mirada en sus padres, que dormían con las manos cruzadas y sobre el pecho la cabeza, y mirándo-

les acudió á su mente el recuerdo de su niñez, de su casa del pueblo tal como la viera cuando la abundancia desbordaba en ella el bienestar y la alegría; recordó á su padre como cuando ginete en un tordillo de gran alzada, brillante y vistosamente enjaezado, salía por la puerta del corral con el retaco al arzón y la canana en la cintura; recordó á su madre como la veía allá en días muy lejanos, aun arrogante y hermosa y típica y graciosamente acicalada; recordó la amplia cocina de su casa; los aleros de la gran chimenea, que parecían amenazar con desplomarse al peso de los relucientes peroles y cacerolas; el alegre chisporrotear de la fogata junto á la cual dormía su madre en las largas noches del frío invierno serrano á fuerza de caricias y de canciones....

Durante algunos instantes, permaneció mirando en silencio á los viejos, y sintiéndose necesitado de comunicar con alguien aquellas emociones que le invadían dulcemente en aquel amanecer tranquilo y azul:

—Madre—dijo con voz susurrante; y como si aquel á modo de imperceptible siseo hubiese sido un llamamiento atronador, des-

pertó bruscamente y sobresaltada la anciana y

—¿Qué quiées, hijo?—preguntó á éste, acercándosele solícita y mirándolo con expresión interrogadora.

El señor Curro despertó á la voz de su consorte, pero el suyo fué un despertar hurafío y penoso y bostezante.

Cuando los Urdiales penetraron en la sala, una viva expresión de regocijo se reflejó en su rostro al leer en el de Cristóbal la iniciada mejoría.

El médico sonrió melancólico, y después de haber tomado el pulso al paciente,

—Esto va bien—dijo—y si mañana seguimos así, nos levantaremos un rato, y Dios mediante, dentro de algunos días, á ponerse bien en Jimera.

--Usté cree que se me salvará mi hijo?—preguntó al médico la señá Catalina, deteniéndolo por un brazo, ya en la calle y poniendo en él una mirada tiernamente suplicante.

El médico miró á la pobre mujer con expresión sombría, y no sintiéndose capaz de aniquilar aquel falso destello conque

una efímera mejoría había iluminado el corazón de la pobre vieja.

—Pudiera ser—dijo—pudiera ser que á fuerza de cuido y de tiempo y que Dios mediante se salvara.

Estrechó la señá Catalina, entre sus manos rudas y renegridas, las del médico, y antes que éste pudiese evitarlo, la acercó rápida á su boca, y un beso y una lágrima fueron la ofrenda que en ella depositara aquel alma agradecida.

Cuando penetró en la casa el *Azucena* y vió á su amigo incorporado en el lecho y reclinado contra las almohadas; cuando, no obstante su intensa palidez, advirtió en su rostro y en su mirar una más honda intensidad de vida que en los días anteriores, repique-teó alegremente los dedos y

—Olé por los mocitos *baries*—exclamó gozoso; é inclinándose sobre él, golpeó dulce y expresivamente con la mano en las mejillas á su amigo, el cual murmuró esforzándose inútilmente por poner en sus labios una sonrisa:

—Sí que estoy una chispitilla mejor, y la verdá es que yo no sé cómo pagarte las cosas que te debo.

—Ya te cobraré en cuanto estés bien del tó, en tangos y carceleras.

Y después, dirigiéndose al señor Juan, que acababa de penetrar en la sala:

—¿Qué—le preguntó—qué es lo que el médico ha dicho?

—Pos ha dicho que si sigue así, dentro de unos cuantos días ya podrá dirse una temporada á la sierra.

—A la sierra!—murmuró Cristóbal entornando los ojos como para volver á ver con los del espíritu aquellos panoramas cuya contemplación habíalo recreado en sus horas de fiebre, y tras algunos instantes de silencio:

—A la sierra—repitió con acento sordo—A la sierra, y ya no sus volveré á ver... ni volveré á ver...

Se interrumpió Cristóbal, pero sus ojos hablaron de modo tan elocuente, que inclinándose sobre él, el *Azucena* le dijo de modo que no pudiese ser oído por los que los rodeaban:

—Ojalay que nunca se hubieran puesto los ojitos é tu cara en sus ojitos azules!

Durante todo el día, cada vez que se quedaba á solas con su madre, sentía Cristóbal

irresistibles impulsos de preguntarle por María Rosa, por aquella que abriéndose paso al través de las densas brumas del olvido, empezaba á aparecérsese como faro redentor en aquel mar huracanado de hondas tristezas y profundas decepciones.

Una de las veces no se pudo contener y

—Sabe María Rosa lo malito que yo he estao?—le preguntó tímidamente y con acento apagado.

La vieja, de la que ya habían huido para siempre las esperanzas de ver á su hijo vinculado á alguna de las más gloriosas dinastías reinantes,

—Sí, hijo—le repuso—se lo dije yo mesma, y como la probe, la verdá sea dicha, tieé mu regüenísimos los centros, pos lo sintió muchísimo, pero que muchísimo; tan lo sintió, que se le puso la cara como el panal de la cera.

Las palabras de la señá Catalina conmovieron hondamente al muchacho y el remordimiento dejó oír de nuevo en él su voz acusadora con inexorable energía y

—Pobre María Rosal—murmuró recordando sus grandes ojos melancólicos, la hir-

suta crencha de su cabello obscuro, su sonreír apacible... Después vió surgir de nuevo, como si acudiera ansiosa de recobrar sus perdidos reductos, la imagen de la *Golondrina*, y la vió ante él espléndida, triunfal, con los azules ojos chispeantes de voluptuosidad y de malicia, entreabiertos sus labios encendidos, artísticamente trenzada la reluciente cabellera; sobre los curvos hombros rico pañolón de Manila, crujiente la vistosa falda de seda, llenos los dedos de cintillos, esbelta, gallarda, con su andar cadencioso como una copla popular, con sus perfumes embriagadores y con sus incitantes sonrisas.

Y á la vista de aquella visión embriagadora, tornó á sumergirse la huérfana en la incolora penumbra de su mediocridad, y latió de nuevo la sangre de Cristóbal con ritmo poderoso y duro, y tomando en él vida el deseo y el amor hacia Lola, algún tiempo alestargados, sintió como á la evocación de la ardiente hermosura de aquella mujer, clavaban en él los celos sus aspides ponzoñosos. Se le antojó que aquella mujer se llevaba con ella la copa rebosante de delicias destinada por Dios á sus labios sedientos; que con ella

se iban los últimos verdores de sus muertas alegrías y de sus muertas esperanzas, y viéndose esquelético, trasudado, del color de la cera, en aquel ambiente viciado por el vaho malsano de su cuerpo doliente, se comparó con su rival, con su afortunado rival, con aquella plenitud arrogante y victoriosa, y sintió que la superioridad de aquel hombre azotaba su corazón como el látigo de un déspota las carnes envilecidas de un esclavo.

Y al sentir cebarse en él, de nuevo, todos los despechos, todas las iras y todos los dolores, se cubrió el semblante con la sábana, y un silencioso raudal de lágrimas desbordó en sus ojos febriles y entristecidos.

—Pero qué es lo que te pasa ahora pa que me llores de nuevo?—le preguntó la vieja apartándole con su mano flaca y huesosa los mechones de rubio pelo, de la frente.

Cristóbal hizo un esfuerzo para dominar su congoja, pero no consiguiéndolo, rodeó convulso con sus brazos el cuello de la anciana, oprimió con desesperado ahinco la cabeza de ésta contra su corazón y

—Ay madre!—exclamó condensando en

aquel grito sordo toda una explosión de sus infinitos dolores.

Y de modo tan desgarrador hubo de resonar este á modo de llamamiento á la maternal ternura, que la pobre lugareña vió resurgir ante los ojos de su alma aquellos tiempos remotos en que adormecía en su regazo—todo amor—al hijo desventurado, á los monótonos sonos de sus melancólicas canturrias; y al evocar aquella etapa de feliz recordación, puso sus labios una y otra vez en las descarnadas mejillas de Cristóbal, diciéndole á la vez con acento conmovido:

—Pero por Dios y por su Santísima Madre, prenda mía, no me llores; no me llores más, si no quieres que yo *palme* de pena.

Y Cristóbal, apretujado por los brazos de su madre, sintiendo los sumidos labios de ésta sobre sus mejillas, respirando el hálito caliente del regazo materno, sintió como el dolor retrocedía en su alma, como intimidado y vencido por aquel tropel de maternales caricias.

### XXX

—Pero es que tú vas á dir á la cita de Cristóbal?

Y la señá Frasca, al decir esto, miraba con expresión casi amenazadora á María Rosa, que le repuso con acento decidido:

—Sí, madre, sí, que no quieo yo que me pese á mí nuíca su ricuerdo en la concencia.

—Pero no comprendes tú, que si se enterra Pedrote va á dar el mozo un reventío del berrinche.

—Pos que se emberrenchine ú no se emberrenchine Pedrote—exclamó con acento enérgico al par que se encogía de hombros la muchacha.

—Pos eso no lo debes tú icir, sabes? Poi-qué si el mozo se enoja, trendrá razón pa enojarse.

—Pos no, señora, que no la tendrá: poi qué yo lo único que á estas horas le he concedío á ese hombre no ha sio más que una chispa de esperanza.

—Y tó por aguardar á ese esagraecío de Cristóbal, el cual, á no fartarle la salú, no hubiera güerto por aquí en jamás de los jamases.

—Manque sea asina; ese es el primer hombre que yo quise, y no soy yo capaz de negalle, cuando entro é na va á dirse con Dios, el último favor que me ha pidío.

—Pos tamién debieras pensar tú que no caben en un troje los especios que ha tinío pa contigo cuando era un poeroso.

—A mí eso no se me hubiera borrao de la imaginación—exclamó sombriamente María Rosa—si mis ojos lo hubieran visto golver como lo vieron de dir; pero usté no sabe cómo viée el probe, que viece jecho un pajarico.

—Sí, eso sí; Juan el *Lobo*, que platicó esta mañana con él, ice que es que da pena mirallo.

—Como que cuando yo lo vide dende lejos pasar por cá de Curro el *Zorzales*, se me estrozó el alma... Tan flaco... tan amarillo... tan



cayéndose, que cuasi en volanda lo tuvieron que subir entre su padre y su primo Frasco; y aluego con aquella cara toa ojos y con aquellos ojos tó pena... Qué sabe usté el crugío que me dió á mí el corazón cuando los mios lo vieron!

Y al decir esto llevóse la muchacha un pico del delantal á los ojos, que se le arrasaban en llanto.

—Mía tú—díjole la seña Frasca con expresión casi agresiva, colocándose ambos puños cerrados en la cintura;—á mí no me llores tú más por ese hombre, sabes?, que bastantes lágrimas has erramao ya por él sin merecello; que á otra en tu lugar la boca se le escaldaría ca vez que juea á mentallo.

—Probe Cristóball —murmuró tristemente María Rosa; y después, mirando briosamente á su madre, continuó:—Güeno, pero que sepa su mercé que yo mañana voy al río; que yo le dí mi conformiá á la que me trujo el recaio y yo no le doy á beber, al probetico mio, por úrtima vez, ese jugo de retama; que me ha mandao á decir que no quieé dirse á la seportura sin golver á sentir el metal de mi voz diciéndole que yo ya lo he perdonao.

—Y cómo va á poer llegar al rio ese hombre cuando no puee el probe ni tirar de los carzones?

—Lo llevará su padre en el macho de su primo el posaero.

—Y si al verte le dá al mozo qualisquier cosa y...

—Por Dios madre, no diga osté eso—exclamó asustada María Rosa.

—Pero por qué ese enjotamiento de que ha de ser en el rio aonde tengan ustés que verse?

—Será porque jué allí aonde tuvimos la despedía.

No se equivocaba María Rosa: Cristóbal ansiaba volverla á ver allí donde se despediera de ella al salir para Málaga, y María Rosa no quería dejar de complacer á aquel casi moribundo, al ver al cual, á su regreso al pueblo, sintió hacerse escombros dentro de su corazón los restos ya hacía tiempo en ruinas de sus amores primeros, y miró cómo en su imaginación se embellecía la imagen de Pedrote, del hijo del alcalde de Algatocín, su constante y más fiel enamorado; que se le apareció como solía verle llegar, casi

todos los días, al pueblo, al trote casi musical de su fogoso potro andaluz, luciendo sobre la típica montura de vivísimos colores, su figura arrogante y llena de brio, su semblante coloreado por una vitalidad poderosa, sus grandes ojos oscuros, que al posarse en los de ella languidecían luminosos y apasionados; su boca roja y henchida de besos y de sonrisas; y antojósele escuchar su voz varonil, de dulce timbre sonoro, en que las vehemencias del amor y de la juventud solían poner sus más ardientes y arrebatadoras cadencias.

Y comparó María al gallardo unigénito del Alcalde del pueblo vecino, con el hombre por ella tan amado un tiempo, y una piedad infinita se apoderó de su alma; y su pensamiento, huyendo de aquella terrible realidad que echaba las últimas paletadas de tierra sobre un amor agonizante, tendió sus alas y fué á posarse á la grupa del fogoso potro andaluz sobre el que solía lucir Pedrote su figura tan bizarra y tan llena de viriles atractivos.



## XXXI

Cuando Cristóbal, conducido casi en volandas por su padre y su primo Frasco, llegó á su humilde vivienda, se desplomó silenciosamente desesperado sobre una silla; el viaje habíale hecho retroceder á la iniciada mejoría; durante el camino, algunos violentos ataques de tos cavernosa habíale desgarrado el pecho, y la fiebre, aquella que jamás le abandonaba del todo, había avivado su inextinguible hoguera.

Cuando el tren se aventuró en la serranía recorriendo vergeles, flanqueando despeñaderos, penetrando con fragor de tempestades en los montes horadados ó serpenteando por entre las montañas hendidas, y los ojos del pobre enfermo tornaron á espaciarse en aquel panorama riente y bravío, en el

azul cegador de su cielo, en el verdor incomparable de su vegetación exuberante y lozana, sus ojos se entornaron vencidos por aquella plétora de vida del paisaje, y sintióse como aniquilado por el sol, por el aire, por la gama intensa del color de la riente perspectiva.

Entornó los párpados, reclinándose sobre un hombro de la señá Catalina, que le secaba el sudor de la frente, mientras los compañeros de viaje lo contemplaban con ojos de piedad y evitaban su contacto, y quedó como sumergido en un vago sopor hasta que al detenerse una de las veces el tren, una voz potente y campanuda gritó con monótonas inflexiones:

—Jimera; cinco minutos.

Se incorporó Cristóbal y se abalanzó con extraña rapidez á la ventanilla, esperando sin duda ver allí á la graciosa huérfana del *Petaquero*; pero en vano exploraron sus ojos el andén y sus alrededores; el jefe de Estación hablaba con el revisor; Juan el cartero tomaba la correspondencia; algunos campesinos, al hombro las estallantes alforjas de vivos colores, asaltaban los coches de

tercera; varios viajeros acercábanse á la cantina en busca de algo conque refrescar las resecaas fauces; dos rapazas, atarragaban con grandes cestas llenas de naranjas que ofrecían con voz casi suplicante á los viajeros; Antonio Matías, el más famoso de los prohombres de Jimera, un cincuentón de gallardo empaque y semblante de franca y risueña expresión, charlaba con Lorente, el maestro de escuela del pueblo, mozo agíl y enjuto, de tez bronceada, de rostro descarnado, apenas obscurecido el labio superior por ligero bozo, y de pupilas obscuras y chispeantes, y con Mejías, el jefe del puesto, hombre de arrogante presencia, de expresivos ojos azules y de rubios y larguísimos bigotes.

Cuando, ayudado por sus padres, descendió del vagón Cristóbal, miró de manera casi hostil á los que se acercaron para saludarle.

—¿Qué es eso, Cristóbal, parece que estamos una miajita mejorao!—díjole Antonio Matías contemplándole con mirada alentadora.

—Vaya—dijo Lorente guiñando un ojo á Matías y al de la benemérita—vaya si está mejor, como que de aquí á un rato, como

quien dice, como fundió de nuevo, como funden las campanas.

Cuando Cristóbal llegó á su hogar, tirado más que como un hombre como una cosa en una silla, permaneció lívido, jadeante y silencioso durante algunos minutos, y después, cuando ya hubo recobrado algún aliento, dijo á la señá Catalina con voz susurrante:

—Me quisiera echar un ratillo á ver si se me calman estas angustias que siento.

Durante dos días no pudo moverse del lecho Cristóbal; al tercero se levantó, y apoyado en el brazo de su padre, se hizo conducir por éste á casa de su madrina, al quedar un momento á solas con la cual, le dijo con acento de súplica rendida:

—Yo quisiera que me jiciera usted un último favor; yo quisiera que le llevara usted un recáo mío á María Rosa, la hija del *Petaquero*.

Asintió su madrina á lo por él solicitado, y cuando algunos minutos más tarde le llevara la conformidad de aquélla, se estremeció Cristóbal; el consentimiento de María Rosa era una caricia que endulzaba su amargo morir.

Durante toda aquella noche, no pudo cerrar los ojos, y cuando el alegre cacarear del gallo y el no menos alegre piar de las golondrinas que labraran su nido en la techumbre del hogar, anunciaron la llegada del día, se levantó trabajosamente, cogió el pequeñísimo espejo que ocupaba en su pobre habitación un lugar de preferencia, y tras mirarse reproducido en él durante algunos instantes, se contrajo su rostro violentamente, al notar cómo el espejo presentaba ante sus ojos, con cruel fidelidad, las marchitas hojarascas en que se habían tornado ya para siempre sus ya muertos atractivos.

Recordó con profunda amargura sus días de gloria, aquellos en que, fuerte, gallardo, elegante y típicamente vestido, era solicitado por todos; en que un porvenir alentador abría de par en par sus puertas de oro; en que Lola hacía arder su sangre al intenso mirar de sus ojos, tan azules y tan ardientes.

Al recordar á Lola, replegóse como asustado su espíritu; no quería acordarse de aquella mujer, á cuya evocación la cólera y los celos aun exacerbaban sus dolores, y cuando el sol bañó con su luz la estancia, vol-

vió á levantarse apoyándose en los muebles y dió principio á arreglarse con particular cuidado.

Se puso el mejor de sus trajes; ciñó á su garganta un gran pañuelo de seda azul; decoró su chaleco con una cadena de oro; intentó ponerse sus tumbagas, que le resbalaron por las descarnadísimas falanjes; se peinó cuidadosamente, y ya listo volvió á mirarse en el azogado cristal, y una amarga sonrisa volvió á dibujarse en sus labios exangues: todos sus esfuerzos por embellecer su figura resultaban estériles; las galas no podían devolver á su epidermis el perdido frescor, las curvas á su cuerpo, la elasticidad á sus músculos, el brillo á su pelo, ni el centellear de la salud á sus desmayadas pupilas.

Cuando una hora después, bajado que hubo, en brazos de su padre, de la cabalgadura, se encontró en la margen del río, en el mismo lugar en que en tiempos más venturosos para él se despidiera de María Rosa:

—Déjeme usted aquí, padre—dijo á éste—que yo aluego me iré paso pasito pa la Cantina.

El señor Curro le miró perplejo, pero optando al fin por complacerle, echóse el ronzal del macho al hombro y se alejó como agobiado por el peso abrumador de los más tristes presentimientos.

Cuando Cristóbal quedó á solas, derramó ansioso su vista por el luminoso panorama: nada parecía haber cambiado en él; todo estaba igual. Seguía el Guadalevín copiando en sus verdes ondas fugitivas los frondosos chaparrales de sus riberas, entre los cuales seguían poniendo sus borbotones blancos y carmesíes los rosales bravíos y los húmedos adelfales; seguían encorvándose las juncias como para besar el cristal riente de las aguas dormidas en los remansos; piaba alegremente el pájaro en la arboleda; un leñador descendía cantando de la solana; algunas lavanderas ponían las notas brillantes de sus ropas de colores vivísimos acá y acullá en las márgenes del río; oíase el murmurar del agua en las presas de los molinos ribereños; de vez en cuando, el quejumbroso balar de un cabritillo rompía el sedante silencio en la luminosa lejanía.

Cristóbal se hundió en aquel golfo de vida

y de recuerdos acariciadores; la Naturaleza parecía querer arropar su cuerpo, disputádoselo en lid desesperada á la muerte; sus ojos, deslumbrados por los rayos de un sol casi intertropical, posáronse impacientes en una de las cumbres más próximas, y de pronto un temblor convulsivo agitó su cuerpo, al ver destacarse sobre el fondo, intensa, rabiosamente azul del horizonte, la figura suelta y gentil de María Rosa, que avanzaba hacia él saltando de piedra en piedra, adornada con una falda oscura, amplio pañuelo de crespón blanco al talle y sin una sola flor en el reluciente cabello.

Cristóbal intentó correr hacia la que llegaba, pero sus piernas flaquearon; y falto de respiración, tuvo que apoyarse contra el rugoso tronco de un árbol.

María Rosa tardó poco en descender de la montaña, y al llegar frente al hombre un tiempo tan hondamente querido, lo contempló pálida y emocionada.

—Cristóbal!

—María Rosa!

La voz del primero fué casi un rugido estertórico y apagado, una exclamación de ra-

bia y de ternura: la presencia de la zagala, en aquellos instantes más garrida, más hermosa, más arrogante que jamás la vieran sus ojos, había hecho resurgir del fondo de su alma, más poderoso que nunca, su aletargado cariño.

La de María Rosa fué una exclamación de piedad inmensa y de infinito asombro; á la vista del enfermo, al ver de cerca aquella sombra doliente del que despertara en su sér por vez primera el amor á su amantísimo arrullo, un resto de aquel amor que hasta entonces habíase mantenido irresoluto en los confines de su alma, cerró los ojos, y abriendo las mustias alas, huyó rápido para dejar el paso libre á la compasión triunfante.

Cristóbal leyó todo esto en la mirada de María Rosa, en el timbre de su voz, en la contracción de sus labios, en sus frases desmayadas; comprendió, viéndola y oyéndola, que ya nunca más vería iluminar un relámpago de amor las profundidades lumínicas de sus ojos, y algunos minutos después, al verla alejarse, como quien huye de un dolor; al verla trasponer por lo alto de la loma sin

volver la cabeza para posar en él una última mirada de despedida, comprendió que con aquella mujer se le iba la última lazada que retenía su alma á su cuerpo, que se le iba con ella todo cuanto irisa la existencia: juventud, amor, esperanza; todo cuanto puso Dios en el ingrato sendero para fortalecer el corazón del infortunado caminante; y al comprender esto, amarillo, mortal, casi cadavérico, reclinó la cabeza contra el tronco carcomido del árbol, y un sollozo que resonó como el chasquido de una rama que se rompe, fué á confundirse con el manso rumor de la corriente, con el susurrar de la brisa en la arboleda y con el lastimero piar de las alondras entre las breñas floridas de la florida montaña.

FIN

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

DESDE EL SURCO . . . . .	<i>Poestas</i> (1)
CARTUCHERITA. . . . .	<i>Novela</i> (2)
EL LAGAR DE LA VIÑUELA . . . . .	<i>Idem</i>
OTOÑALES. . . . .	<i>Poestas</i>
CUENTOS ANDALUCES . . . . .	<i>Cuentos</i>
COSAS DE MI TIERRA. . . . .	<i>Idem</i>
LA GOLETERA. . . . .	<i>Novela</i>
DEL BULTO A LA CORACHA . . . . .	<i>Cuentos</i>
LAS DE PINTO: . . . . .	<i>Novela</i>
BÉTICAS. . . . .	<i>Poestas</i>
DE ANDALUCÍA . . . . .	<i>Cuentos</i>

### EN PREPARACIÓN

LA BRAVÍA. . . . .	<i>Novela</i>
--------------------	---------------

---

(1) Agotada.

(2) Reimprimiéndose.